



BIBLIOTECA

AMENA

VII

8

B.P. de Soria



61120499

D-2 23608

D-2
23608

NUESTROS PRIMOS

El espacio que separa al hombre
del mono es inmenso, puesto que se
halla ocupado por el pensamiento.

(BUFFÓN.)

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTROS PRIMOS

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



58011V

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

1903

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:

EN tiempo de la antigua Roma, gustosa de simbolizarlo todo, se representaba la nobleza de la sangre bajo la forma de una diosa con una lanza en la mano derecha, y una estatua pequeña de la Victoria en la izquierda. Ahora va á ser preciso cambiar de símbolo... Desde entonces acá hemos llevado mucho más allá nuestro árbol genealógico... ¿Qué significan quinientos ó seiscientos años? Adán mismo es de fecha muy reciente para que pueda servir de tronco á la humanidad contemporánea. ¡Conque, Señores, hay que remontarse más atrás, mucho más atrás! Y ahora viene el nuevo símbolo; en vez de la diosa pondremos

una especie de bachillera Marisabidilla, delgada, seca, arrugada, amarilla, presumida, y, sobre todo, pedante... Esta pretenden que sea la ciencia... En la mano derecha, en vez de la lanza, lleva un escalpelo de anatómico, y en la izquierda, en vez de la Victoria, un mono pequeño! ¡Qué monada! Todo esto es ya antiguo para vosotros.

Porque, como yo, vosotros sabéis que existe en nuestros días una escuela de filosofía natural, muy alborotadora y muy extendida y que todo lo invade, profesando como dogma esencial y como una de las grandes conquistas científicas de nuestra época, lo que ella misma ha llamado origen monesco del hombre y nosotros llamaríamos origen monísimo. Bajo diversos nombres siempre va envuelta la misma doctrina, llamada unas veces darwinismo, de su autor Carlos Darwin, eminente zoologista inglés, que la ha resucitado en nuestros días; otras, doctrina de la descendencia, y otras, con más razón á mi parecer, transformismo. Las dimensiones de una conferencia me vedan el desenvolver ni siquiera lo principal de esta teoría, pero la tesis general es esta.

Al comenzar los vivientes no había sino un organismo solo, sumamente sencillo y capaz de transformarse en otros. Este organismo, obligado á luchar por la existencia contra todas las

condiciones del medio ambiente en el cual vivía, vió morir con el tiempo todas las formas á que había dado origen y que no pudieron sobreponerse á las condiciones de la lucha, sobreviviendo únicamente aquellas que, gracias á las variaciones accidentales, pudieron hallarse mejor dispuestas para el combate. Estas que sobrevivieron, tuvieron también que luchar, y dando origen á otras formas más perfectas ya, vieron igualmente á unas morir y á otras sobrevivir. Continuándose siempre esta lucha en razón á cambiarse siempre las condiciones del medio ambiente, las formas sobrevivientes se han ido perfeccionando sin cesar, ó, por mejor decir, se han ido acomodando cada vez mejor á las condiciones de la lucha.

Al cabo de veinte mil, de cien mil millones de años de lucha — no son más estas cifras — nos encontramos ya hoy con el fruto de todas las primitivas formas orgánicas, que á través de inmensas edades se han ido siempre transformando, según la naturaleza de cada una, dividiéndose y subdividiéndose sin cesar, y han llegado á la variedad casi innumerable de las especies animales que pueblan el universo.

El organismo primitivo es como el tronco de un árbol que primero se ha dividido en dos brazos, luego los brazos se han dividido en ramas,

luego en ramos, luego... — me faltan palabras para continuar la comparación; pero ya la entendéis vosotros y podéis continuarla con el pensamiento.

En este árbol, es evidente, Señores, que dos ramas que sean vecinas, han salido del mismo brazo; pues bien, si no me engaño, dos ramas muy vecinas son, en la teoría dicha, el mono y el hombre, y, por tanto, descienden de un tronco común. Esto es lo que quiere la teoría.

Notad bien, y me permito llamar vuestra atención sobre ello, que no pretende esa teoría que el hombre descienda del mono..., de esta calumnia protestan con todas sus fuerzas sus secuares: pretende solamente explicar que el hombre y el mono tienen un tronco común, es á saber: una especie animal antigua que ni era hombre ni mono, pero que bifurcándose en sus frutos, dió por una parte un hombre y por otra un mono. De este modo nuestras relaciones con los magotes no son de padre á hijo, sino de primo á primo solamente.

¡Como veis, no pueden ser más moderados ni más amables los transformistas! Pues mi intento ahora es, Señores, examinar juntamente con vosotros los títulos de parentesco que nos unen con nuestros primos los monos, sin tocar en nada á la teoría general que tal parentesco

nos ha proporcionado, y como vais á verlo, lo puedo hacer sin ofensa de nadie, ateniéndome solamente al examen de esa cuestión concreta.

Ahora si me preguntaseis cuál sea mi opinión acerca de la teoría transformista en general, os contestaría sencillamente que esa filosofía de la naturaleza no carece de grandeza. Porque ese organismo primitivo que se va desarrollando según las leyes rigurosas señaladas por la mano creadora de Dios, que le conserva en su ser y le dice: «¡Anda, marcha!...»; que lanzado por el soplo de esta impulsión divina se acomoda al tiempo, al cielo, al suelo y á todas las condiciones fatales de su existencia; que se va desarrollando y perfeccionando con armonía perfecta; finalmente, ese organismo que, guiado siempre por la misma ley, llega á extenderse por todas estas maravillas y hermosuras de la vida, os aseguro que me complace y me encanta. Hay en todo esto una concepción sencilla y á la vez sublime de las cosas, á la cual yo me inclino con tanta mayor razón cuanto que las teorías que se presentan en contra de ella difícilmente resisten la comparación y, por tanto, es menester abandonarlas por varias razones, y resignarse á no tener teoría alguna acerca de la naturaleza, cosa verdaderamente triste para el espíritu humano, tan enemigo siempre de confesar su ignorancia.

Mas si á pesar de esto no soy yo transformista, es porque me lo impide una dificultad científica de primer orden, á saber: que para ser transformista hay que admitir á todo trance la transformación de las especies animales, y según resulta del conjunto de hechos observados por la zoología, y, por tanto, registrados en la ciencia positiva, la especie no se transforma. De modo que cuanto tenemos en zoología protesta contra el transformismo. Así lo reconoce también uno de los jefes más distinguidos de esta escuela: «Nadie, dice M. Lyell, creerá en el transformismo sin estar íntimamente convencido de que todo cuanto sabemos de paleontología es nada en comparación de lo que debemos saber» (1).

Por mi parte confieso ingenuamente, que al ver *lo que sabemos* que contradice á una teoría cualquiera, no me atrevería yo á tener que dejar, antes de aceptarla, *lo que no sabemos* de ella. M. Huxley, otro transformista distinguido, decía: «Acepto la teoría de Darwin con la condición de que se me pruebe poder la selección natural dar especies fisiológicas» (2).

De buena gana diría yo lo mismo; y no me

(1) Lyell. *Ancienneté de l'homme*, ch. xx, p. 430.

(2) Huxley. *De la place de l'homme dans la nature*, ch. II.

lo impedirían, por cierto, Señores, mis creencias religiosas, á lo menos hasta ahora no se me ha probado que me lo prohiban. ¿Y cómo lo han de prohibir, si según la hermosa sentencia del último Concilio ecuménico «no es posible el disentimiento entre la ciencia y la fe?» Ahora que yo entiendo por ciencia, la verdadera ciencia, la ciencia de los hechos y de la razón, no el espantajo pedante de que os hablé al principio, cuyos ojos lagañosos ó nublados no ven nunca más allá de la materia, puesta en efígie y adornada con los colores de la ciencia por el fuego de mezquinas pasiones antireligiosas... ¡Que acaricie, pues, esta falsa ciencia á su mono; allá se las haya! Yo no me cuidaré de eso. Pero... ¿Qué digo? No lo puedo mirar con indiferencia, no; porque después de haber cultivado la ciencia, la verdadera ciencia, durante toda mi vida y según la medida de mis cortas fuerzas y escaso tiempo, pero cada día con mayor predilección, podría quizás este mono, adornado con el mismo glorioso nombre, hacer creer que era esta falsa ciencia la que yo había cultivado. ¡Y ciertamente que no hay tal cosa!

Esta idea de tomar por objeto de alguna de mis conferencias nuestro parentesco con los

monos me ocurrió el año pasado en el jardín zoológico de Amberes, estando en el palacio elegantísimo que á tales parientes dedicaron. Muchas veces iba yo á pasearme entonces por el jardín; muy pronto comencé á adquirir allí relaciones, particularmente con uno de los tales monos, grande, atrevido; que al tenderle yo la mano, se echaba hacia mí con las dos suyas y con sus dos pies más de lo que fuera regular. Nada os diré yo de los gestos que me hacía, ni de los ojos con que me miraba, porque son cosas que habéis todos vosotros visto como yo.

Mas sería error si por aquí fueseis á creer que todos aquellos animales encerrados en tan magníficas jaulas, formando corona con las vacas de leche holandesas, están para reclamar el mismo grado de parentesco con nosotros. No. Hay monos y monos, Señores; y para que no os equivoquéis en esto, voy desde luego á concretar bien la materia.

Partiendo de la antigua clasificación de Lineo, han dado la mayor parte de los zoólogos contemporáneos el nombre de *primates* al grupo superior de los mamíferos. En este grupo comprenden generalmente á los lemúridos, símidos y antropóideos, y si os guiáis por los guardas y por las personas que visitan este palacio, allí encontraréis estas tres clases de mo-

nos. Á la izquierda de la entrada, y en la segunda ó tercera jaula, veréis los lemúridos; en las restantes del mismo lado, en las de la derecha y en la rotonda del centro, los símidos, y, finalmente, delante de los enrejados, los antropóideos.

Siempre me han parecido mal puestos en este grupo los lemúridos, así que me voy gustoso con los zoólogos que los ponen fuera, y aparte, bajo el nombre de prosimios ó precursores de los monos, y, por tanto, en éstos no nos hemos de ocupar. De modo que la cuestión queda reducida á los restantes, es á saber: los símidos y los antropóideos.

En primer lugar vienen los aretopitecos ó monos de la América del Sur. Éstos son pequeños, cubiertos de pelo lanoso, suave y largo, á veces rizado alrededor de la cabeza, á veces suelto en forma de pinces, mechones, barbas ó crines; son animales muy bonitos, vivarachos, inquietos como las ardillas y tan graciosos y cariñosos que se les permite sin dificultad la entrada en los salones; tienen la voz parecida al gorjeo de las aves. Finalmente, toda esta familia está bien caracterizada en el oruistití que conocéis todos vosotros, y como es cosa manifiesta que no pertenecen á nuestra raza, no trataremos tampoco de ellos.

Siguen después los simios ó monos propiamente dichos. Entre éstos, hay unos llamados platirrinos ó monos del Nuevo Continente, con las narices achatadas y separadas la una de la otra por un tabique ancho nasal, cuerpo largo y delgado, terminado por una gran cola prensil. De éstos tampoco tenemos que decir nada.

Al lado de estos platirrinos vienen los catirrinos ó monos del Antiguo Continente, con las narices juntas, abiertas hacia abajo como las del hombre, y con un tabique nasal delgado; la cola, nunca prensil, á veces es larga, á veces regular, á veces rudimentaria, y en algunos nula. Aun entre estos catirrinos tenemos que eliminar algunos. Y en primer lugar hemos de excluir los grandes papiones de hocico de perro, puestos en los dos ángulos de la izquierda como para guardar las puertas; así también hay que excluir los guenones, los macacos, los magotes, el mono Entelle y los gibones.

Quedan, pues, de toda esta asamblea solamente tres personajes: el orangután, el gorila y el chimpancé, únicos con quienes podemos reclamar algún parentesco; éstos, pues, son nuestros primos, á los cuales se los ha puesto juntos bajo el título de antropomorfos... ó monos de forma humana.

Dispensadme el haberos tenido tanto tiempo con estos detalles técnicos, en gracia de la necesidad que hay de concretar bien la cuestión y de señalar bien los límites en que nos hemos de colocar.

El orangután y el chimpancé conocidos son; los habéis podido observar bien en las jaulas de la derecha, en el palacio de los monos; al orangután envuelto ordinariamente en su gran manta, y al chimpancé paseándose con mucha majestad con pies y manos, ó sentado sobre su parte posterior mirando á sus visitantes con una indiferencia y satisfacción repugnantes.

Sólo el gorila ha faltado en estas jaulas. Este gorila es el mono más potente; de pie, llega ordinariamente á 1^m,60, y con frecuencia á mucho más; sus mandíbulas están muy desarrolladas, y cuando se abren del todo, aparece y destaca sobre el rojo sanguíneo de los labios y lengua una dentadura blanquísima con enormes caninos; la cabeza estrecha, puesta sobre un cuello de toro, el pecho ancho y abovedado, sus músculos duros y forzudos, su mano gruesa y fuerte y yo no sé qué conjunto enorme de materia que trae á la memoria las máquinas pesadas de guerra, hacen de este mono un animal tan temible que da miedo verle.

Cuando se ve atacado por los negros ó por

algún cazador en los bosques vírgenes de la costa occidental del África, á orillas del Gabón... lanza un grito tremendo, ronco... El macho conoce al enemigo y luego, dando rugidos, se va acercando á cuatro pies hacia él, y cuando está ya bien enfrente, se pone derecho, abre su enorme boca y enseña sus terribles dientes; con los puños cerrados se golpea el pecho, y produce un ruido sordo y cavernoso; entonces comienza á luchar. ¡Desgraciado el negro que caiga dentro del círculo que describen sus nervudos brazos... porque de un manotazo le abre de arriba abajo el vientre, y le hace trizas todas las entrañas!

Como no se acostumbra á la cadena, no se ha conseguido aún tenerle mucho tiempo en los jardines de aclimatación.

Conque, Señores, ya que están presentes los individuos, entremos en la cuestión del parentesco.

Claro está que en esta materia no podemos exigir documentos genealógicos en pergamino, ni pedir al registro civil sus libros, porque estos señores no tienen por costumbre ir á él á casarse... Vamos, no os riáis, Señores, porque es más serio que todo eso mi pensamiento; y lo que quiero decir es, que el parentesco del mono con el hombre no se ha de probar con documentos.

La especie antropomorfa, que, según las teorías transformistas, ha dado origen ó ha producido por una parte al hombre y por otra al mono, no solamente se halla ya extinguida, sino que ni en las excavaciones más profundas, ni en los restos más antiguos de las cavernas ha encontrado nadie el menor vestigio ni la menor reliquia de ella. Este animal, precursor del hombre, según confesión unánime de los que le tienen por tal, es pura concepción de su ingenio... «El hombre y el mono tienen ciertas analogías; luego deben haber tenido en los tiempos pasados un tronco común y único». ¡Este es el único documento que puede presentarse de nuestros antepasados!...

De modo que aquí de la teoría depende el hecho, en vez de depender del hecho la teoría, como ordinariamente sucede. Mas como puede acontecer que, por otra parte, tenga fundamentos esta teoría, no necesitamos rechazar los hechos, sin más ni más; nos basta señalarla como hipótesis para que nadie se ciegue en esta materia.

Por consiguiente, no nos hemos de atener á pruebas directas de la descendencia común del hombre y del mono, sino contentarnos con las indirectas, mejor ó peor traídas para el asunto.

¿Hay, por ventura, entre el hombre y el mono

semejanzas de organización, de formas, de costumbres, lo suficientemente poderosas para que en ellas se vea como el sello y rasgos de familia? ¿Ó hay, por el contrario, entre ambos diferencias tan profundas que no se puede admitir haber ellos tenido origen de la misma sangre?

He aquí el aspecto bajo el cual se nos presenta á nosotros la cuestión... y el único lado por donde nosotros la podremos resolver.

Notad en primer lugar á cuán diferente resultado podemos llegar. Porque si probamos haber entre estos tipos zoológicos diferencias tan profundas que por ellas los debamos separar, sacaremos esta conclusión: «El hombre y el mono es imposible que tengan un padre común»; y en su virtud podremos nosotros añadir: «El hombre y el mono no han tenido un padre común», porque lo que es imposible no puede ser. Mas si, por el contrario, llegamos á descubrir entre los mismos semejanzas íntimas é innegables, sacaremos esta otra conclusión: «Es posible que hayan tenido un padre común el hombre y el mono». Pero en este caso, nada nos autorizará para decir: «El hombre y el mono han tenido un padre común»; porque lo que solamente es posible, puede muy bien no ser, y no haber sido.

Lo dicho no es sino filosofía y lógica de la

buena y de la rancia, que es menester, sin embargo, recordar, porque parecen muchos olvidarla.

Pues bien, Señores. Aquí tenéis delante de vosotros á nuestros pretendidos primos: el orangután, el chimpancé y el gorila... ¿Los veis? ¿Qué os parece? ¿Qué decís de esas caras?

«¡Oh!... — me diréis con horror. — En primer lugar no somos nosotros tan feos como todo eso...» ¡Delante de vosotros yo no pondré empeño en contradeciros!... Pero que no se trate de vosotros, sino de otros, ¿qué diréis entonces?... Pues lo mismo, que tampoco son tan feos como esos monos. Quiero tener yo también esos sentimientos de vuestra generosa caridad. Pero sospecho que en las palabras «vosotros» y «los otros» comprendéis el conjunto de hombres con quienes ordinariamente vivimos ó que encontramos en las calles, en las plazas públicas, reuniones, ó que pone delante de nosotros cualquiera manera nuestra de vivir... ¿Cómo se han de comparar esas caras de monos, morenas ó negras, de piel sucia y arrugada, de ojos redondos, de tinte amarillo ó gris, de labios abultados y colgantes, con las caras de los blancos, con las caras de los europeos? ¿Pero habéis

pensado en los negros?... Son hombres como nosotros y no podemos menos de tenerlos en cuenta... Pues poned delante de vosotros un tipo de la raza etiópica, un negro de África, del Sud del Atlas, un habitante de la Malasia ó de las islas Pápuas. Veis esa piel negra despidiendo reluciente grasa, ese cráneo estrecho y largo, esa frente hundida sobre las órbitas, esas mandíbulas salientes, esos dientes prominentes que salen por entre los labios abultados... ¿Qué pensáis de ese hombre ahora? Si no me engaño, podríais veros en gran aprieto al tratar de responder con sinceridad. Nos hemos formado de la belleza ideal un concepto muy variado, si queréis, pero al fin y al cabo lo bastante exacto para no verla ni en el mono, ni en el indígena de las Pápuas. Uno y otro se alejan de la belleza lo suficiente para declararlos feos, y muy feos... Quizás sea de género diferente su fealdad. Sea así, pero al fin es fealdad.

¿Me permitiréis apuraros más aún? Pues supongamos, delante de nosotros, los tres monos dichos. Allí á un lado, vivo como nosotros, el Apolo de Belvedere, y allá entre dos monos el negro de arriba. Convengo en que se llevarán los monos la palma de la fealdad; pero yo os pregunto: ¿la diferencia de la cara entre el mono y el negro es, por ventura, mayor que la que

hay entre el negro y el Apolo? Seguramente que se podría decir que no; porque el Apolo quizás excediese al negro en más que éste al mono... Pues bien, Señores; si por mucho que diste de nosotros el negro, reconocemos en él un hermano salido de la misma sangre que nosotros y con la misma carne en los huesos que nosotros, ¿con qué derecho hemos de negar nuestro parentesco con el mono fundados únicamente en una ligera semejanza de la cara?

Conque, Señores, hemos hecho mal con invocar como argumento la fealdad de los monos, porque nos puede traer disgustos. Notad bien que la causa de ello es ese color negro, porque el color es quien nos ha hecho gritar; y el color de suyo no es nada. Entre nosotros mismos, europeos, ¿no vemos pasar algunos de nuestro clásico color blanco al amarillo? En la raza mongólica el amarillo pasa al aceitunado; en la malasia éste pasa al moreno de chocolate, y del chocolate al negro, ¿qué falta?... Escogiendo en cada raza individuos determinados y escalonándolos convenientemente, se podría por una serie de matices progresivos llegar desde el blanco que reclamamos para nosotros, hasta el negro de los monos.

Así, pues, dejemos el color y volvamos á la comparación, pero ciñéndonos á los rasgos de la cara; dejemos los tintes y atengámonos á los contornos. Cuenta Vogt que hallándose un día pintando con lápiz la cara de un mono pequeño, se le acercó una señora y, como curiosa, lanzó en seguida sus ojos sobre el dibujo: «¡Oh! ¡si es el retrato de mi niño de pecho!» dijo, sin duda porque Vogt habría escondido el modelo. Yo no sé si Vogt encontraría ser el hijo retrato exacto de la madre, pero sea lo que quiera de esta anécdota, contada con mucha formalidad por el profesor ginebrino en una de sus obras recientes, y presentada por él como argumento en favor de su tesis, bien podemos, Señores, confesar que no somos todos los hombres bellezas griegas. Fijaos en ciertas caras que encontraréis sin duda en cualquier coche de los trenes ó de las calles públicas, cuando vais de viaje ó de paseo...; fijaos en las caras de los recién nacidos en que sus padres ven bellezas sin cuento y exactos parecidos; extended vuestra imaginación á todas las clases, á todos los países, á todas las provincias, á todos los climas y bajo cualquier cielo, y encontraréis esos tipos verdaderamente originales en los que se diría haberse puesto alguna máscara de mono. ¡Añadid á esas caras con el pensamiento el co-

lor negro, y os veréis convencidos!... Pues qué, ¿no teníamos mucho antes de hablarse de darwinismo, expresiones y modos de decir en el lenguaje usual y corriente, tales como esta: «Es un monín», ó esta otra: «¡Oh, qué mona!?» De modo que no nos sirve para el caso el dibujo más que el color. Dejemos, pues, estos argumentos y pasemos al conjunto del individuo.

Y oigo ya gritar: «¡Nosotros no somos peludos como esos horribles monos!» ¡Magnífico! ¡Bien dicho! ¡Seguramente que no! Pero oíd lo que os contestan los transformistas, y al decirlo seguiré la argumentación del maestro.

Es cierto, Darwín reconoce que el hombre se distingue notablemente de los demás primates por la desnudez que en el hombre es casi completa; pero en seguida añade, que esa desnudez no es absoluta, puesto que el vello ligero de nuestros brazos y de nuestras piernas es verdadero pelo, y no necesita para ser tan largo y tan fuerte como el de nuestros congéneres, sino condiciones especiales de nutrición; añade también, que no por ser tan fino y tan delgado este pelo nuestro, está menos esparcido y tiene otra dirección en nuestros miembros que en los de

los monos; y para esto se apoya Darwín en una memoria de Eschricht, cuyo título os voy á traducir: «Dirección del pelo en el cuerpo humano...» (1). Vosotros ni sospecharíais siquiera que se estudiasen cosas como estas.

Pero presenta aún otro argumento, algo más serio y verdadero, y es que cuatro meses antes del nacimiento del niño se desarrolla por toda la cara, sobre todo en los labios, pelo relativamente espeso, y más largo en proporción que el de la cabeza; un mes más tarde, se ve cubierto ya de él en abundancia todo el cuerpo, á excepción de las palmas de las manos y plantas de los pies, partes que en los monos están completamente desnudas. Por lo general no tarda mucho en caerse este pelo, aunque tampoco es raro verlo todavía en gran cantidad en los recién nacidos, pues tardan á veces en perderlo.

¿No os parece, Señores, que dan mucho en qué pensar estos fenómenos? Y estos hechos son tanto más de notar cuanto que bajo el punto de vista de la teoría de la descendencia, son las diferentes transformaciones que el individuo experimenta en este primer período de su vida,

(1) *Ueber die Richtung der Haare am Menschlichen Körper, dans Muller's Archiv für Anatomie und Physiologie.* 1837, p. 47.

como la reproducción y el recuerdo de las que ha experimentado la especie en el transcurso de los tiempos. Sin embargo, esta cuestión del pelo ó del cabello es de tan poca importancia en las clasificaciones zoológicas, que no hay que esperar de ella algún argumento poderoso para resolver el punto controvertido. Porque no es ninguna novedad hallar dentro de una misma especie, la del perro, por ejemplo, unas razas completamente desnudas y otras con pelo de dimensiones verdaderamente exorbitantes.

Y aun sin salir de la especie humana ¿cuánta variedad se ve? Á veces es el pelo de sección circular y redondo, á veces oval y aplanado; en unos es sumamente largo y cae como en ondas; en otros apenas sale de la piel y se riza como lana merina... En algunas razas ni aun el hombre tiene pelo de barba, y no se encuentra un solo pelo por toda la cara fuera de las cejas. No hay en el cuerpo elemento que más cambie con el influjo de causas externas, y no solamente al pasar del Sur al Norte, pero aun del verano al invierno, cambia de vestidos el animal. Conque... no pongamos en este argumento nuestras esperanzas... ¿Y no tenemos otros? ¿Se acabaron ya las pruebas?... ¡Oh, no! Aun prescindiendo de la cara y del pelo, hay entre el hombre y el mono, consideradas las proporcio-

nes del cuerpo y de los miembros de uno y otro, diferencias tan grandes que saltan á la vista.

El orangután, por ejemplo, tiene los brazos desmesuradamente desarrollados, tanto que extendidos son dos veces más largos que la altura de todo él, mientras que los del hombre son de una vez su altura; el brazo, propiamente dicho, y el antebrazo, son de igual longitud en el orangután, y en el hombre el antebrazo es más corto que el brazo; la columna vertebral forma en el orangután una sola curva cóncava, y en el hombre se dobla tres veces: cóncava en la altura del pecho, se hace convexa en los riñones y vuelve en seguida á ser cóncava.

Pero la diferencia más visible se observa seguramente en las piernas... Porque mientras en el hombre dan la parte mayor de la altura total, apenas llegan á la mitad en el orangután... Ved las piernas de éste, encogidas, aplanadas, angulosas, sin parte carnosa, vueltas hacia adentro, con pies largos que muestran las plantas y se apoyan en sus bordes de ellas... Vedle, sobre todo, andar. Con la cabeza hundida en las espaldas é inclinada hacia adelante, pone primero las dos manos en el suelo, no extendidas, apoyándolas sobre las palmas, sino juntos y dobla-

dos hacia adentro los dedos; luego, fijo sobre los brazos, más rígidos que si fueran dos muletas ó dos palos, echa hacia adelante todo el tronco y se deja caer sobre las piernas. En esta postura se sostiene el tiempo necesario para levantar los brazos y volver á repetir este movimiento de balanceo ó de péndulo. ¿No habéis visto andar por las calles, como á la rastra, algunos pobres lastimosamente lisiados que para obtener alguna limosna van vendiendo cajas de cerillas ó cosa parecida? Pues ese es el modo que tiene de andar el orangután.

Podríamos comparar también al hombre con el gorila y con el chimpancé, y llegaríamos también á señalar análogas diferencias. Pero, Señores, por grandes que sean todas ellas, disminuyen de una manera sorprendente cuando en vez de comparar al hombre con los antropomorfos en la edad de adultos, los comparamos cuando están en la primera edad, ó antes de su nacimiento.

Así cuando el niño tiene 13 centímetros, la cabeza es la cuarta parte de su altura total, los brazos son más largos que las piernas, el antebrazo es casi tan largo como el brazo y el muslo más que la pierna. Lo mismo se observa en el orangután. Así también la mano y el pie son casi de la misma longitud en el hombre y en el

mono, y cuando llega á 21 centímetros todavía llega á la rodilla la punta de los dedos.

Pero muy pronto cambian las cosas, pues las piernas se van desarrollando y exceden á los brazos, y los segmentos de los miembros superiores á los inferiores; todavía, sin embargo, obsérvase en el nacimiento que es cóncava en toda su longitud la curvatura de la espina dorsal del niño, sus piernecitas se vuelven hacia adentro, sus pies toman posición oblicua y descansan naturalmente, lo mismo que las del orangután, sobre los bordes externos y enseñando la planta.

Podríamos decir que después de haber seguido largo tiempo un camino igual ó paralelo, el desarrollo de estos dos cuerpos va divergiendo cada vez más hacia un punto dado. El mono va, por la izquierda, guardando ó aumentándose cada vez más todos los caracteres comunes de al principio, y el hombre, por la derecha, desprendiéndose de los antiguos ó señalando cada vez mejor los nuevos caracteres de la especie humana; es decir, que en este camino el mono va retrocediendo, ó á lo menos se para, y el hombre va siguiendo adelante.

Dos diferencias hay que á primera vista se pueden señalar entre el hombre y los monos, y

que se han tenido antes como distintivos del hombre, á saber: la estación recta y las dos manos.

Quién no sabe aquellos versos del poeta:

*Os homini sublime dedit coelumque tueri
Iussit et erectos ad sidera tollere vultus.*

«Al hombre le dió frente elevada la naturaleza, y quiso que contemplase el cielo y elevase sus ojos hasta las estrellas».

Bien dicho está, sí; pero desgraciadamente no es muy exacto. Porque este carácter distintivo que se nos quiere señalar, se lo hemos de señalar también á las aves, «menos aves»; es decir, á las aves más tontas, llamadas *pájaros-niños* ó *pájaros-bobos*; el oso y aun los perros á quienes se les enseñe eso, adquieren sin gran trabajo la posición vertical; el gorila anda muy bien de pie, y el chimpancé y orangután, aunque con mayor dificultad, llegan por último á conseguirlo.

Así que, creedme, esta razón es otra trinchera ó fortaleza, de la cual por prudencia nos hemos de retirar también.

Dicen además que los monos tienen cuatro manos y los hombres dos. Pero también es muy inexacta esta manera de hablar. Porque ¿en qué se distingue el pie de la mano? En que los dedos

de la mano son más largos que los del pie, y el carpo está menos desarrollado que el tarso... diferencias secundarias; además, en que el brazo se une á la mano por un extremo de ésta, mientras la pierna viene á caer en medio de la superficie dorsal del tarso, dejando hacia atrás un saliente, el talón; y, por último, en que la mano es continuación de la dirección del brazo, y el pie forma ángulo recto con la pierna. Pues bajo este punto de vista es casi nula la diferencia que hay entre el pie del mono y el nuestro. Lo que más los distingue es que el pulgar del pie del mono puede tocar á todos los demás, puede oponerse, según expresión recibida, á todos los demás y el nuestro no lo puede hacer. Además el pie del mono es prensil, y el nuestro, no. Esto es cuanto se puede decir. Al fin y al cabo son dos pies.

Conque, Señores, creo que también obraríamos cuerdamente con retirarnos de esta nueva fortaleza.

Pero ¡ay! que quizás con tanto retirarnos os ponga en cuidado. Mas si la verdad está más atrás, ¿cómo la hemos de alcanzar si no retrocedemos? Por otra parte, no tengáis miedo, porque mientras más retroceda, tomando carrera podré saltar mucho más.

Hasta aquí nos hemos atendido solamente al examen superficial, á lo que á primera vista aparece de nuestros insignes primos, los monos. Mas como por regla general las primeras vistas ó impresiones son engañosas, y la verdad no se manifiesta á las primeras de cambio á quienes no la miran sino superficialmente... antes pide que se acerquen más á ella y se la estreche más y se la examine bien, voy ahora, si me lo permitís, á intentar, aunque rápidamente, otro examen más profundo y á descubriros los medios de averiguación que nos proporciona.

Las diferencias anatómicas de más consideración entre el hombre y los monos se refieren á la configuración del cráneo y de la cara, á la estructura del cerebro y á la dentadura; puesto que las señaladas hasta aquí son, sí, reales, pero considerablemente menos importantes.

El cráneo del hombre es redondeado y convexo, el del mono plano y anguloso; el primero no tiene eminencia alguna que sobresalga notablemente, el segundo lleva en las órbitas, en lo más alto de la cabeza y al través, ciertas como crestas, que, en el gorila, adquieren enorme desarrollo. La capacidad del cráneo del mono es, sin comparación, muy inferior á la del hombre; pues el gorila, adulto y completamente

desarrollado, cuando mide seis pies de alto, tiene la cavidad craniana tan estrecha como la de un niño recién nacido.

También presenta particularidades notables la cara, puesto que en el hombre está colocada debajo del cráneo, y en el mono se extiende hacia adelante y deja el cráneo hacia atrás. Las mandíbulas parecen haberse chupado toda la savia de la cabeza monesca con perjuicio de las demás partes de ella. En el hombre presenta la mandíbula inferior una eminencia más ó menos manifiesta, la barba, general en todos los individuos de la especie humana, aunque disminuye en los negros. Pues bien, esta eminencia jamás se la encuentra en el mono.

En cuanto á lo demás de la cabeza y fuera de estas variaciones en la forma de la cara, se encuentran en los monos todos los huesos del cráneo, excepto uno, bien pequeño por cierto, la espina nasal anterior, que es propia del hombre, y aun ésta faltaba, según dicen, en el cráneo de un australiano encontrado por M. Huxley.

La dentadura, no sólo la definitiva, sino hasta la de la primera dentición es también la misma en uno que en otro, á saber: dos incisivos, un canino y dos premolares en cada lado de ambas mandíbulas, ó sea 20 dientes el total, en la primera dentición; dos incisivos, un canino,

dos premolares y tres molares, total 32 dientes en la segunda.

Sin embargo, observando con alguna atención, se descubre una muy notable diferencia. Porque los incisivos son, en verdad, los mismos, es decir, anchos y cortantes, y el primero superior más ancho que el segundo; pero en el mono, el canino excede siempre mucho, y á veces muchísimo el nivel de los otros dientes próximos, y en el gorila llega á ser verdaderamente canino de tigre, de tal manera que para asentarle bien, cerrada la mandíbula, ha de haber un hueco detrás del segundo incisivo superior y delante del primer premolar inferior. Pues este hueco no se encuentra nunca en las mandíbulas del hombre por más que dicen que existe en un cráneo cafre de la colección de Erlangen.

¿Y en cuanto al cerebro?... ¡Ah, Señores... el cerebro!

Para esa ciencia de relumbrón y de oropel de que os hablé al principio de esta conferencia, fué por mucho tiempo el cerebro objeto de estudio apasionado... Según ella enseñaba, se había encontrado que el cerebro destilaba el pensamiento á la manera que el hígado segrega la bilis...

Ya el pensamiento no era, según esa ciencia, sino una combustión de fósforo dentro de una pulpa nerviosa... Así degollaba al alma... ¡Qué triunfo!... mas con esta teoría se necesitaba señalar alguna proporción, de cualquiera manera que fuese, entre la causa y el efecto; se necesitaba hallar la relación entre el cerebro y la inteligencia. Y para esto, la primera idea que se ocurrió fué la relación de peso... «¡Que me traigan inmediatamente cerebros, dijo la ciencia, que voy á pesarlos!... y sabremos por gramos la inteligencia de cada uno».

Y pesó cerebros y formó tablas en que los puso por orden de mayor á menor... Pues yo consulto esas tablas y veo:

Número 1... Cuvier... murió á los sesenta y tres años de edad; peso del cerebro 1,829,96.

Número 2... Byrón... murió á los treinta y seis años de edad; peso del cerebro 1,807,00.

Este comienzo no va mal, pero...

Número 3... un loco... Señores. ¡Entre los cerebros del mundo está señalado con el número 3 en peso, el cerebro de un loco!

Siguen después 26 cerebros correspondientes á nombres completamente desconocidos. El 27 es el de un matemático de segundo orden, Lejeune Dirichlet, mientras que el de Gauss, matemático de primer orden, no llega sino al

núm. 52... El mineralogista Hanssmann tiene el núm. 158 con un cerebro de 1,226 gramos, es decir, 100 gramos menos que el peso medio del cerebro del hombre (que es de 1,410,36 para el hombre de treinta á cuarenta años, y de 1,262 gramos para la mujer).

Semejante fiasco hizo que se renunciase á la relación de peso, é imaginaron entonces la de volumen. Pero... se obtuvo... la misma derrota. Acudieron á la relación de forma, y no fué mejor el resultado. El ilustre fisiologista del Instituto, M. Gratiolet, tuvo entonces una ocurrencia feliz: «La forma del cerebro, dijo, importa más que el peso, y por encima de la forma hay que poner todavía... ¿Qué diréis, Señores? Oídllo bien: La fuerza que vive dentro del cerebro y que sólo se puede medir por sus manifestaciones». ¿No es verdad que es felicísima la ocurrencia?... Pero son demasiadas palabras para decir «el alma».

Que entre el cerebro y el pensamiento haya íntima y necesaria relación, nadie hay que lo niegue; pero no es la que tienen causa y efecto entre sí, sino la que tiene el instrumento con la obra. Y sabido es que no es la herramienta quien hace la obra, sino el artífice; pero aunque no sea ella, la obra lleva siempre un como sello de la herramienta. De la misma manera, no es

el cerebro quien fabrica el pensamiento, sino la inteligencia; mas el pensamiento revela la naturaleza del cerebro, como la obra la de la herramienta.

Pues sentado esto, Señores, y sin tocar la cuestión de la comparación que haya entre el cerebro de los monos y el del hombre, quiero ser generoso y admito—sin duda alguna que es mucha generosidad—admito el teorema recibido por los defensores del origen monesco del hombre: «Hay menos diferencia entre el cerebro del hombre y el de los antropomorfos, que entre el de éstos y el de los monos inferiores».

Para indicar solamente también la materia, añadiré, por último, que la musculatura del hombre no nos presenta sobre la del mono sino dos músculos nuevos, á saber: el primer extensor interdigital del pulgar y el tercero del peroné.

Aquí tenéis, Señores, acabado ya el examen que me había propuesto, y no sabéis lo que me alegro de haber dado fin á todos esos pormenores técnicos que á vosotros poco ó nada os habrán interesado. Rápidamente, sí, hemos tenido que pasar por ellos, pero aun así me parece no

haber omitido alguno que pudiese oponerse á mi tesis, y hemos puesto de manifiesto, más de lo justo quizás, las favorables á los transformistas.

Ahora diría yo de buena gana como la caballería francesa en Fontenoy: «¡Tirad primero vosotros, señores ingleses...» Sacad consecuencias, señores darwinistas!

Escucho y oigo: «En las diferencias que acabamos de descubrir entre el hombre y los monos, nada hay que nos permita colocarlos en clases diferentes del reino animal. Quizás pudiéramos, siguiendo á Cuvier, poner al hombre en un orden separado, próximo á los monos; pero más prudente sería, sin embargo, juntarlos en uno solo, como lo hacen Heckel y Huxley, y en este caso, hallándose tan cercanos en las clasificaciones de nuestros días, nada se opone á que subiendo y subiendo por las diferentes edades del mundo, los pongamos en un tronco común».

Simia quam similis turpissima bestia nobis!

«¡Cómo se parece á nosotros esa feísima bestia!»

Ahí tenéis.

Bien está, Señores. Conclusión es ésta que yo la repito y... no os asustéis... yo la firmo.

Oídmeme con atención: «Nada hay en *las diferencias que acabamos de descubrir* entre el hombre y los monos, etc.... Eso es».

Conformes pues; pero además *de las diferencias que acabamos de descubrir*, ¿no hay otras?

—¿Qué decís?— exclama el darwinista.

—Sí, señor; ¿no hay otras diferencias?

—Diga V. una, por ejemplo.

—Por ejemplo, ¿la inteligencia?

—¡Qué disparate!... ¡La inteligencia!... Yo no me ocupo en esas cosas... Eso toca á la filosofía, y nosotros, zoólogos, no tenemos que ver nada con la filosofía.

No quiero, Señores, que me creáis á mí. Os costaría ciertamente trabajo admitir que pueda salir de algún cerebro sano tan disparatada respuesta. Pues oíd: Abro la obra *Les mammifères*, de Carlos Vogt, el más furioso de los transformistas: «Algunos han querido, dice, señalar en la naturaleza un reino, ó á lo menos una familia ó un género aparte para el hombre... Y es que en vez de considerar solamente los caracteres zoológicos, han considerado también todo el desarrollo de las facultades intelectuales y morales que no son del dominio de la historia natural» (1).

Leo en Claus, el más sabio y más grave: «Lo que á los antiguos naturalistas movió á señalar al hombre un lugar aparte fuera del reino ani-

(1) Carl. Vogt. *Les mammifères*, p. 2.

mal, fué su gran desarrollo intelectual que le hace un ser racional y capaz de perfección casi infinita» (1).

Darwín mismo: «Sería inútil, dice, entablar una discusión acerca de las facultades superiores del hombre, conciencia de sí mismo, individualidad, abstracción, ideas generales, etc., las cuales, según varios autores modernos, forman la diferencia única y más completa entre el hombre y la bestia, porque entre estos autores no se hallan dos, cuyas definiciones convengan al tratar de estas palabras, etc.» (2).

¡Es inútil!...

Otras ciento podría consultar, y leer en ellos cosas parecidas.

Así se piensa en las antesalas y salones de esa señora Ciencia de oropel.

Aquí tenéis, Señores, dos botellas. Coged una vosotros, y yo cogeré la otra.

— Perfectamente.

— Ya las veis: ambas son de vidrio.

— Verdad.

— Y casi de la misma forma.

(1) Claus. *Zoologie*, trad. Moquín Taudón, p. 1.529.

(2) Darwín. *De la descendance de l'homme*, t. 1, p. 65.

—También.

—El cuello y el corcho iguales.

—Sí.

—La etiqueta... la misma.

—La misma.

—Pues bien, esta es la mía, y esta otra la vuestra...

—¿Eh? Espere V. un momento. Que la mía está vacía y la de V. está llena.

—¡Oh! Yo no me ocupo en eso. Yo soy director de la fábrica... Los antiguos distinguían... las botellas vacías y las botellas llenas; además es inútil discutir esas cualidades de las cosas... Presénteme V. dos filósofos que convengan acerca de la naturaleza del vacío.

Bueno es, Señores, que insistamos en este modo de raciocinar, y que pongamos bien de relieve hasta qué punto de aberración puede llevar el espíritu de sistema.

Pretenden, por ejemplo, averiguar las semejanzas que pueda haber entre los monos y el hombre; y para conseguirlo, ¿qué hacen? Ponen de una parte á un mono, y de otra ¿qué? ¿á un hombre?... No. Nos ponen una especie de ente de razón, que ni vosotros ni nadie ha visto, y que ni ha existido nunca ni jamás existirá, y al cual llaman hombre, bajo el punto de vista de la zoología; es decir, hombre sin inteligencia;

es decir, hombre que ya no es hombre. ¿Qué se dijera de un filósofo que racionando de esa manera y creándose en su imaginación un hombre bajo el punto de vista de la filosofía, se atreviese á declarar que la diferencia entre el hombre y los espíritus es nula?... Se le diría en seguida:

—¿Y qué hace V. de nuestros cuerpos?...

—¡Oh, los cuerpos no entran para nada en las ciencias metafísicas!...

La razón oculta de este procedimiento salta á la vista... La verdadera característica del hombre es la inteligencia... En virtud de la inteligencia reclamamos para él un puesto aparte... y como contra esta razón no tienen estos señores cosa de fundamento que objetarnos, la suprimen. Ciertamente, este procedimiento es sencillo.

Ya en tiempo de Buffón se había hecho pública esa idea de dividir al hombre en dos porciones para poder poner á lo menos una entre las bestias. Mas ved lo que á eso contestaba el ilustre maestro. Después de haber atravesado con su vuelo de águila las altísimas regiones en que se desarrolla la vida del alma, se detiene y exclama:

«Temo haberme extendido ya demasiado en una materia que quizás mirarán muchos como

extraña á nuestra ciencia. ¿Cómo, dirán, han de formar parte de un libro de historia natural consideraciones acerca del alma? Confieso ingenuamente que me importaría bien poco esta advertencia, si me considerase yo con fuerza bastante para tratar esas altísimas materias, pero me he detenido en tales pensamientos únicamente por el temor de no poder comprender en toda su extensión asunto tan vasto. ¿Por qué se quiere quitar de la historia natural del hombre la historia de la parte más noble de su sér? ¿Por qué envilecerle y obligarnos á mirarle sólo como animal, siendo como es de naturaleza muy diferente, excelentísima y tan superior á la de las bestias, que es menester tener tan poca luz como ellas para confundirlos?» (1).

¡Bien por el palmetazo final! Me parece estarle oyendo aún, á cien años de distancia.

Pero en tan buen camino no podemos detenernos, Señores; y además los principales transformistas, particularmente Claus, y hasta el mismo Darwín, han comprendido que no era posible prescindir de la filosofía.

Han emprendido el camino de las compara-

(1) Buffón. *Oeuvres complètes*. Edit. Flourens, t. II, p. 5.

ciones, y comparando la inteligencia del hombre con el instinto del bruto, no han dudado afirmar ser la primera nada más que una forma, una evolución perfeccionada del segundo. Vamos, si os parece bien, tras ellos por este nuevo camino.

Es verdaderamente curioso, Señores, ver cómo comienza y acaba con una cuestión filosófica esa doctrina transformista, que tanto reclama para sí el carácter exclusivamente científico; cómo esos fabricantes de sistemas, que tan desdeñosos se muestran con los filósofos, tienen que filosofar desde su primer teorema hasta el último. Veámoslo.

Ese organismo primitivo, sencillísimo y que ellos ponen como origen de todos los seres vivos, ha de tener su causa, su razón de ser... ¿Quién le ha dado la organización para la vida? ¿quién le ha impuesto la ley de la evolución que fatalmente va cumpliendo á través de las edades?... Esta es una cuestión eminentemente filosófica que no se puede resolver sino eliminando la mayor incógnita: ¡Dios!...

Y al final de ese sistema, Señores, en que ahora nos encontramos; en presencia de ese animal, el hombre, que como otro sol difunde en torno suyo los esplendores de la inteligencia y de la voluntad libre, se ofrece necesaria y fa-

talmente esta otra pregunta: De esas dos nuevas facultades tan completamente extrañas á lo que han visto nuestros ojos, tocado nuestras manos y medido nuestros instrumentos... ¿quién es la causa, quién el autor?... Y la contestación tiene que ser también: ¡Dios!...

Dios al principio, como autor de la vida... Dios al fin, como autor del querer y del pensar... Todas las series de la evolución de la materia viviente se van, sí, enlazando y extendiendo á manera de los anillos de una cadena de oro; pero Dios la sostiene por los dos cabos con las manos de su omnipotente fecundidad... Dios Nuestro Señor. Suprimidle, pues, ó prescindid, nada más, de Él en vuestros sistemas, y veréis cómo todo se desprende, todo cae, todo se derrumba por el vacío como si fuera un castillo de naipes.

Los transformistas parecen ignorarlo por lo general. Pero no por eso hay que incomodarse con ellos, porque no es suya la culpa. Nuestro sistema de enseñanza tan fraccionado ha hecho deformes á la inmensa mayoría de los genios, y unos, vueltos por entero hacia las ciencias, llevan á la izquierda la deformidad, mientras que vueltos los otros hacia la filosofía, la llevan á la derecha. No hay nada tan divertido como un filósofo hablando de ciencias... si no es un hom-

bre de ciencias echándoselas de filósofo; y, como os acabo de decir, los transformistas, quieran ó no quieran, se ven obligados á hablar de filosofía... y entonces pierden... la chaveta.

Vais á juzgar vosotros.

¡Ánimo, Señores!... ¡Conozco bien que le necesitáis, pues apenas hemos salido de una cuestión científica hemos de entrar en una cuestión filosófica!

Yo no sé cómo ni de qué manera he llegado á zambullirme en estas aguas, pero ello es que estoy metido en ellas y, por tanto, por ellas he de nadar... ¡Y lo peor de todo es que os he lanzado á vosotros juntamente conmigo y habéis de nadar vosotros también! ¡Conque, ánimo, Señores, vuelvo á decir! Sigamos adelante.

¡La inteligencia! No conozco palabra cuyo verdadero y riguroso sentido hayamos torcido más. Porque ha tomado en el lenguaje ordinario tan extraña significación, que jamás, á mi juicio, volverá á adquirir el significado que le corresponde. Vedlo, pues. Cuando tenéis delante un hombre de talento singular, de penetración viva, de pensamientos agudos, decís: «¡Qué inteligencia tan grande!...» Y delante de un perro que os da muestras de sorprendente instinto,

exclamáis: «¡Oh, qué animal! ¡Cómo entiende, qué inteligencia!» Usáis la misma palabra para el perro que para el hombre. En rigor, halláis grandes diferencias entre uno y otro, sí, pero de hecho empleáis la misma palabra para darlas á conocer. ¡Quién no ve el grande y lamentable abuso que en esto hacemos de la palabra *inteligencia!*

Y, sin embargo, yo me considero más culpable que cualquier otro en este punto, porque ¡cuántas veces, rindiendo tributos á este uso digno de reprobación, he hablado yo mismo de la inteligencia de los brutos! si bien es verdad que yo no trataba entonces de filosofía y ahora tengo que hablaros de ella.

Conque, si os parece bien, hoy iremos contra nuestras costumbres y ateniéndonos al sentido riguroso, propio y científico de esa hermosa palabra *inteligencia*, preguntamos: ¿Qué es la inteligencia?... Inteligencia es una de las facultades superiores del hombre con la cual concibe y forma las ideas abstractas; es una fuerza activa que le lleva al conocimiento de las esencias abstractas de las cosas y de las relaciones que hay entre unas y otras. Sus operaciones son la percepción, el juicio, el raciocinio, la atención, el análisis y la síntesis. Pero, cuidado con equivocaros, que cada una de estas opera-

ciones no es inteligencia, sino en cuanto que se ejercitan sobre una materia abstracta, necesaria, universal; y, por consiguiente, no atribuyáis á la inteligencia ni la percepción de los objetos materiales, ni la asociación de las ideas sensibles, ni los juicios concretos, porque todas estas operaciones pertenecen al dominio de las facultades sensitivas é inferiores. Me explicaré, y si me lo permitís voy á hacerlo familiarmente.

Os presento unos cuantos terrones de azúcar, puestos á mi disposición por la amabilidad del Círculo. Aquí los tenéis: uno, dos, tres, cuatro. Los estoy viendo... Ahora pregunto: ¿Está trabajando mi inteligencia? No. Solamente ejercito los sentidos. Supongamos que me como uno y que le encuentro agradable... ¿Es la inteligencia quien me participa el buen sabor? No; son también los sentidos. Imaginaos que al cabo de dos días vuelvo á verlos y me vienen deseos de comer más... ¿Será esto obra de la inteligencia? Tampoco; son también los sentidos los que hacen esto, sólo que ahora lo hacen ayudados de la memoria que me los representa y del instinto que me empuja hacia ellos como cosa buena.

En una palabra, mientras que se trate de esos terrones de azúcar, nada tendrá que trabajar la inteligencia.

Más aún. Bien puedo yo juntar esos terrones y poner dos á un lado y dos á otro, y contarlos, y ver que dos de aquí y dos de allí hacen cuatro: hasta ahora nada hay de inteligencia.

Pero lo que acabo de hacer con los pedazos de azúcar, podría hacerlo con ciruelas, naranjas ó cualquiera otra cosa; y si de esta operación sacase yo que... dos y dos son cuatro... dos y dos ¿qué?—Dos y dos de lo que se quiera... dos y dos, nada más—¡ah! entonces, sí, habría entrado en el dominio de la inteligencia. ¿Y por qué? Porque ya ha desaparecido todo elemento material, particular y concreto. En mi pensamiento ya no hay ni azúcar, ni naranjas, ni ciruelas; hay solamente percepción del número abstracto dos, del número abstracto cuatro y de la relación que une á estos dos números entre sí.

Quizás no encontréis nada de particular en esto y que, por consiguiente, no se ha de envanecer por ello la inteligencia... ¡Pero, cuidado con lo que decís; porque de esa semilla tan insignificante, dos y dos son cuatro, la humana inteligencia va á recoger un mundo! Porque ahonda en su esencia, la estudia y la desarrolla; á los descubrimientos de ayer juntará los descubrimientos de mañana; á la idea de número unirá la de extensión y de figura, y de ahí sal-

drá una inmensa riqueza, la miés de verdades almacenadas en el espíritu del hombre, el conjunto sublime y profundo que han llamado matemáticas puras, el álgebra y toda la ciencia de los números, la geometría y toda la ciencia de la extensión. ¡Ciencia admirable, en que cada verdad ocupa el sitio que le corresponde, después de aquella á quien debe su origen y antes de aquellas que á su tiempo saldrán de ella, y en que se hallan tan admirablemente enlazadas todas esas verdades, que se las puede desarrollar, como se desarrolla una larga cinta de seda ó una gran cadena de oro, ó destruir todas en destruyendo una!

Esto, Señores, esto es el campo verdadero de la inteligencia.

Pues bien, antes de clasificar á estos pretendidos parientes nuestros tan cerca de nosotros como se desea, desearía yo que me diesen á conocer sus matemáticas... y para eso me contento con las operaciones fundamentales, con los números enteros.

Y notad bien, que yo admito sin repugnancia que un mono pueda saber que dos mazorcas de maíz y dos mazorcas son cuatro mazorcas de maíz; pero lo que yo espero de esos señores es que me digan: «dos y dos son cuatro», y creo me haréis la justicia de creer que

no es exagerada mi pretensión. ¿Qué, no se exhiben en las ferias perros sabios que van contando desde uno hasta diez?

Hubiera podido escoger para ejemplo otra cualquier materia, y lo que he dicho de las matemáticas puras, decirlo de todas las ciencias metafísicas. Mas urge el tiempo y no me puedo extender mucho, así que sólo voy á hacer os una sencilla observación.

Dad á un niño de pocos meses un dulce de su gusto. Apenas le tiene en la mano se le lleva á los labios. Pues que se acerque entonces cualquiera á cogérsele, y el niño se resistirá, luchará y se pondrá á gritar... En todo esto no hay sino instinto y sentidos... Cualquiera can haría lo mismo por un hueso que se le quisiera quitar.

Vaya otra escena.

Os dan una alhaja, un anillo por ejemplo, que satisface vuestro buen gusto. Naturalmente dais las gracias á vuestro favorecedor y pasa á ser vuestro el anillo; os lo ponéis en el dedo y le poseéis como dueño y señor. Mas al cabo de poco tiempo se presenta un tercero reclamando para sí el anillo. Al principio protestáis; pero luego que veis al otro desenvolver sus títulos de propiedad y probaros con la claridad debida que le quitaron á él el anillo antes de

dárosle á vosotros, ¿dudáis un momento más? No, sino que os sacáis al punto de vuestro dedo el anillo y se le devolvéis á su verdadero dueño... ¿Por qué? Porque ha cruzado por vuestra alma una idea sencilla, pero sublime: el derecho y la justicia... ¿Y qué es eso, Señores, del derecho y de la justicia?... ¿Cuándo habéis visto con los ojos del cuerpo esas dos cosas tan grandes? ¿Cuándo las habéis tocado con las manos?... Pues esas ya son ideas de relaciones abstractas, y objeto propio de vuestra inteligencia.

Y á la luz de esas ideas vais á arreglar toda vuestra conducta. Si dos hombres, por ejemplo, se ponen á luchar en presencia vuestra y el uno desenvaina un puñal y hiere con él al otro... y veis correr la sangre..., sin duda alguna que esa lucha, el brillo del acero, la sangre, todo ese espectáculo brutal conmoverá grandemente vuestros sentidos, y apartaréis con horror la vista y quizás huyáis de él. Instinto, instinto es todo esto... ¿Qué hará la inteligencia?... ¿Cómo se la representa el acero teñido en sangre? Yo no lo sé; porque toda esa escena material, esos movimientos desordenados, esas actitudes, todo eso, en fin, que habéis visto no la enseña nada para poder contestar, y para hacerlo espera saber las prescripciones del derecho.

¿Es el acero del asesino? ¿Es el acero de una

defensa legítima? Pues según la conteste el derecho, así dictará ella su sentencia; derecho inmaterial y abstracto que ni cae bajo la acción de los sentidos, ni habla más que á la inteligencia.

Ahora que presenten en un mono alguna acción, por insignificante que sea, que pueda llamarse conciencia del derecho, amor y respeto á la justicia.

Pero aquí triunfa Darwín; porque «el perro—son palabras del sabio—tiene algo que se parece á la conciencia, puesto que se abstiene de quitar á su amo el alimento».

Antes de contestar advierto una cosa singular, y es, que para probar que hasta la inteligencia del hombre tiene su parecido en el instinto de los monos, alegan los transformistas... perros, caballos, castores con instinto de arquitectos, hormigas con instintos sociales... pero monos... muy pocos. Aunque la razón es sencilla; es que en materia de instinto los monos están muy atrasaditos. Conque dejemos á un lado esta cuestión y atengámonos al cuento del perro.

Es, pues, un perro delante de un pedazo de carne con absoluta prohibición de tocarla. El

pobre animal anda alrededor de la mesa, mirando y remirando por aquí, por allí, aquel fruto vedado que le envía aromas tentadores; la huele desde lejos, alarga el cuello... pero resiste á la tentación y se marcha con las orejas gachas relamiéndose el hocico. Vuelve al poco rato, y otra vez se acerca á la mesa, mira, huele, vuelve á alargar el cuello... y resiste también.

Un niño á quien se le hubiese también prohibido tocar un dulce, hubiera hecho quizás las mismas evoluciones y quizás hubiese también resistido siempre á la tentación. ¿Y qué diferencia se podría entonces señalar entre ambos?

Una muy pequeña. Mas antes permitidme que os advierta que en casos como este sólo se trata de perros domesticados y bien domesticados, porque es muy corto el número de los que puedan ser sometidos impunemente á tales experiencias. Pero, vamos, esta observación no da ventaja alguna á nuestro niño, porque si el perro ha de estar domesticado, también ha de estar bien educado el niño, y también se ha de descontar que en muchos, aun educados, podría ser peligrosa la experiencia. ¿No cayó nuestra madre Eva?... ¡Y ya había pasado de la infancia!...

Pero volviendo á la cuestión, ¿cómo se le enseña al niño?

Se le dice: «Te prohíbe tu padre tocar esa fruta, y si la tocas obras mal». Aquí se afirma un derecho abstracto respecto del padre, y un deber abstracto respecto del hijo, cosas ambas que proceden de la inteligencia. El alma del niño se abre para recibir estas ideas abstractas, comprende así el derecho como el deber, y parece hecha para abrigar en su seno estos pensamientos inmateriales... «¡Yo obraría mal!» «¡No quiero obrar mal!»

¿Y es así como se le educa al perro?... ¿Se le habla de derecho y de deber... Y cuando se retira triste de la mesa, ¿se dice á sí mismo «obraría yo mal», «no quiero obrar mal?» ¡Ah! Señores, ¿qué decís?

Después de haber conminado la prohibición al perro, sea con un gesto severo, ó con una mirada de ira... se le acaricia, se le recompensa si ha sido fiel, y se le castiga si no lo ha sido; y con varias lecciones de este género se le asocian en su memoria y se hacen inseparables estas dos ideas muy concretas, la comida robada y los latigazos, de modo que si por una parte se exalta su olfato con los aromas de la carne, le tiemblan por otra las costillas. La vista de ese trozo de carne despierta en él estas dos ideas sensibles, inevitablemente unidas, gusto y dolor, y según que le domine el atractivo de la

una ó el temor de la otra, comerá ó se abstendrá. ¡Y esto es á lo que se atreven á llamar conciencia!...

¡Cómo! Ahí tenéis esos mártires puestos entre la apostasía y la muerte... vedlos cómo escogen la muerte. Ahí tenéis otros mártires más ocultos, á esos padres de familia á quienes se exige, ó renegar de una convicción, ó ser perjuros, ó abandonar la causa del derecho... Si se niegan á estas exigencias, se acabó ya para ellos el porvenir, y verán rodar consigo hacia la ruina á sus mujeres, á sus hijos y á cuanto tengan... Ved esa póbrecita joven puesta entre la miseria por un lado y la fortuna por otro... Del lado de la miseria, todo linaje de privaciones y de sufrimientos, lágrimas, desnudez, quizás la muerte, y muerte de hambre en algún chiribitil... Sí, pero... también la honra y la tranquilidad de conciencia. Del lado de la fortuna, goces que la sonríen, placeres, dulzura, molicie, encantos y satisfacción... Sí, pero... también la culpa y la deshonor. Y, sin embargo, esa joven escogió las lágrimas, escogió la miseria, escogió la muerte.

Y por fundamento de estos heroísmos de la conciencia del hombre ponen, Señores... ¿Qué?... un perro mirando de hito en hito el almuerzo de su amo...

¡Vamos, Señores!... Que repugna verdadera-

mente tener que refutar tales cosas, y es demasiada humillación bajar tan abajo á recogerlas.

Me he dejado, Señores, llevar muy lejos al seguir á Darwin, porque con la consideración de la inteligencia del hombre he mezclado la de su voluntad libre, y si bien es verdad que ambas constituyen con igual título los caracteres distintivos y exclusivos de la naturaleza humana, quería yo fijarme esta noche solamente en la inteligencia. Volvamos, pues, á ella.

Decía que la inteligencia es una facultad que concibe las esencias abstractas y sus relaciones, y os había puesto como ejemplo de su objeto propio de ella las verdades matemáticas y los principios del derecho.

Aquí podría echarme el alto un transformista y decirme: ¿Quién le ha dicho á V. que no tiene el mono facultades de ese género? ¿que no concibe en cierta manera y medida lo abstracto, las ideas elementales acerca del número, de la extensión y de ciertos principios de derecho?... en una palabra, ¿quién le ha dicho á V. que no tiene el mono una inteligencia incipiente?...

Es claro, Señores, que yo no he entrado en el alma de los monos como puedo entrar en la

mía; que no puedo estudiar su psicología como estudio la del hombre, entrando en mí mismo y observando en mí mismo las operaciones de mi espíritu y formación de mi pensamiento. Pero no por eso me será menos fácil contestar á la dificultad que se propone, manifestándose como se manifiesta la inteligencia en fenómenos claramente externos y tangibles.

La inteligencia, en efecto, no se limita á concebir las verdades abstractas y universales, sino que las desenvuelve, las desarrolla, saca de ellas consecuencias y aplicaciones ocultas, y pone en manos del hombre lo que se ha llamado perfectamente espíritu de invención. El hombre descubre é inventa por el mismo hecho que piensa y raciocina.

De la misma manera es fecunda necesariamente la concepción de los principios de derecho, y así nace de ellos en la inteligencia humana un orden completo de obligaciones á las cuales se confiesa sometido el hombre y con las cuales se hace religioso y moral.

Finalmente, este doble desenvolvimiento produce otro nuevo carácter distintivo del hombre, y es su aptitud para el progreso.

Ahí tenéis, pues, lo que hace la inteligencia, y lo que hace necesaria é irresistiblemente donde quiera que Dios ha encendido la llama

de esa lumbre. Ahí tenéis ese espíritu de invención y descubrimientos, esa religión, esa moral, ese progreso, cosas todas que caen bajo la acción de nuestros sentidos y son otras tantas consecuencias de la vida intelectual, y si me permitís la expresión diré que son el humo visible del fuego que se consume en nuestras almas.

Pues á cualquiera pediré yo que me enseñe algo de este humo en los monos.

Pero esto necesita mayor investigación.

El hombre inventa y descubre. No hay raza, por degradada que la queráis imaginar, no hay raza humana, digo, que no esté dispuesta á darnos pruebas de ello; la que yo os doy la tomo de los habitantes del Congo. No es esta la raza más atrasada, pero no importa.

He visto en manos de esos habitantes una arma de caza que me ha maravillado en verdad. Es un hierro con aletas, á manera de arpón, y un palo, en uno de cuyos extremos queda enmangado el hierro, como un apagador en una vela. El hierro está sobrepuesto en el mango sin atadura ni clavo alguno que lo sujete; solamente pende de él á un lado una cuerda muy

resistente que le une con el centro del mango, casi del mismo modo que se une la bola con el mango en el juguete infantil del bolinche.

Ved ahora cómo la maneja en la caza el habitante del Congo. Lleva el hierro en alto... y en cuanto ve la presa, le baja con cuidado hasta ponerle horizontal, le saca del mango, apunta, y le lanza con toda la fuerza de su brazo, en virtud de la cual penetran hierro y mango en el cuerpo del animal. Si del golpe no muere éste, se sacude, y entonces se cae el mango y queda en la herida el hierro merced á las aletas. Herido el animal huye, pero arrastra consigo la cuerda y con ésta el mango hasta que, atado como está por la mitad, se enreda en el primer árbol y detiene á la presa. ¿No os parece una maravilla de ingenio esta arma de los salvajes?

En la exposición del Congo, organizada por la diligencia de la Sociedad Geográfica de Ambrères, habéis podido observar la fragua de estos salvajes; es perfecta y en pequeño la forja catalana, y aun mejor, porque el fuelle es de doble efecto como en los Altos Hornos mejor contruídos.

Os he dicho de qué manera comienza el hombre. Y ¿queréis saber cómo acaba?... Dirigid vuestros ojos á cuanto os rodea. Ved esos navíos surcando los mares á impulsos de su rapi-

dísima hélice; vez deslizarse sobre railes de acero nuestras locomotoras, bufando á la sombra de la nube blanca de su humo; ved al pensamiento humano volar, más veloz que el rayo, de un cabo al otro del mundo en alas de unos hilos, á quienes arranca salvajes armonías el viento del huracán; ved en manos del hombre esa formidable fuerza de la pólvora, de la dinamita, de la nitroglicerina que va á reducir á menudo polvo los montes y rocas que por su inmensa mole habían desafiado al mar y á los siglos... Ved, ved ahora al hombre trabajando. Le estorban los Alpes, le molestan los Pirineos, pues los taladra; la configuración del globo le detiene en sus viajes, pues une los mares y pasa... ¿Cuándo, Señores, acabaría si me propusiese deciros todo? ¿No hubiera ponderado bastante, si me hubiese parado en el ramo de tejidos y en esa máquina de coser, tan sencilla en su mecanismo como prodigiosa en sus ventajas diarias?

¡Muéstrese algo parecido á esto en los monos!... ¡Veámoslo, por poco que ello sea!... ¡Tan viejos son en el mundo como nosotros... y si tienen inteligencia, no es cosa de admitir que haya estado todo ese tiempo dormida!... ¡Vamos, veamos algún fruto de su inteligencia!... ¡Pero no, no aparece ninguno, absolutamente

ninguno, ni una arma siquiera! Muchos monos se sirven, para andar de pie, de un bastón, y ¡cuidado, que un bastón duro y nudoso entre brazos tan tremendos sería arma terrible! ¡Pues ni aun así, al llegar la hora de luchar, el primer cuidado del mono es tirar el bastón y defenderse con las manos y mandíbulas!...

Siguiendo en esto al perro, al gato y á otros muchos animales, le gusta mucho al mono calentarse en buenas fogatas. Pues que hagan lumbre en las selvas los viajeros, pronto, luego que se han marchado del hogar, comienzan uno á uno los monos á bajarse de los árboles, y puestos en corro delante del brasero vivo, se sientan, se calientan en medio de mil contorsiones de gozo; vedlos cómo se frotan piernas y manos, como para extender y disminuir una sensación agradable, pero viva; se consideran felices, miran la llama con ojos tan grandes y vivos cuán grande es el bien cuya posesión embriaga... Pero se acaba la llama, se muere la lumbre... muy cerca de allí hay leña seca en abundancia y preparada...; han visto y muy bien cómo los viajeros echaban esa leña al fuego muerto y salía mayor y más viva llama... ¡Qué cosa más sencilla que hacer ellos lo mismo! ¡Pues no! ¡Aún no se les ha ocurrido la idea, ni se les ocurrirá jamás!... ¡Oh! ¡Cuidado que son animales!... Se

quedan allí, y á cada tizón que se apaga se ponen más tristes, y cuando todos se han apagado, se vuelven los monos despacio, y como entristecidos, á sus ramas. ¡Búsquese un salvaje que no haya encontrado un medio cualquiera, no digo ya de alimentar el fuego que le han encendido otros, sino de encenderlo él cuando le venga bien!

Por segundo resultado de la vida intelectual he presentado que hace religioso y moral al hombre.

Y en efecto, recorriendo la cadena no interrumpida de causas segundas, lleva poco á poco la inteligencia del hombre á la causa primera y soberana, á Dios, criador y dueño del universo; y aunque por efecto de su propia imperfección llegue á veces el hombre á desconocer la verdadera naturaleza de esa causa inmaterial y suprema, la descubre no obstante en el fondo de su alma y se fija en ella, la estudia, la va conociendo paso á paso, con mayor precisión y claridad cada vez... Llega un día en que da á luz obras inmortales que se han llamado Teodiceas de Platón, de Santo Tomás, de Bossuet, de Fenelón... No sólo esto. Ese Dios á quien des-

cubre con la inteligencia, le siente también en el corazón, se inclina ante Él y le adora...

Ved, pues, en todas las edades del mundo, por todas las partes del globo, en todos los pueblos y naciones, cómo los hombres, levantadas las manos al cielo y fijos los ojos en él, claman de hinojos ante su Padre: *Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur!* «¡Oh Dios, os alabamos y os reconocemos como Señor nuestro!...» ¡Ved surgir de todas partes templos en los cuales se postra el hombre é implora, no ya ante esos dioses materiales y vanos de antes, sino ante el Ser eterno y necesario, ante el Ser infinito, inmenso, invisible, omnipotente, Dios nuestro y Señor nuestro!...

Tampoco se pára en esto. Entre ese Dios grande y el hombre, su criatura... entre el hombre mismo y los demás hombres, descubre la inteligencia relaciones y saca de ellas el conjunto de obligaciones que el hombre tiene y á cuyo yugo se somete.

¡Fijaos, pues, en ese incomparable espectáculo que nos ofrece el hombre entrando en sí mismo, y esforzándose por amoldarse á la justicia... apoderándose de la pasión y domándola hasta someterla al deber!... Y si infringe, si viola la ley muda que descubre dentro de su corazón, ved al remordimiento precipitarse sobre él, tor-

turarlo, despedazarle y forzarle hasta en la soledad y silencio de la noche, á que se avergüence de sí mismo en su propia presencia.

Y en otro orden de ideas, ved nacer esas leyes soberanas que van á gobernar por siglos la sociedad humana, el derecho social, el derecho internacional, el derecho de gentes, el derecho doméstico, el derecho civil, el derecho penal; ved estas otras leyes y juzgadlas, las pandectas, las instituciones y edictos de Justiniano, de las cuales se ha podido decir que eran como la razón escrita...

¡Ah! ¡Qué obras! ¡Qué grandes y sublimes obras produce la inteligencia!

Pues bien, repetiremos otra vez, ¿qué huellas de esto descubris en el mono?...

Acerca de esto, Darwin ha encontrado algo... pero no en el mono, para decir verdad, sino en el perro... ¡y siempre con el perro!

Voy á leeros palabra por palabra el texto del profesor. ¡Atención!

«El profesor Blumenbach admite que el perro considera á su dueño como á su Dios...» (1).

Gran satisfacción tengo al saber cómo M. Blu-

(1) *De la descendance de l'homme*, p. 72.

menbach admite que el perro considera á su amo como á su Dios... ¡Pero Sr. Blumenbach!... ¿Qué me cuenta el Sr. Blumenbach?...

¡La cosa más liviana, el menor raciocinio y la prueba más insignificante valdrían más que esa afirmación!... Pero, ¿qué queréis? ¡no me dan otra cosa!

Ved ahora, después de lo dicho, cómo se expresa Darwin:

«He tenido ocasión, dice, de observar un perro mío, el cual, adulto ya y muy sensible, estaba echado un día de mucho calor sobre la yerba, á poca distancia de una sombrilla abierta. Ningún caso hubiese hecho de ella aun cuando se hubiese acercado por allí alguno; pero como la moviese de cuándo en cuándo cierta brisilla suave, el perro respondía siempre con algún gruñido, y á veces ladrido. Á lo que yo creo debió conocer súbita é inconscientemente el perro, que aquellos movimientos de la sombrilla, sin causa aparente, indicaban muy bien la presencia de algún agente vivo, pero extraño y sin derecho á estar en aquel territorio de su mando. Por consiguiente, la creencia en agentes espirituales pasa fácilmente á la de que existen uno ó varios dioses» (1).

(1) *De la descendance de l'homme*, p. 70.

Aquí tenéis, Señores... después de lo que admite Blumenbach, sabemos lo que admite Darwin... y se acabaron sus textos... ¡Pues francamente, no son bastantes!

En cuanto al perro «adulto y muy sensible», me tomaré la libertad de juzgarle grandemente animal, es decir, tonto. ¡De cuantos perros conozco ni uno solo se dejaría engañar dos veces!

Y lo dicho es lo mejorcito que ha averiguado la escuela darwinista para explicar, á su modo, el origen del sentido religioso y moral del hombre. Verdaderamente que es cosa de no creerse y de preguntarse también cualquiera, cómo un hombre tan listo, grave y profundo cual indudablemente lo es Darwin, puede ser á la vez un pensador tan desprovisto de buen sentido... ¡Ejemplo claro de lo que os decía más arriba acerca de la deformidad de ciertos talentos, formados por una educación superficial para un fin determinado y exclusivo!...

Dejo dicho, finalmente, Señores, que al dar la inteligencia por una parte espíritu de invención, y por otra sentido moral al hombre, ha hecho de él un sér apto para el progreso. Y esto es otra de las señales que indican bien la distancia que separa al hombre del mono.

El mono es un sér estacionario, hoy es lo que era en tiempo de Aristóteles y lo que ha sido desde que vino al mundo, sin que haya cambiado nada en sus facultades ni en sus costumbres. Al descubrirse en nuestros días, el año 1847, el gorila, se le conoció en seguida por la descripción que de él había hecho un antiguo cartaginés, Hanión.

Indudablemente, el hombre no va siempre hacia adelante en la vía del progreso material y moral, porque hay pueblos que caen, á la vez que se levantan otros; pero según lo probó en una obra excelente M. Thonissen, la humanidad progresa, adelanta y sube siempre, y el hombre por lo menos anda, y las oscilaciones que en este movimiento da, le hacen cambiar de siglo en siglo y, por decirlo así, de año en año, el lugar que ocupa en la escala de la perfección.

Pero el mono permanece siempre inmóvil, como un guardacantón. Mientras el hombre pasa de la primitiva choza de la selva á la grandeza artística de nuestros hoteles y palacios contemporáneos, queda y sigue el mono acurrucado en su nido de palos ó de hojas sobre los árboles. Mientras el hombre siembra, cultiva los campos, inventa abonos y labores de resistencia, importa y exporta bajo leyes protectoras, ó en franquía, sus productos, el mono roba,

como desde el primer día los dátiles de los árboles ó el maíz de los campos. Mientras el salvaje cose pieles y el civilizado teje la lana, el algodón, el lino y demás variadas telas con que se visten y adornan los hombres... el mono, si tiene frío, se encoge sobre su cuerpo, y si tiritita, se mete entre sus compañeros, formando con ellos un montón negruzco de donde salen por todas partes pies, brazos, cabezas, piernas y ojos en continuo movimiento.

No acabaría nunca, Señores, si fuese á decirnos todo lo que hay en esta materia.

El hombre más degradado, el último de la escala salvaje, labra su piragua y remos y con ellos pasa el arroyo, el río ó el mar. Pues cítese ahora un mono que enfrente de una corriente se haya subido á algún madero y le haya impulsado hacia adelante. ¡Qué se ha de citar! Lo que hacen es mirar el agua que va pasando, buscar alguna rama desde la cual puedan con un salto llegar á la orilla opuesta, y si no la encuentran, subirse desalentados orilla arriba y marcharse.

Así, pues, Señores, ni de la inteligencia que se manifiesta en la actividad interna del pensamiento, ni de la inteligencia que se manifiesta al exterior por medio de la religión, de la moral, de la invención y del progreso, encontra-

mos rastro alguno, ni aun lejano, ni un pálido reflejo, ni la chispa más insignificante, en esos monos antropomorfos que tan arriba han colocado los transformistas en la escala de los monos, y tan abajo han quedado entre los animales á quienes quieren hacer progenitores del hombre.

Réstame un punto acerca del cual necesito llamar vuestra atención.

El hombre tiene sensaciones, sentimientos, instinto, placeres, dolores, esperanzas y temores, cuyo objeto material y sensible produce en su organismo la misma impresión fisiológica que puede producir en el organismo del animal. Todas esas impresiones se manifiestan al exterior por ciertas actitudes ó ciertos movimientos, gestos, ó por una mímica perfecta, cuyo ejercicio depende, claro está, de los órganos impresionados. Y como en el hombre y en el mono están estos órganos arreglados, con poca diferencia, al mismo modelo, no puede menos de resultar de grande, de sorprendente semejanza, la expresión externa de esos sentimientos en el uno y en el otro.

Mas no por eso hay motivo para admirarse, y mucho menos para sacar de ahí argumento alguno contra nuestra tesis. Esa semejanza es

necesaria, y así debe ser, Señores; porque es la misma sensación, causadora de la misma impresión en el instinto, y manifestada por los mismos órganos. Buffón había hecho ya esta observación.

La mona *guenon* que lleva á su hijuelo en los brazos, que le cuida, le acaricia, le defiende y le protege, se pondrá en las mismas actitudes que una madre al llevar, cuidar, defender y proteger á su niño. Que vea un mono salir repentinamente del agua la horrible cabeza de un cocodrilo, y darése á conocer su espanto como el del hombre; y si hay por allí cerca algún escondite, á él irán á esconderse la una y el otro para escapar de los ojos del monstruo. Que un chimpancé vea en manos de otro algún racimo de dátiles, y naturalmente ambicionará esta presa y procurará apoderarse de ella, y para ello habrá gritos, golpes y hasta una verdadera batalla. Cosas que pueden muy bien suceder entre seres humanos, ambicionando y procurando arrebatarse la misma cosa.

Pero, Señores, de la semejanza de estos actos exteriores, ¿se podrá concluir la identidad de fuerzas y de principios que los producen?

Á veces... demasiadas ¡por desgracia! cierto es que nos dejamos llevar en nuestro modo de obrar del instinto solo, y entónces nuestros actos

son del mismo valor que los de un animal y no tienen principio más noble. Á veces, pues, será justa la conclusión... pero ¡cuidado con pasar los límites! Porque no está solo el instinto en el hombre, y vais á ver cómo viniendo sobre él la inteligencia, le ennoblece y le transforma.

Esa *guenon* que así cuida á su mono, no pasa de ahí. Pero ved á la madre del niño. ¡Cómo se ingenia para educarle, acostumbrarle al trabajo, dirigir á esa alma tierna por el camino de la verdad y del bien!... Busca y trabaja por una parte y por otra, llama en su auxilio á toda la sociedad, á los siglos; y ahí tenéis ya, organizado para la educación de su hijo, ese inmenso y complicado sistema de enseñanza, que comenzando en la cuna y pasando por la escuela, segunda enseñanza, humanidades y escuelas especiales, llega al grandioso coronamiento de tantas universidades en el Antiguo y Nuevo Mundo...

La *guenon* siempre inmóvil. El mono, á la vista del cocodrilo, se marchó á ocultarse en algún rincón. El hombre hizo al principio como el mono; pero después cercó su choza con empalizadas; más tarde, cuando el enemigo era más fuerte, construyó fosos, levantó murallas, edificó muros y torres; creció aún más la fuerza del enemigo, y él entonces ideó nuevas defensas, haciendo magníficas y terribles fortificacio-

nes, fuertes, castillos, campos atrincherados, baterías protegidas y qué se yo cuánto más.

Y el mono mientras tanto... temblando en su escondrijo.

Aquellos dos monos de antes que se disputaban unos cuantos dátiles, se muerden con sus dientes caninos y se despedazan con las uñas. Mas el hombre ha comprendido que sobre sus empresas estaba el derecho, y en cambio del objeto que apetecía ha ofrecido otra cosa, dando origen con esto al cambio y saliendo de aquí al comercio. Muy pronto imaginó después el instrumento natural del cambio, la moneda, y de ella, ved, Señores, cuántas cosas nacieron: naves, puertos, comercios, colonias, bancos y esa admirable organización de comercio, gloria de vuestra hermosa capital... esas armas de paz que sustituyen y suprimen en el mundo las armas y la sangre de la guerra.

¡Y los monos... allá siempre luchando con uñas y dientes por arrebatarse los dátiles!

Sería yo culpable, Señores, si en esta rápida exposición en que tantas cosas debo omitir, omitiese también un nobilísimo sentimiento, el más dulce del humano corazón... ¡la amistad!

El animal tiene algo parecido á la amistad.

Mas no es cosa de admirar que, radicando en el instinto la mayor parte de nuestros afectos, participe también de ellos el animal. Muchos ejemplos pudiéranse citar de esto entre los perros, los caballos, las vacas y las aves de nuestros corrales y establos, y á veces bien singulares por cierto. Yo mismo he podido convencerme de la amistad constante que tenía un hermoso perro inglés de caza con una gallina, preferida á otras diez del corral, un papagayo joven con una tortolilla y un verderón. Frecuentemente se ve quererse algunos perros y gatos con un cariño especial. Me acuerdo, á propósito de esto, de cuán maravillado quedé un día al ver á la entrada de una casa de labranza, un enorme gato hecho una pelota entre las patas extendidas de una perra que le había criado antes y ahora le miraba como á hijo suyo.

¿Pueden, sin embargo, ponerse en parangón estos hechos con la amistad y afecto que se profesan los hombres?

Si la amistad del hombre no se levanta más arriba de las bajas regiones del instinto, claro está que sí; pero vienen la inteligencia y la voluntad libre del hombre, y apoderándose de esa amistad que nace del instinto, la elevan y subliman hasta las clarísimas regiones del sacrificio y del heroísmo.

En la amistad que nace del instinto, se busca el hombre á sí propio, y lo que ama es el contento y placer de amar y de ser amado. Pero trabajando sobre el corazón y labrándole, arranca de él ese secreto egoísmo, lanza al exterior lo que antes se quedaba encerrado en lo interior, y veréis nacer en el corazón del hombre amistades triunfadoras de cualquier obstáculo, desinteresadas, heróicas, alimentadas con la abnegación y sacrificio, que viven, trabajan, sufren y mueren por un amigo, después de haber derramado por su causa toda la sangre de sus venas como se vierte una gota de agua.

La amistad de instinto tiene un objeto singular, determinado, que ve, toca, oye y le encanta. Pero viene la inteligencia y abre ese corazón, le dilata, le ensancha, le agranda y ya no es un hombre solo lo que ama ese corazón, sino es una familia, es un pueblo, es la patria, es la humanidad...

¡Oh! ¡Venid, venid todos los que habéis hecho tan inmensos vuestros corazones... venid los que vivís sólo para el hombre y los que derramáis cada día sobre él las corrientes desbordadas de vuestro amor; venid, Hermanitas de los pobres, Hermanas de la Caridad, Hermanos de la misericordia, Hijas de San Vicente Paúl... venid y enseñadnos cuánto puede amar el corazón del hombre!

¿Y sabéis lo que me responde Darwin cuando le pido la razón ó le pregunto por el origen de esas nobilísimas llamas de amor?... Me dan escalofríos, siento sobresaltos en mi corazón, pero es menester citar sus palabras.

¡Dice que también se acarician los caballos... que las vacas también se lamen... y que también los monos se espulgan!...

Voy á concluir, Señores.

Esta conferencia ha resultado muy incompleta. Nada os he dicho en ella del lenguaje articulado, ni de la voluntad libre, ni de otros muchos caracteres, bastantes, cada uno de por sí para una conferencia, por tener todos ellos su origen en la inteligencia y adornar al hombre con una nobleza que él solo es capaz de llevar. Pero el tiempo urgía y me he visto precisado á apresurar el paso. Creo, no obstante, haberos dicho lo suficiente para daros á entender en qué está la cuestión entre los transformistas y nosotros.

Sólo me resta sacar consecuencias.

Por real que sea, como ciertamente lo es, la diferencia que hay entre el cuerpo del hombre y el del mono, es muy pequeña en proporción á otras.

Si el hombre quedase reducido á solo su cuerpo, podría colocársele, en las clasificaciones zoológicas, quizás en el mismo grado que al mono, y sin quizás en uno muy próximo á él. Es decir, que sería sólo cuestión de orden ó de familia.

Pero el hombre lleva además un elemento vital, inseparable de su naturaleza, por el cual es lo que es y sin el cual no sería nada; elemento vital ó fuerza que le pertenece por los mismos títulos que su cuerpo, ¿qué digo por los mismos títulos? por mayores y más elevados títulos, puesto que el cuerpo se cambia y fenece, y esa fuerza persevera y conserva al hombre con su propia é idéntica personalidad. Esta fuerza es su alma inteligente y libre.

Pues en virtud de esta fuerza inmaterial que se manifiesta en el hombre por los fenómenos ya dichos, es á saber, conocimiento y ciencia de lo abstracto, religiosidad, moralidad y progreso, reclamo para el hombre un puesto separado... ¿y qué puesto?

Lo voy á decir.

Cuando, estudiados los fenómenos de la naturaleza inorgánica y muerta, se encuentra la ciencia de repente y cara á cara con una nueva fuerza que en el mundo vegetal produce fenómenos hasta entonces desconocidos, quiero decir,

la nutrición, la evolución, la reproducción y otros... la ciencia, repito, se detiene, y á esta fuerza nueva la llama organismo, vida, y crea con ella un nuevo reino; el reino vegetal.

Después de haber recorrido y sondeado en todas las direcciones y sentidos este nuevo reino de las plantas, vuelve por segunda vez á verse la ciencia frente á frente de otra nueva fuerza, y en presencia de los nuevos fenómenos, desconocidos antes, es á saber, sensación, movimientos espontáneos, instinto y otros... vuelve también á detenerse... á la nueva fuerza la llama sensibilidad, y crea con ella otro nuevo reino, el reino animal.

Pues ahora la pido yo que se detenga también en los límites de ese novísimo reino, en vista de las manifestaciones desconocidas hasta ahora de inteligencia; que acepte este nombre nuevo para esa nueva fuerza y cree con ella el último reino y superior á los dos precedentes; el reino humano.

Es lo que ya había hecho Pallás al dividir toda la naturaleza en dos imperios, el inorgánico y el orgánico, y al crear dentro de este último tres reinos, el reino vegetal, el reino animal y el reino humano.

De lo mismo había dado Geoffroy-Saint-Hilaire la fórmula en una frase que le ha sobrevi-

vido y sobrevivirá á todas las empresas transformistas, á saber: «La planta vive; el animal vive y siente; el hombre vive, siente y piensa».

Aquí tenéis, Señores, las conclusiones de la verdadera ciencia, y ya veis cuán de raíz cortan ese árbol genealógico en el cual quieren los transformistas encasillarnos al lado de nuestros pretendidos primos. De semejante propósito nada queda en pie.

Mas no hay que incomodarse por eso con los monos, Señores; porque estos tales primos han tenido la buena ocurrencia de no pretender nunca ellos de por sí su parentesco con nosotros; el hombre es quien, yo no sé por qué perversión de amor propio,

«¡Monté sur le faite... aspirait à descendre!»

«¡Puesto en la cumbre... quería bajar!»

Tampoco hay que culpar demasiado á los hombres. ¡Son víctimas de esa educación fraccionada, homeopática, enciclopédica, de que os hablaba antes! y encerrados en un campo estrecho del dominio de las ciencias, no ven en toda la naturaleza más que ese campo corto y limitado, sin poder abarcar con su vista los inmensos horizontes en que se revela por entero toda

la verdad. Son esos hombres, alguna vez lo he dicho ya, muy parecidos á las aves nocturnas, que como nunca ven el sol, juran que no existe y creen solamente la existencia de la luna y de las estrellas.

Son víctimas, sobre todo, de la Marisabidilla arrogante...

La cual les va infiltrando gota á gota el veneno de su odio antirreligioso, los ciega, los adormece, y en esa noche de la ignorancia no les deja levantar hacia el cielo su frente, por miedo de que levantándola los hiera la luz y ponga en libertad sus almas.

SEÑORAS, SEÑORES:

Antiguamente perdía la nobleza de su sangre el noble que ejecutaba acciones de villano.

Pues obras de nobleza son para nosotros las obras de la inteligencia y de la voluntad libre, y obras de villano las obras del instinto, los arranques impetuosos, salvajes, que proceden de todos los apetitos y de todas las concupiscencias.

¡Conque no degeneremos de nuestro linaje!

No nos olvidemos de que el hombre no es verdaderamente tal, sino por el don sublime é

inapreciable de la inteligencia y de la voluntad. Vivamos vida de inteligentes y de libres que es la verdadera vida del hombre.

Cuando antiguamente una persona había perdido por sus malas acciones su nobleza, por mucho que se adornase con todos los blasones de su alta alcurnia, no por eso se libraba del desprecio de los demás ni de su propia vergüenza.

Pues por mucho que probemos el abismo infranqueable que nos separa de nuestros parientes, los monos, como yo he procurado hacerlo en la presente conferencia, nada nos salvaría si después de todo viviéramos como ellos.

A. M. D. G.

NUESTRAS AVES

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTRAS AVES

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES, AMIGOS:



A *Revue de Paris* nos ofreció un día en sus columnas el siguiente cuadro: «Aún tenemos tapizados de nieve los tejados y en París se está pensando ya, con toda formalidad, en la primavera. Quizás crea alguno que el parisiense, siguiendo los consejos de Virgilio, se ocupa ahora en abrir la tierra, en podar los árboles, en preparar abrigos de juncos ó de pajas para las abejas, en una palabra, en cuidar sus invernaderos. ¡Error grande! El parisiense está ya ocupándose á su modo en la primavera. En primer lugar quita las tejas, gastadas por las nieblas ó deshechas por las lluvias, y con no poco peligro de los transeuntes, las sustituye

por otras nuevas que á su vez se romperán y se quitarán al año siguiente. Son, pues, las tejas la primera corona del parisiense en la primavera. Después de este adorno recompone las calles, pinta los cafés, adorna los cristales y limpia las entradas de los comercios y á la vez anuncian los periódicos las telas, los paños y las modas de la estación; y cuando ya tiene arreglada esta primavera de piedras, telas y tejas, se compra unos cuantos carros de leña, por lo que pueda ocurrir, y se vuelve á su chimenea. Este es el modo de hermanarse el parisiense y la primavera desde que hay primavera y parisienses».

Aquí tenéis el cuadro que nos ofreció en sus columnas la *Revue de Paris*, hará unos veinte años, y que desde entonces acá no ha cambiado sino en pormenores de poca importancia; mas los parisienses se han multiplicado, y aun fuera de París, sí, ¡hay también parisienses fuera de París!

El hecho es que con unos gustos y unas diversiones que sólo son tales por haber convenido en darles ese nombre, y en los cuales entra por muy poco, si es que no se excluye del todo, la naturaleza, nos forjamos una vida artificial, y Dios nos castiga con esta misma vida. Porque, en medio de esas grandes ciudades en que da-

mos rienda suelta á todos los recursos imaginables para distraernos y divertirnos; en medio de esas fiestas y espectáculos, en que se dan cita todos los que tienen hambre de placeres; dentro de ese torbellino sin orden ni concierto que se llama el gran mundo, y en el cual giran revueltas miles de almas ansiosas de felicidad, Dios pone el fastidio, «ese inexorable fastidio que forma el fondo de nuestra vida», como dice Bossuet, ese huésped invisible, pero fatal, ese convidado de piedra horrible, pero inevitable, que se pega á nosotros y no hay modo de soltarle, á manera de la vestidura de Neso pegada al cuerpo de Hércules.

Y no acusemos á nadie de tan grande desgracia más que á nosotros mismos, porque sólo nosotros somos los culpables.

¿Qué razón tenemos si no para no hacer caso de esas otras diversiones tan sencillas que nuestro Padre nos ha concedido con tanta liberalidad? Porque ya lo veis. Son exigencias de la moda que, después de haber pasado el invierno distraídos con los gustos y contentamientos que ofrecen las capitales, se vayan los ricos á pasar la primavera, el verano y aun muchas veces el otoño, en sus casas de campo. Perfectamente; van al campo, sí, pero enseguida viene este huésped del fastidio: á los ocho días de estar

allí, todo se ve de un mismo color, y hay que acudir á la novela... ¡Á la novela!... ¿Quién se ocupa en pensar lo que tiene alrededor? ¿quién piensa en abrir los ojos para ver lo que Dios se ha dignado poner aun á la vista del último de sus hijos?

O fortunatos nimium, sua si bona norint...

¡Y cuidado que las maravillas de la naturaleza las tenemos á cada paso! ¡Y tan curiosas, tan atractivas, tan llenas de enseñanzas, tan encantadoras! Pero nosotros... ni sospechamos siquiera que existan.

Pues por esto quisiera yo señalaros algunas; quisiera levantar un poquito nada más el velo que tiene oculto á nuestra vista el sublime cuadro de la naturaleza, y mostraros en él una fuente de alegrías y de dulces entretenimientos que sin cesar se van renovando: diversiones sencillas, sí, entretenimientos sin ruido y tranquilos, es verdad, pero que no por eso dejan de encantarnos. Y si dudarais de lo que os acabo de decir, gustadlos vosotros por experiencia propia y dad vuestro fallo después. Por ahora sólo os propongo que observéis nuestros pájaros, y no todos, sino solamente algunos y aun de los más vulgares.

¿No habéis visto alguna vez á los pájaros beber agua? «Posan sus delicadas patitas sobre

algunas piedrecillas, tocan muy suavemente el agua con el pico, levantan suavemente la cabeza y, con un movimiento pausado y fácil, la hacen correr por toda la garganta». Pues no es más difícil que esto lo que yo os propongo. Venid, venid conmigo á un bosque, lleno de sombras y abundoso de suaves aromas; abrid vuestros ojos á lo que el mismo Dios se digna enseñaros, y dejad entrar suavemente en vuestras almas vistas tan deliciosas, que si por ventura la tenéis estragada por los placeres del mundo, con ellas indudablemente podréis darle algún refrigerio.

Y cuenta que no se trata de que entréis por esos bosques de modo que podáis escribir completas monografías de ellos, ni menos de que los cortéis en pequeñas ramas, para estudiar luego en el microscopio la hermosura de sus tejidos, no, sino únicamente de que observéis lo que allí sucede, que, como veis, son observaciones sencillas que no exigen ciencia, ni instrumentos, ni laboratorio. Sólo se necesita un jardín, un bosquecillo de lilas, dos ojos... uno, la atención, y otro, el corazón... Pues yo voy á presentaros las observaciones tales cuales yo mismo en su mayor parte las he hecho, juntamente con un amigo mío, más práctico que yo, y que supo inspirarme — mucha gratitud le debo por esto — una

parte de su afición á esos encantadores huéspedes de nuestros jardines.

Un día que el bueno de La Fontaine estaba convidado á comer en casa de Mme. Harvey, se retrasó y llegó ya de noche al convite: la causa fué haberse quedado entretenido en observar el entierro de una hormiga hasta verla sepultada y volverse después al agujero las de la comitiva: no quisiera yo ser causa de que faltarais á los banquetes á que os convidasen, pero sí de que vieseis, paso por paso, el entierro de un pajarillo por los enterradores destinados por Dios para esta operación... Sí, yo quisiera veros en ello, y me parece que hubiera conseguido entonces algún fruto en vuestras almas.

Si os parece, comenzaremos por fijar bien lo que entendemos por ave. Pues qué, ¿hay alguna necesidad de esto?... Vamos á verlo.

«Ave, me diréis, es un animal que vuela». Perfectamente; pero el avestruz no vuela, corre: el pájaro-bobo y el pájaro-niño ó gran manco, no vuelan tampoco, nadan, y, sin embargo, todos ellos son aves.

Por otra parte, el murciélago vuela, los galospitecos, primos hermanos de los monos, vuelan, ó por lo menos se sostienen en el aire bas-

tante tiempo: hay peces voladores y casi todos los insectos vuelan.

«Pues ave es un animal con plumas», me dirán otros. Esta definición ya es mejor, porque efectivamente todas las aves tienen plumas; pero no podemos afirmar que sea ave todo el que tenga plumas, pues recientemente se han encontrado en el Jura restos fósiles de un animal con plumas, cuya especie se ha extinguido totalmente ya, y á pesar de esas plumas que se ven en la cola, no es ave, sino claramente un reptil.

Si yo pretendiese daros aquí un curso de zoología, os diría que las aves son vertebrados de sangre caliente, cubiertos de plumas, y provistos de un sólo cóndilo occipital y de miembros anteriores transformados en alas, que es, con poca diferencia, la definición que de las aves da uno de los zoólogos más eminentes de nuestra época.

Quizás os parecerán cosas muy subidas éstas, pero no son sino muy sencillas de suyo, y me vais á permitir que os las explique en lenguaje familiar. Tienen las aves para sostener todo su cuerpo una armazón ósea interior, cuyo eje forman unos huesecillos, llamados vértebras, que están sobrepuestos los unos á los otros como si fueran cilindros pequeños apilados. De estos

huesos les viene el nombre de vertebrados que tienen de común con los mamíferos, reptiles, batracios y peces: por la sangre caliente se distinguen de los reptiles, batracios y peces, y por las plumas se distinguen de los mamíferos, los cuales en vez de plumas tienen pelo.

El esqueleto de las aves es una obra ingeniosa que da á conocer bien al vivo la armonía puesta por Dios entre los organismos que ha criado y las condiciones en que ha dispuesto que vivan. El esqueleto es la parte más densa del animal, y sin embargo, el ave tiene que volar por los aires... Pues bien, para este objeto cada uno de los huesecillos arriba dichos está horadado, con lo cual, así como no se disminuye nada la fuerza, se aliviará de un modo considerable el peso; además, por ese hueco de los huesos circula una corriente de aire que se está renovando sin cesar por la respiración, la cual, en razón de este nuevo servicio, tiene evidentemente que ser muy activa. Por este nuevo oficio de la respiración se dice de las aves que tienen respiración doble y que su temperatura es superior á la de los demás animales.

El ave ha de volar, y, por tanto, sus brazos se convertirán en alas, y para poder hacer esos grandes movimientos de atrás y adelante con ellas alrededor de la espalda, por fuerza se han

de unir á ella de un modo especial. Porque en nosotros se unen los brazos al cuerpo, por detrás por medio del omoplato, y por delante por medio de la clavícula: mas en las aves, el omoplato se alarga, las clavículas se fortifican y se sueldan, y además de esto hay en ellas dos huesos grandes por delante, para fijar con solidez el pecho con la espalda, y no existen en todas las aves.

No basta aún con esto. Porque para poder mover alas tan grandes, necesitanse músculos bien fuertes y para atar éstos por la raíz, necesitanse también huesos particulares, dentro de los cuales puedan encajarse con holgura otros, que es precisamente lo que acaece con el pecho de toda ave, pues en lugar del hueso ancho que tenemos nosotros, tienen las aves una especie de cresta larga, en la cual vienen á amarrarse los músculos que sirven para volar, en tal manera que, cuanto más grande sea el vuelo, más resistente y mayor será esta cresta, y si carece de vuelo el ave, como, por ejemplo, el avestruz, el casoar y otros, se achica hasta el extremo de parecer sólo un vestigio de ella.

Muy fácil me sería citaros más consideraciones acerca de lo mismo, pero tengo que abreviar.

El ave tiene un sólo cóndilo occipital... ¿y qué significa eso de cóndilo? Nuestra cabeza está

unida al cuerpo por dos goznes yuxtapuestos á derecha é izquierda que entran en dos hoyitos correspondientes; por esta disposición podemos inclinarla hacia atrás ó hacia adelante sin mover el cuello, mientras que para moverla hacia la derecha ó hacia la izquierda, necesitamos que se mueva también el cuello; y como esto apenas lo puede hacer, resulta que esos movimientos laterales son muy pequeños y costosos en nosotros. Mas las aves no tienen más que un sólo gozne ó cóndilo, y por eso pueden mover la cabeza en todas las direcciones con más amplitud y mucha más facilidad, como lo podéis ver cuando se limpian las plumas.

¡Plumas!... ¡Oh! ¡Las plumas son su vestido, sus adornos, su belleza! Cosa sabida es que las aves tienen dos clases de plumaje, el plumón y las plumas propiamente dichas. De éstas algunas son grandes y se llaman remeras, si están en las alas, y timoneras si están en la cola, y el simple examen de aquéllas basta para conocer si el ave es muy voladora ó no.

Y ¡qué cosa más singular! ¡qué caprichos, qué lindeza la de este plumaje!

¡Comparad la cola del gorrión con la del gallo, del pavo real, del menuro porta-lira, del ave del Paraíso!...

Un ave admirable (desgraciadamente no ha-

bita entre nosotros) llamada el «Curucú resplandeciente» tiene una cola lujosísima, de unos dos pies de larga, de color verde esmeralda con reflejos, suelta con elegancia, formando una curva de mucha gracia. ¿Cómo podrá esta ave revolverse en el nido con tanto plumaje?... Sencilísimamente; hace el nido en forma de manguito, y entra por un lado y sale por el otro.

Dos palabras más. Tienen todas las aves las mandíbulas en forma de pico y desprovistas de dientes; el cual pico es, según las necesidades á que ha de proveer, fuerte, agudo, encorvado y cortante en las aves de presa, delgado, pequeño y puntiagudo en las aves insectívoras, cónico y duro en las granívoras. Nada, como veis, se ha dejado al acaso, sino que para la organización de estos animales encantadores, que como joyas han de adornar la tierra y darle encanto, se han tenido en cuenta leyes claras y fijas.

Aquí me detengo ya, porque me urge hablaros de la vida de estos animales.

Pocas impresiones hay tan dulces como la que experimenta el corazón al nacer la primavera. Ya el invierno ha quitado el color á las praderas, deshojado los bosques y ennegrecido el cie-

lo... Nuestra alma misma se siente contristada por los fríos continuados y por las nieves constantes. ¡Qué bien se ha pensado al representar el invierno bajo la figura de un anciano aburrido y entumecido!... Mas, de repente, parece que todo se transforma; en un día, en una hora dada, nos encontramos con que la naturaleza se ha cambiado: ni aun por asomos lo habíamos sospechado el día antes y vemos hoy el cambio producido, ¡y qué sensación tan agradable al verlo!... Las laderas van ocultando sus tristes peñas con hojitas frescas, la yerba es de un color verde virginal y trasparente, el cielo es azul y el sol de la mañana ya empieza á acariciar la tierra con sus dorados rayos: todo renace, todo vuelve á la vida, y en toda la naturaleza reina grande alegría; podríamos decir que la tierra despierta, desecha sus vestiduras, se vuelve á poner sus galas como en vísperas de alguna fiesta... ¡Sí! ¡magnífico espectáculo! ¡qué deliciosas impresiones!... Porque también nuestro corazón se pone de fiesta; también renace, revive y se siente más ligero, más ágil y más amante!... También él quiere dejar sus vestidos de invierno que ya le son carga pesada, y ponerse las galas del estío. ¡Todo es alegría, inconsciente, sin objeto determinado y fijo, es verdad, pero al fin y al cabo es alegría! Nos sentimos contentos,

y mutuamente nos lo participamos sin que sepamos bien por qué razón... ¿Por qué? ¡Ah! ¡es porque ha llegado la primavera, la deliciosa primavera! ¡Qué perfectamente han hecho con pintarla bajo la figura de un niño, de un angelito, purísimo, inocente y sonrosado!

Y sin embargo, á esta renovación de la naturaleza le falta aún una cosa, una sola cosa... ¡Las aves!... ¡Ah! ¡El primer canto de la alondra que se va elevando con rápido vuelo, y sube... sube... muy alto!... Síguenla nuestros ojos, la pierden de vista por último, pero... el canto todavía llega hasta nosotros como una cascada de perlas caídas del cielo... ¡Oh! ¿Y el primer trino del ruiseñor en los arroyos?... ¿Os acordáis de esos paseos solitarios y fantásticos que todos hemos dado por entre los bosques húmedos aún y apenas floridos? Pues recordadlos. Cuando menos lo pensáis, comienza á preludiar el ruiseñor, y luego, á semejanza del artista que se está ensayando, entona su tema, repite y vuelve á repetir hasta acabar todas las melodías de su repertorio con un canto real. Está oculto, y vais á buscarle despacito, en silencio, con temor de doblar las ramas, no sea que al primer chasquido de ellas ó al menor ruido de las hojas hagáis huir al cantor deseado... Allí le tenéis... allí... en aquella rama... está cantando aún: fijaos; ¡cómo se le

ensancha la garganta! ¡cómo extiende las alas!...
¡El invierno no tiene estos encantos!

Pocas aves nos guardan fidelidad durante el invierno. La corneja, el gorrión, el mirlo, la urraca y el grajo se quedan entre nosotros y encuentran alimento en los campos más desiertos ó más destrozados; el verderón, el pinzón de las Ardenas, el paro negro ó carbonerilla, el ave-tonta de nieve y la lavandera nunca nos dejan, y aun la alondra y la lavandera amarilla se acercan tanto á las casas de labranza que se aprovechan de buena parte del grano que se encuentre por los corrales; el petirrojo, si son grandes los fríos, llega hasta entrar también en las casas y, con atrevimiento sin igual, se posa bien extendidas las patas, y mirando á todas las partes con sus ojazos de azabache, espera y espera, hasta que le echen algunas migas de pan ó algún gusano de harina.

Pero, por lo general, la mayor parte de las aves que viven con nosotros, emigran en busca de otro cielo más benigno, y la ida y la vuelta de estos viajeros tan amables están señaladas con admirable precisión, tanto que se ha formado con esas épocas un calendario y ha quedado dividido el año en cuatro períodos, casi iguales, de tres meses cada uno, dos períodos de emigración y dos de estancia.

La emigración de primavera comienza hacia mediados de Febrero y acaba hacia mediados de Mayo, y comprende la travesía de las aves de paso, la salida de las de invierno y la llegada de las de verano. La estancia de verano comienza hacia el 10 ó el 15 de Mayo, después de la llegada del vencejo y del cuclillo, y dura tres meses, hasta mediado Agosto.

La emigración de otoño comienza hacia el 10 de Agosto y se prolonga hasta el 8 ó 15 de Noviembre, época en que comienza á dormir el murciélago su largo sueño de invierno; esta emigración comprende, la travesía de las aves de paso, la llegada de las de invierno y la salida de las de verano.

Finalmente, la estancia de invierno, que también comprende tres meses, se abre el 10 de Noviembre y se cierra el 20 de Febrero.

¡Cosa singular, en verdad, es esta de la emigración á largas distancias, y muy merecedora de la atención de los sabios ó de los hombres reflexivos! Más de la mitad de las aves de Europa, del Norte del Asia y de la América son emigrantes. Todas se dirigen hacia el Sur; las del hemisferio oriental van al Sudoeste y las del occidental al Este, siguiendo todas la configuración de las regiones adonde van á pasar el invierno. Los ríos, los valles profundos, limitados

por crestas de montañas, les van indicando el camino á través de los espacios... el instinto que han recibido de Dios los empuja y su dedo les sirve de brújula. Unos invernan en el Mediodía de Europa, otros en el Norte de África entre los 37 y 24 grados de latitud, y otros penetran en las zonas tropicales y se ven, en invierno, desde las costas del Atlántico hasta las del mar Rojo y el de las Indias. La Birmania, Siam y el Sur de la China sirven de estación de invierno.

Las aves de la América del Norte van al Sur de los Estados Unidos y á la América Central, las de la América del Sur van al Brasil y las del Sur de la Australia llegan hasta Nueva Guinea (1).

Y ¡qué gran misterio se encierra en este instinto que va dirigiendo al ave por sus viajes, é indicándole sin falta ninguna el camino que ha de coger y la dirección que ha de dar á su vuelo!

Ved cruzar por el cielo esas bandadas de grullas ó de patos salvajes... ¡van derechas por su camino sin dudar!... ¿Quién se le ha enseñado? Bien lejos se van vuestras palomas mensajeras; se van á Francia, á Italia, á España; las llevan en sus jaulas de mimbre y bien cerradas en un vagón del tren... y ¿cómo se arreglan para encontrar el palomar en que las estáis esperando

(1) V. Brehm, *les Oiseaux*. Introduction.

palpitando vuestro corazón á impulsos del temor y de la confianza?... ¡El instinto... el instinto!... Bien quisieran dar los sabios otra explicación más satisfactoria, pero cuantas se han ensayado diferentes, han resultado ineficaces.

Por otra parte, sucede en nosotros con nuestra alma un fenómeno análogo, aunque de orden diferente. Ese instinto que va guiando á las aves por los aires, corresponde á la conciencia que va guiando á las almas por el camino de la virtud. Dais, por ejemplo, un mal paso en ese camino real, y al momento se levanta en vosotros una voz para deciros en la soledad de vuestro corazón: «¡Has hecho mal! ¡Avergüénzate! ¡Levántate y sigue en adelante derecho por el camino del bien!»

El instinto y la conciencia... son voces de Dios que habla al ave y al hombre por medio del órgano misterioso de la naturaleza. El ave las oye, y obedece; el hombre las oye también y no atiende siempre, y aun cuando atiende, no siempre, por desgracia, obedece; hay, pues, diferencia entre nosotros y las aves, pero que no es en favor nuestro!

¡Ya han vuelto, por fin, nuestros alados huéspedes, y por el mes de Mayo ya estarán todos y harán resonar los bosques con sus cánticos!

La nevatilla gris es el primer pájaro que llega en la primavera, y como no la veais durante la primera semana de Febrero, será señal de que aún no están para acabarse los fríos grandes... Hacia fines de Marzo aparece el ruiseñor de pared, y á últimos de Abril la curruca de cabeza negra... ¡Cosa ciertamente digna de notarse es que los machos lleguen primero! ¿Por qué será? Porque son los encargados de una obra importantísima, capital, la elección del jardín, del bosque, del cantón... Para esto tendrán que empeñarse luchas terribles, y más sangrientas aún para la posesión del territorio, pero será dueño de él el mejor cantor y como verdadero déspota, no permitirá á ningún otro reinar en él.

La posesión exclusiva de un zarzal, ó de un matorral, ó de un cantón, es cosa muy usada entre los pájaros, y entre los pinzones llega el negocio hasta morir en la lucha, aunque ninguno se muestra más salvaje y más furioso en los combates de este linaje que el petirrojo. Yo desearía que asistieseis á una de estas peleas reñidas, fácil de conseguir, puesto que este Fierabrás, aun cautivo, conserva sus hábitos batalladores.

Con dos días de diferencia cogí yo en una ocasión con la trampa dos petirrojos machos; los primeros días de prisión los puse en jaulas separadas, y les daba bizcochos, amapolas y gusa-

nos de harina; luego trasladé á uno á la pajarera grande, en que vivían mezclados más de cuarenta pájaros del país, y á los dos días siguientes, introduje también el segundo. Entonces fué ella... pues al momento se empeñó entre ellos una lucha tremenda en la cual el último huésped, aturdido por la novedad del local, tanto como por lo brusco del ataque, cayó pronto debajo. Tomé yo parte en la contienda y tuve prisionero un día al vencedor; después de este castigo le volví á la pajarera y comenzó en seguida otra lucha, pero ahora, la suerte fué igual y la victoria indecisa. Cansados, sin duda, de tan pesada guerra, se separaron ambos combatientes, desplumados y sangrando, y celebraron como una especie de contrato, pues desde entonces el uno habitaba constantemente en el lado derecho de la pajarera y el otro en el izquierdo, y á la menor infracción de cualquiera de las partes contratantes volvía á empeñarse la lucha; pero, como si tuviesen conciencia de la infracción, cedía el delincuente y se volvía á su jurisdicción.

Y no se crea otra cosa; este terrible camorrista tiene, á pesar de serlo, sus rasgos de buen corazón. Brehm observó á dos petirrojos encerrados en una misma jaula: continuamente estaban peleando, se disputaban cualquiera miga de pan y, por decirlo así, cualquiera bocanada

de aire que se les echase, de tal manera, que en seguida venía el picotazo. Pero un día se rompió uno de ellos una pata, y el compañero entonces, olvidando sus antiguos odios, se acercó al herido, le dió de comer y le cuidó con tierna solicitud. La pata se curó, el enfermo recobró la salud y desde entonces nunca jamás se alteró la paz.

Otro hecho no menos interesante refiere Snel. Había cogido un petirrojo macho con las crías y puesto á todos en su propio aposento: se dedicó á cuidarlos, les daba de comer y los calentaba y, por último, acabó felizmente de educarlos. Ocho días después, puso nuestro pajarero en el mismo aposento otro nido con sus crías de petirrojos. Cuando el hambre los hizo piar, acercóse á ellos el petirrojo viejo y estuvo buen rato de tiempo observando; se compadeció por fin de ellos y dando un vuelo hacia el comedero, cogió buena provisión de larvas de hormigas y se las repartió: total, que cuidó de estos pajarillos extraños como si hubieran sido sus propios hijos.

Pues entonces, ¿á qué viene ese cariño exclusivo á su territorio, ese celo por sus derechos señoriales, entre las aves de vuelo ligero á quienes parece que les ha sido franqueado todo el espacio?

Varios son los motivos que hay para ello,

mas dos bien patentes son éstos: el primero, común á los grandes carnívoros, como el león, el tigre, la pantera y otros, es que estos pajarillos son también carnívoros, á su modo, pues hacen entre los insectos horribles y crueles matanzas... su presa está relativamente poco extendida, y como no reservasen la caza, luego morirían de hambre; el segundo motivo, tan particular y tan constante como el primero, es el premio que ponen á la paz.

Ya está escogido el territorio donde ha de dominar, pero... ¡el dueño vive en él como ermitaño!... ¡Espera y canta!... ¡Observadle ya, observadle! Tiene él también su modo de agradar y se está ejercitando en él. La curruca hace el nido casi á la altura del hombre: durante la estación entera se colocará algo más arriba para cantar, pero como ahora está observando y esperando, va á romper con sus modestas costumbres. Se sube ahora á las cimas más altas de los árboles y puesta allí, en la rama más elevada, canta y canta que se las pela. Es que el viento ha de llevar muy lejos sus notas de ternura... y su vista de ella ha de registrar vastos horizontes...

Viene, al fin, á su hora el deseado vuelo, y

con él la hora de elecciones inquietas. Se va á decidir... ¿de la vida entera? No: ¡de una estación! Canta el ruiseñor y con su voz tiene bastante.. Casi todos los pájaros se esfuerzan por cantar en esta época y hasta el gorrión suele modular tiernos temas.

El pinzón comienza también por la voz: excitados por él le contestan sus compañeros, su presencia le irrita y se pone á cantar con más fuerza; mas, pronto se calienta, no se conforma con este torneo pacífico, sino que á todo volar se lanza por entre las ramas sobre sus rivales, los ataca y ahí los tenéis ya furiosamente agarrados por los picos y patas; caen y van rodando por el suelo, y entre el polvo y en medio de chirridos salvajes continúan su lucha encarnizada... Á todo este sangriento espectáculo asiste impasible la hembra, y deja su suerte á la fortuna del vencedor. Pero pronto tendrá que luchar ella también, porque, á veces responden al llamamiento del compañero, y en este caso se pelean las dos y hay que convenir en que lo hacen con no menos furia y valor y... con más y mayor algarabía.

Con los encantos de la voz se juntan los de la hermosura. Cuando una ave ha recibido de Dios el don de un plumaje brillante, tiene de él yo no sé qué especie de conocimiento íntimo,

pues le enseña y extiende con gallardía... Ved el pavo real y aun el común...; ved al palomo ahuecar la garganta y ostentar los reflejos cambiantes de la misma: el jilguero se cuelga de una ramita y se balancea de un modo especial y característico en presencia de su compañera. ¿Qué otra cosa pretende sino dar á conocer las hermosas plumas amarillas de sus alas? El bubrelo abulta su pecho de violeta, el pinzón extiende las alas, despliega la cola, y á saltos va describiendo semicírculos que cada vez se van acercando más á su centro; el petirrojo no anda con tanto rodeo, hincha el pecho y su coraza de oro, y después se contenta con mover la cola, casi casi del mismo modo que nuestros «gentry» mueven la cabeza para saludar conforme á la nueva moda.

Risible y ridículo nos parecerá sin duda lo dicho, pero... ¡cuidado! que la causa de reirnos de un pajarillo que se contonea, de ese estúpido pavo guanajo, cuando estremeciéndose abre su enorme abanico de plumas descoloridas, es que no entendemos nosotros la hermosura como ellos, y quizás ellos nos devuelvan el cumplimiento de reirnos de sus gracias, riéndose muchas veces de las nuestras.

Acabo de hablaros del cántico de nuestros pajarillos y del triunfo que sobre sus rivales

¡menos afortunados! les da. Es el canto para las aves lo que la palabra para los hombres; con él se entienden admirablemente unos á otros: cierta inflexión que nosotros ni siquiera advertimos, es para ellos más que un largo discurso; y á veces, en muchos casos, una corta observación bastará para averiguar lo que significa: la voz de llamada, el grito de alerta, la señal del peligro, la alegría, la tristeza, el cariño, la cólera, todo se dibuja maravillosamente en las modulaciones de tan diminutas gargantas.

Al que tuviese gusto con enterarse bien de estas cosas me atrevería á aconsejarle se ejercitase en observar el canto y los reclamos del gallo... Escuchadle cuando ha encontrado algún grano de trigo y llama á este banquete á las gallinas: cuando ha visto cruzar por el cielo, ó cernerse sobre él, al gavián ó al milano, ó aunque sólo sea algún cuervo ó el estúpido buzo; escuchadle en otras mil circunstancias frecuentes, y observaréis primero, cómo y qué bien le entienden las gallinas, qué pronto acuden donde las llama, ó cómo conocen el peligro, y luego acabaréis por entenderle también vosotros mismos. Y aprendida esta primera lección, habéis dado el primer paso para llegar á entender á otros cantores de mayor categoría.

Mas no nos forjemos por eso ilusiones... Por-

que ¿quién llegará á comprender lo que se dicen entre sí esa enjambre de charlatanes gorriones cuando al caer de la tarde se reunen en alguna chopera ó en algún árbol frondoso para burcar un albergue en que pasar la noche que se viene encima?... ¿Quién nos dirá los secretos que se cruzan en la graciosa algarabía que forman esas largas filas de golondrinas escalonadas por los tejados de nuestras viviendas en vísperas de sus grandes viajes? ¿Quién penetrará la discreta conversación del diminuto reyezuelo en los setos vivos de espinos, de la curruca entre las lilas y del bubrelo sobre su rosal?... Pajarillos graciosos y alegres ¿estaréis, decídmelo, por desgracia murmurando de vuestros hermanos?

Asegúrase, y yo lo creo, que por el acento de un pájaro se puede conocer la patria y la cuna del mismo. No os riáis, por Dios... En primer lugar, á los seres humanos fácilmente se los coñoce; pero no es mi voluntad proceder en esto por analogía. Mas, bien sabido es, que el canto del pinzón lo han estudiado apasionadamente miles de aficionados á estas ave-cillas, llevados por la dulzura de una melodía, que los profanos (soy uno de ellos, lo confieso) tienen la osadía de encontrar irritante y monó-

tona. Pues bien; al oír el canto de este pájaro, un aficionado os dirá de qué tierra es. Entre mis papeles he encontrado una nota, escrita por uno de estos distinguidos aficionados, y os la voy á copiar: «El pinzón, dice, divide en dos partes su canto, la una constante, la otra variable; á veces varía la introducción y á veces el final. En los alrededores de Gante, Bruselas y Lovaina, es constante el final y le interpretan los trabajadores por la voz *bastiscuit*; en los alrededores de Lieja y por todo el Limburgo hay dos finales *bastiscuit* y *bastiscorio*; en el Hainaut cada pájaro tiene tres finales, *bastiscuit*, *bastiscuiu* y *vidieu* ó *frideu* ó *fredyan*; en Binche, *scotio*, *scotia* ó *risipio*, etc., etc.» Hasta aquí la nota. El pinzón más apreciado en Namur acaba su canción con *crotchevidyeu*; hay además estas otras finales: la *planplaridsuspalia*, la *uidiopichopot*, la *stirriguich*, la *tchitchi-rispania* y muchas más aún. Esto, por lo que hace á nuestro país. Brehm ha publicado, en su gran obra acerca de las aves, la rara clasificación que de los pinzones han hecho los obreros alemanes, sin más diferencia esencial que el acento del cantor, y no bajan de ciento las variedades. No las diré todas, pero permítaseme á lo menos citar algunas. En las cercanías de Schnepfenthal, diecinueve finales distintas en

los cánticos dan á conocer otras tantas variedades con su nombre particular; así la final *dwei-glié* es la del pinzón llamado «vino penetrante» («vinperçant», Scharferweingesand); *zwoifidré* la del «aceite de pino» («l'huile de pin», Kien oel); *totsespeutsiah* la del «año loco» (l'année folle», toller Gutjahor); *jobjereitjah* la del «caballero» («cavalier», Reiter), y otras y otras más... El canto preferido por los aficionados á los campos de Turingia el «redoblado de Schmalkade» (Schmalkader Doppelschlag), y su final es *lolotziscutsia*.

Con lo dicho tenéis bastante, aunque para ello haya tenido que distraeros con observaciones tan frívolas.

¡Un nido!... ¡Qué nido tan bonito!... ¡Ah! Yo estimaría poco el corazón de aquel hombre que al hallarse, yendo de paseo, una obra maestra de amor y de cariño como ésta, no pensase al punto en los brazos de su madre... Para nosotros ella fué nuestro nido, y nido dulce, y aquel día en que salimos de él para dirigir nuestro vuelo por el mundo, aquel fué en el que la vida perdió para nosotros todos sus dulces encantos y los goces más serenos y pacíficos. ¡Oh, dichosa vida la que se va deslizando entre esos bra-

zos y junto á ese corazón!... ¡Y qué pálida es cualquiera otra vida!

¡Un nido!... ¿Habéis pensado en lo que es un nido? ¿en los trabajos, en las molestias, en el tiempo que ha costado á la pobrecita madre para entretejerle entre las ramas? ¡Ah! Esos miles de yerbecitas, esas briznas, todas las ha recogido una á una, y poquito á poco las ha ido doblando con el pico y humedeciendo con su lengua, después de haber hecho el nido, con el pecho, ¿qué digo? con el corazón, le ha redondeado, le ha prensado, le ha apisonado, para amoldarle en forma de círculo y formar con él una corona para sus hijos.

Del nido de bubrelo ha hecho Chateaubriand una descripción inmortal: «Acuérdome, dice, de haber encontrado una vez un nido de bubrelo en un rosal; parecía una concha con cuatro perlas azules, y sobre él pendía una rosa destilando rocío. El macho estaba inmóvil, posado sobre un árbol cercano, y parecía una flor de púrpura y azul. Todos estos objetos se reflejaban sobre las aguas de un estanque juntamente con la sombra de un nogal que servía de fondo, y tras del cual se veía alzarse majestuosa la aurora. En este cuadro tan pequeño dióme Dios una idea de las gracias con que ha embellecido á la naturaleza». Hasta aquí Chateaubriand.

Desgraciadamente es muy raro entre nosotros el nido de bubrelo, porque las ardillas, las marmotas, los milanos, los buhos, los halcones, los cuervos y los grajos, sin contar al cruel pajare-ro, hacen á este bellissimo pájaro continua guerra y amenazan acabar bien pronto con su raza. ¡Y sin embargo, yo no conozco pájaro más amable y cariñoso! Entre los de su raza es evidente que se dejan llevar de los sentimientos tiernos del corazón. Cuando se mata á uno de estos bubrelos, todos los compañeros acuden á un punto después de haber oído el tiro, buscan la rama, allí se lamentan, luego se marchan y vuelven otra vez; no pueden resolverse á dejar el árbol en que murió su amigo: le buscan, le llaman con chillidos desgarradores, y el hombre, el hombre... ¡cruel!... ¡especula con estos generosos sentimientos para enriquecer su caza!

Cuando está en cautividad, se aficiona con tanto cariño al amo que es por demás; pero también pide en retorno cariño. Cuenta Brehm que había adquirido cierta señora, amiga suya, un bubrelo doméstico, al cual dejaba volar por la habitación; y como un día, ocupada esta señora en otras cosas, no correspondiese á las caricias que el pajarito la pedía, viendo en él tantas instancias, le encerró en la jaula y cubrió ésta con una tela. El pajarito piaba y piaba para que

le oyese su ama; al poco tiempo quedó en silencio, bajó la cabeza, encrespó las plumas y cayó muerto desde la varilla.

Sigamos con los nidos.

Los hacen unas veces el macho, otras la hembra y á veces los dos juntos. Fijaos en la curruca...; el macho va recorriendo todas las ramas ahorquilladas de una zarza, se para, mira, da vueltas sobre sí para ver si el sitio es de la anchura necesaria, se posa sobre todas sus ramillas como si quisiese probar la resistencia, y luego se pone á cantar; al momento, y á todo volar, viene la pájara y examina por sí el sitio escogido para cuna de sus hijos: ¡dudal...: el macho se va, y al poco tiempo vuelve con una yerbecita en el pico, la dobla como le parece, la enlaza entre las ramas gorgoriteando un poquito, mira después á la hembra y se queda contemplándola... y ella le acepta: se marchan después los dos cada uno por su lado, luego vuelven con los primeros materiales de su «at home» y queda ya en trama el nido.

Este está formado de yerbas secas, de hojas, y en el centro—¡ah! el centro... es menester que sea más blando el sitio en que han de descansar los pajarillos—hay crines sedosas y lana.

Á veces, en casos extraordinarios construye solo el macho la morada. No hace aún muchos

días que un amigo mío y yo descubrimos un nido de curruca entre las hojas de un rhododendrum. La incubación, según fuimos observando, iba perfectamente, hasta un día en que encontramos vacío el nido... ¡no estaban el padre ni la madre, y los huevos se hallaban ya fríos! Estábamos ocupados en averiguar la causa de este abandono, cuando de repente oímos el canto del macho que estaba posado en la punta de un árbol. Mi amigo, más enterado de las costumbres de las currucas que yo, me dijo en seguida: «La pájara se la ha comido algún gato, de seguro, y el macho la está llamando», y pronto vimos, en efecto, las pruebas del crimen, porque á pocos pasos del nido, estaban alrededor de un cuajarón de sangre, desparramadas las plumas del pobre animalito. El macho seguía cantando. Al día siguiente le vimos comenzar otro nido y dije: «¿Habrá podido encontrar tan pronto nueva familia?» «¡Ah, no, contestó mi amigo; está solo aún y cantando en lo último de un árbol». El nido nuevo se acabó, pero nadie vino á introducir en él la vida: hizo otro aún el macho, y después el tercero, pero continuaba todos los días, canta que canta, por las ramas más elevadas. Un día, por último, le oímos á pocos pasos de distancia y como á unos dos metros escasos de altura. «Vamos á ver ahora echada

la pájara», me dijo mi amigo; y en efecto, fuimos á ver los tres nidos y encontramos en el segundo á la nueva madre.

Muy diferente es la conducta del pinzón; hablo de los que emigran. Los machos, esto lo he visto yo, son los primeros en llegar, y en seguida escogen el terreno que les ha de pertenecer y lo conquistan á picotazos. Ocurre á veces responder dos á un mismo llamamiento, y entonces comienzan nuevos combates, pero entre... las señoras; el señor los contempla, al parecer con una mirada desdeñosa, y espera ver el resultado de la lucha; la vencedora despacha á la más débil, y con su victoria queda dueña del cantón; en seguida escoge ella misma el sitio para el nido, y sola también le va tejiendo. El nido de pinzón es en pequeño una verdadera maravilla de arquitectura y de gusto: por dentro está tapizado de crines, plumitas y plumón de lo más suave, ¡cómo se conoce que es obra de una madre! y por fuera, fijaos bien en esta providencia, está cubierto de una capa de musgo verdoso, cuyo color ayuda mucho á confundirle con las ramas que le sostienen. Durante todo este tiempo el macho, como si fuera un verdadero *pachá*, no hace nada, está ocioso, á no ser animar con su canto á su compañera; á veces, sí, se le suele ver andar alrededor de ella, con

las alas extendidas y la cola desplegada, ofreciendo á su vista las plumas de púrpura de su pecho y los colores relucientes de sus remeras; mas en cuanto al palacio, sólo ella le ha edificado, y así sólo ella será la responsable.

El reyezuelo, ¡cosa más rara!... hace un nido y le abandona enseguida para hacer otro: en este segundo pone siempre la primera puesta, y después se vuelve al primero para poner la segunda. ¿Por qué hará esto? Se ignora, pero el hecho es cierto y constante.

Me acuerdo de una tradición popular que tiene relación con este hecho, y es, que en parte no pequeña del Hainaut se aconseja á los niños no toquen á este primer nido del reyezuelo, porque «el día de los Reyes Magos, dicen, vienen todos los reyezuelos de la familia á celebrar una gran fiesta en él».

Y aun esta misma tradición tiene probabilísimamente su origen en la costumbre singular del reyezuelo, que han comprobado Boenigk, Ogilby y Paessler, de ir con toda su familia á pasar la noche en un nido abandonado, sea el que fuere, porque cualquiera le basta, aunque sea uno de golondrina pegado al poste de un establo.

El nido de reyezuelo es muy grande, de forma de bolsa ó chanclo, abierto por un lado y hecho de hojas secas ó de musgo, pero muy

delicado y frágil, lo cual acarrea al pobre pajarillo crueles aventuras. Refiere Boenigk que un reyezuelo macho, observado por él desde Abril hasta Agosto, hizo cuatro nidos antes de hallar compañera; después de haberla encontrado, hizo otro que por acaso quedó destruído antes de acabado, por lo cual comenzó otro, y después de éste otro tercero; siguióle aún al pobrecillo la mala fortuna, pues los dos fueron inutilizados y deshechos. Cansada ya la hembra de tantas desgracias, abandonó á su compañero y Boenigk no la volvió á ver más; desesperado también el macho hizo todavía otros dos nidos que tampoco le sirvieron (1).

Mil cosas más podrían añadirse acerca de los nidos; por ejemplo, su colocación, su forma, comenzando por el de la oropéndola, que es colgante, y acabando por el ridículo del gorrión, que se reduce á un montón de heno; pero me limitaré á deciros una palabra acerca del nido de la golondrina.

No creáis, por de pronto, que se ha escogido el sitio al acaso; antes al contrario, la golondrina exige grandes condiciones en el ángulo en que se ha de fijar. Porque en primer lugar busca, como buen meteorologista, buena orienta-

(1) Brehm, *les Oiseaux*.

ción. Muchos años estuve yo pasando algunos días del otoño en una quinta pequeña á orillas del Meuse, «en el país tan hermoso de Lieja». La fachada principal de aquella quinta estaba rodeada por todos los lados de varias casas de labor, de modo que su atrio lo formaba un cuadrado cuyos cuatro lados simétricos ofrecían todos igualmente excelente disposición para el abrigo de las golondrinas. En aquel atrio habría más de cincuenta nidos; pues no había ni uno en el costado en que daba el viento Norte, ni uno en el lado azotado por las lluvias que venían del Oeste, muy pocos, tres ó cuatro, estaban expuestos al sol del Mediodía, pero en cambio á la banda del Este no había pilar ni saliente sin nido de golondrina. ¿Hay necesidad de explicar el por qué de esta elección?

Pero no es sólo esto; la golondrina necesita dar un salto para comenzar á volar: vedla cuando sale del nido: primero se deja caer, extiende las alas y luego traza una curva esbelta y graciosa. De modo que necesita delante del nido mucho campo y libre, y así se ha visto abandonar algunas un sitio, en que tenían desde muchos años costumbre de anidar, sólo por haber levantado en frente de él una pared pequeña que les impedía tomar vuelo.

De este empuje tiene mayor necesidad aún

el vencejo, al cual solemos confundir muchas veces con la golondrina. Posado en el suelo, no le dejan tomar vuelo las patas por no tener coyunturas. San Francisco de Sales los describe con gracia diciendo: «Hay unos pájaros, Teótimo, llamados *ápodos* por Aristóteles, que á pesar de tener patas, las tienen tan sumamente cortas y sus dedos tan sin fuerza, que no se sirven de unas y de otros más que si no las tuviesen: que si por acaso caen á tierra, quedan á ella como pegados, sin poder ya por sí mismos levantarse á coger vuelo, tanto que no haciendo entonces ningún uso de las piernas y de los pies, no tienen medio de dar un empuje y lanzarse al aire, y así quedan allí arrastrándose y mueren, si es que no viene á socorrerlos y levantarlos algún viento favorable que los arrebatte como hace con otras muchas cosas; porque si haciendo uso de las alas corresponden al primer esfuerzo y empuje que les da el viento, luego este mismo viento continúa también socorriéndolos y los va levantando cada vez más hacia los aires». De estas palabras saca luego el Santo esta comparación: «que si nosotros somos también levantados á la vida de la gracia, no es por los méritos de nuestras obras, sino por los auxilios gratuitos de Dios Nuestro Señor».

Por la mañana es cuando principalmente se dedican á trabajar estos arquitectos; la tierra la traen en forma de bolitas de barro que primeramente dejan pegada y luego la van extendiendo con el pico como con una llana de albañil. Es curioso verlos trabajar, sobre todo al dar al nido la primera forma: por la parte de fuera poco, pero por la de dentro... ¡cuánto esmero, y qué cuna tan blanda y tan limpia!

La golondrina vuelve al mismo nido todos los años, hecho evidentemente comprobado, y se contenta con limpiarle ó hacer en él las reparaciones que sean necesarias. Esta limpieza consiste á veces, ¡quién lo creyera! en sacar del nido los cadáveres de los hijuelos que ella misma dejó morir de hambre el año anterior. Porque, ¡cosa admirable! en cuanto suena la hora de la partida, calla cualquier instinto, aun el amor materno, y los pajarillos de la última puesta quedan cruelmente abandonados por su madre; hay en ello algo que la llama y dice: «¡Vete!» y se va, y ocurre á veces que no tiene tiempo ni aun para sacar del nido estos cadáveres... ¿Qué hace entonces? Tapa con barro la entrada y le convierte en sepulcro.

Es también esta acción de tapar el nido un recurso á que acuden con toda intención en algunas ocasiones. Tal industria emplean para

enterrar vivos á los gorriones que se meten en estos sus nidos. Podrá no creerse, pero en cuanto á mí, no puedo menos de creerlo porque lo he visto con mis mismos ojos, lo que se dice con mis mismos ojos. Yo he visto á las golondrinas volar, muchas juntas, alrededor de una ojiva de la antigua iglesia en que me bautizaron y en torno de un nido pegado á ella, pero ocupado por un pícaro gorrión que por entre la boca del nido sacaba la cabeza y presentaba su grueso pico y picarescos ojos á las pobrecitas golondrinas que desesperadas le acometían. Aquel verdadero enjambre se retiró y volvió otra vez á dar vueltas alrededor de la fortaleza del usurpador: por un buen rato duró esta labor, pero luego desaparecieron por completo todas las golondrinas; la boca del nido estaba perfectísimamente bien tapada, y sólo indicaba el sitio por donde sin duda se había introducido el gorrión, una mancha de mortero fresco que por su color oscuro se destacaba sobre el nido ya seco.

Antes de separarnos de los nidos, digamos que á veces se encuentran en sitios raros y chocantes: ¡un nido de papamoscas en los brazos de una estatua de la Virgen, entre el pecho del divino Niño y el de su Santísima Madre!... ¡Qué espectáculo tan tierno ver aquellos pajarillos abrigar allí lo que más amable había en el mun-

do para ellos!... Un nido de carbonera dentro de un cuerpo de bomba, claro está que desechada y sin uso; el nido estaba descansando sobre el émbolo, y el padre y la madre entraban y salían precisamente por un agujero hecho en la cubierta para el mejor juego de la varilla... El movimiento más insignificante que hubiera dado á la bomba, hubiera aplastado y hecho añicos á toda aquella familia; por eso me apresuré á sujetar bien con fuertes ataduras la palanca.

Otras veces, á consecuencia de haber puesto en mal sitio un nido, pagan su torpeza encontrándose con extrañas dificultades. Ved un ejemplo curioso. Dos golondrinas comenzaron á hacer el nido en un vagón de mercancías debajo de la orilla del toldo que las cubría; los empleados respetaron el nido, y al poner el vagón en el tren para recorrer todos los días el trayecto de Stokerau á la estación del Noroeste de Viena, creyeron que las golondrinas aborrecerían su obra; pero todo menos eso. Porque estando en movimiento el tren, le seguían ellas, como divirtiéndose, para continuar después en las estaciones sus trabajos. Con este motivo se comentaba con interés si en condiciones tan anómalas podrían llevar á buen término las crías, cuando el nido, á consecuencia de un choque del vagón, quedó completamente deshecho.

Un petirrojo tuvo la ocurrencia de anidar entre el eje y el tablero de un carretón de hortelano, abandonado en una granja: nacieron las crías, y el labrador tuvo que usar el carretón; mas como no hubiese advertido nada de lo que en él había, quedó sumamente admirado al ver que, hallándose en movimiento su vehículo, venían dos petirrojos volando al rededor del mismo y se paraban y se metían debajo, siempre que él se paraba. Quiso saber la causa de este misterio y al momento la adivinó, y como era honrado, tuvo la buena idea de no arrancar el nido, y la satisfacción de ver que los dos petirrojos le siguieron hasta el mercado y se volvieron con él á la granja.

Hecho más sorprendente nos cuenta el doctor Jonathan Franklin: «Hace algunos años, dice, estaba de estación en Annan-Waterford y viajaba en dirección de Port-Carlisle el steamer *Le Clarence* remolcando otros vapores: sobre los sostenes de una de las ruedas de paletas, y á unos tres pies de la superficie del agua, fabricaron dos golondrinas su nido y consiguieron criar en tan extraño retiro. Al año siguiente volvieron al mismo punto. En las mareas bajas solía viajar, un día sí y otro no, y á veces todos los días el *Clarence*; cuando este barco salía de Annan-Waterford, le dejaban las golondrinas y

se quedaban en la orilla, pero cuando volvía y estaba cerca de Annan, salían también ellas á su encuentro y le acompañaban por la orilla (1).

Cuéntase también que estando un día San Malo trabajando en un monte, y sintiéndose sofocado por el calor, se quitó el hábito y colgándole en una rama de una encina, volvió á coger su azadón. Vino por acaso un reyezuelo y puso un huevo en la capucha del hábito; quedóse por ello como arrobado en éxtasis el solitario, y se puso á dar gracias á Dios en oración. Dejó el hábito sobre el árbol, el pajarillo siguió poniendo otros seis huevos más al lado del primero, los empolló, y de ellos sacó numerosa familia.

Ya está hecho el nido y va á comenzar la hora del sacrificio. ¡Con qué solicitud descansará la madre sobre su tesoro, esponjadas todas sus plumas, extendidas las alas, atenta, sobresaltada por el menor ruido, pero inmoble y en silencio!

La incubación se prolonga más ó menos según las especies diferentes de aves: el avestruz emplea en ella de cincuenta y cinco á sesenta días, y el colibrí de diez á doce: el término me-

(1) *La vie des Animaux, Oiseaux.* Trad. Esquiros.

dio para la mayor parte de las aves es de dieciocho á veintiséis días. Á veces toma parte el macho en esta ocupación con la hembra, como sucede con la curruca, y se puede comprobar fácilmente, porque le distingue muy bien de su compañera la cabeza que es negra. Acerca de este remudarse, vais á tener en cuenta una observación que creo os agrada. Cuando el macho está echado, anda la hembra dando vueltas de rama en rama, se alimenta bien, se distrae y se divierte; á veces prolonga mucho su ausencia, y entonces, inquieto ya, el macho canta mucho y con fuerza para llamarla, pero sin dejar el nido... Casi siempre contesta la hembra con ese cloqueo singular bien conocido de todos y característico de la curruca, y llega á todo volar. Pero si prolonga sus vacaciones, canta otra vez el macho, y aun tercera vez suele cantar, después de lo cual, si aun se retrasa la hembra, se marcha y va á buscarla el mismo dejando expuesto el nido á cualquier percance.

¿No es, en verdad, admirable que animalillos tan tímidos y cobardes de suyo, como ordinariamente lo son éstos, den pruebas de la más animosa intrepidez? Puede uno acercarse á la madre y contemplarla bien de cerca y cuanto quiera; ella mirará con ojos de inquietud, pero quedará sin rebullir y su corazón dará fuertes

golpes y verase elevar el pecho con angustias... Acercaos aún más... le da un sobresalto... es el primer impulso que el instinto le da para que huya, pero queda aún quieta, más turbada, más temerosa, sí... ¡Oh! ¡no os acerquéis más ya, no molestéis á esa pobrecita madre!...

¿Quién no sabe que primero que abandonar los huevos consienten en ser segadas las perdices y las codornices por los segadores?

¿Y los cuidados y solicitud de las avecillas?... ¡Cómo va la madre volviendo suavemente con el pico y con las patitas aquellos huevos, aquellos huevos que encierran toda su esperanza! y ¡cómo descansa sobre ellos! ¡con qué precaución! «Á través de la dura cáscara en que nuestra tosca mano nada siente, siente ella con su delicado tacto el sér misterioso que allí se encierra y allí se nutre, y esta consideración es lo que la sostiene en aquel trabajo tan duro y en aquella cautividad tan larga: ella es aquel sér, delicado y encantador con el plumón de la infancia, y la esperanza se le presenta tal cual ha de ser más adelante, fuerte y atrevido, cuando extendiendo todas sus alas haya de mirar de hito en hito al sol y volar contra los huracanes» (1).

(1) Michelet, *L'oiseau*.

Necesita el huevo para desarrollarse una temperatura de 37 á 41 grados centígrados, que no es preciso la proporcione necesariamente la madre. Á este propósito, cuenta Plinio que Julia, mujer de Tiberio, sacó los pollos de los huevos de una ave llevándolos en su seno; los egipcios, hace ya miles de años, sustituían las gallinas con estufas puestas y conservadas á la temperatura que se quisiere, y en nuestros días se hallan ya extendidas por todas las casas de labor y se extenderán aún más cuando se conozca mejor su manejo.

Un pájaro hay entre nosotros que se dispensa de este trabajo de la incubación, y es el cuculillo, que hasta de hacer nido se abstiene. Porque sus huevos los lleva á otro nido de otro pájaro, y los pone entre los que halla puestos, cuya madre, desconociendo la intrusión, los calienta y empolla con el mismo cuidado que los suyos propios. Al abrirse los huevos, el primer cuidado del cucú es echar del nido á los hijos legítimos; ya se ve, necesita sitio mayor que el nido, porque éste no se ha hecho para albergar pollada de tan gran tamaño. Y entonces, ¿qué será del verdadero padre? ¿qué de la pobre madre?... ¡Es cosa triste verlos volar y revolotear sin parar un momento, para llegar á duras penas á satisfacer la voracidad del glotón intruso!

Quien no haya visto á este tierno mónstruo, alimentado por pajarillos, abrir su tremenda boca como para tragarse á la pobrecita pájara, colgada muy cerquita de él, y temblando, no está enterado de las raras maravillas de la naturaleza.

Y sin embargo, este cuclillo tan sin piedad y tan sin amor materno, no está desprovisto de un instinto especial. ¡Explíquese si no cómo para poner el huevo escoge siempre un nido de insectívoro, es decir, de una ave cuyo alimento ordinario es precisamente el más acomodado al gusto de su propio hijo! Mas, ¿quién va á explicar los impenetrables misterios del instinto?

Refiere el Dr. Franklín que á los quince días de tener echada en huevos una gansa, ya vieja, cierto labrador en su cocina, cayó de repente enferma, la cual, barruntando su próxima muerte, dejó con pena el nido y se bajó al corral... Observólo el labrador, y no sabiendo cómo seguir la incubación, vió á la gansa vieja venir con otra joven, de un año apenas, que nunca había subido á la cocina... y saltando con mucho cuidado al nido se echó sobre los huevos... La vieja se quedó fuera á un lado, toda acurrucada, y á cosa de una hora se murió...

He dicho antes que el macho toma á veces parte en la molesta labor de la incubación, pero

siempre, cuando no supe á la hembra, la anima, la distrae y la alimenta. La perdiz macho casi nunca deja el nido en que está echada la hembra, sino que está á un lado, agazapado bajo la yerya alta y vigilando los alrededores; el bubrelo canta para distraerla, salta de rama en rama, revoloteando alrededor del nido ó se va lejos á buscar las semillas que prefiere su compañera, porque la alimenta con un esmero, con un cariño y una constancia á toda prueba; el pardillo se planta en un árbol próximo y allí canta con todos sus pulmones; el verderón se está recreando cerca del mismo árbol en que está el nido, y vésele describir varios círculos revoloteando, concéntricos al nido, elevarse á vuelos cortos y caer luego derecho batiendo las alas, vivo y alegre contra alguna rama.

Más astuto que éste, el pinzón se conserva á cierta distancia, y hacia los límites de las fronteras de su cantón, unas veces á la derecha y otras á la izquierda, cambiando de puesto á cada instante, como para despistar á los curiosos, pero en cuanto se acerca de veras al nido, guarda absoluto silencio. Se ha observado también que así como ha dejado á voluntad de la hembra la elección del árbol para anidar, así la ha dejado también el cargo de defenderle. Coged un nido de este pájaro con crías... el macho se

calla, y la hembra es la que lanza tristes piadas y vuela alrededor del ladrón mirando con ojos de fuego, y amenazándole con el pico abierto y chillón... Mas, cuando se ha perdido ya toda esperanza, cuando han llevado de la rama el nido... sale el macho erizadas las plumas, se arroja sobre la hembra y la hunde á picotazos y aletazos... No parece sino que la castiga y hace sentir la responsabilidad que había tomado y no ha sabido sostener. Es el pinzón, además, de una crueldad draconiana en las relaciones domésticas; es un déspota que quiere que todo ceda ante sus caprichos, y no tiene la menor educación. ¡Qué diferente es la curruca! y ¡cuánto más el ruiseñor! ¡Qué ingenio muestra en las atenciones y cuidados para con la madre de sus hijos! Para encontrar un rival del pinzón en cuanto á sus maneras brutales, hay que remontarse, ¡os vais á admirar! hasta el palomo. La cosa más mínima le irrita y le inspira desconfianza. Voy á citaros otra vez á San Francisco de Sales: «Nada, dice este Santo, hay tan manso como el palomo, pero nada tan violento como él contra su compañera. Si alguna vez os habéis fijado, habréis visto, Teótimo, cómo este complaciente animal, al volver de sus excursiones y acercarse á su familia, no puede prescindir de algunas muestras de desconfianza y parece áspero

y esquivo, en tal grado, que al principio viene á cercar á su compañera como refunfuñando, mirando con desdén, pisando fuerte é hiriéndola con las alas, aunque sabe muy bien cuán blanca conserva la inocencia».

Por último, ¡llegó la hora!... El hijuelo, deseoso de ver el día y su luz, toca con repetidos golpes las paredes de su prisión con la uñita de su tierno pico, dada por Dios, sin duda, sólo para este objeto, puesto que á los pocos días se cae. Óyele la madre, y ella toca también desde fuera... cede aquel muro, y... conmovida, temblando de amor y alegría, y saltándosele el corazón de esperanza y de angustias, agranda la madre aquella brecha y la ensancha más y más y... sale de su concha el pajarillo, sin plumas, todo mojado y tiritando. ¡Oh!... de seguro que si esta nueva madre hablase ahora, diría un cántico como el de Eva: «Un hijo me ha dado el Eterno». Acude el padre y contempla también á su primogénito... ¡con qué emoción!... Su corazón palpita... su pico se abre... sus alas se agitan... ¡canta!... ¡Oh Dios mío! ¡Qué himnos de gratitud saldrán de todos los nidos y se elevarán hacia Vos durante la primavera!

Pero con todos estos nidos ha llegado la hora

de nuevos cuidados, la hora de la abnegación y del sacrificio... Ahora hay que alimentar á esos seres hambrientos... y el padre y la madre se lanzan por los aires... La pobrecita pájara, aunque debilitada por la fatiga, parece sin embargo más dispuesta y más recargada en el trabajo. Pues ¿por qué no habríamos de ayudar á su delicada familia? ¿Por qué no habíamos de colocar más cerca del nido algunas migajas de pan, algunas semillas, algunas larvas de hormigas, algunos racimos de flores, qué se yo lo que aquellos pajarillos comerán? ¡Creédmelo, Señores, bien recompensados quedaríais de vuestro trabajo con ese espectáculo dulce y tierno del amor materno!...

¡Seguramente que os vendrá con esto el recuerdo de vuestra madre, de aquel prensado néctar que á borbotones dejaba caer en vuestros labios, de aquellos ósculos, de aquellas caricias, de su amor, de aquel inefable amor! Y por lejos que estéis en el camino de la vida, por encanecida que esté vuestra cabeza, por frío que haya puesto la edad vuestro corazón, sentiréis revivir en vosotros alguna dulce emoción de aquellas que forman las delicias y los encantos del alma. ¡Oh! ¡cuán dulces lágrimas corren al pensar en tales bienes perdidos!...

Mas, en estos nidos tan alegres es cosa de

ver á esos glotoncillos estirar cuanto pueden el cuello inquieto, y abrir su amarillento pico; aún tienen cerrados los ojos, porque van picoteando maquinalmente cualquier objeto que se les presente, aunque sea el dedo ó un palo. Hay dos, tres, seis... hasta dieciocho y veinte en el nido del páro... ¡y que den abasto los padres solos á alimentarlos á todos!... ¿Y cómo los conocen á todos?... ¿Cómo consiguen repartir entre todos el producto de su incesante caza? ¿cómo, por igual, sin que den á unos más que á otros?—Habéis encontrado alguna vez en estos nidos tan poblados muriéndose de hambre uno sólo de sus moradores?... ¡Nunca! ¡Oh! ¡qué lección dan al hombre estos pajarillos!

Nunca pienso en estos misterios de la naturaleza sin acordarme de un hecho raro y único entre las aves, poco conocido, sí, pero muy tierno, y consiste en que en la época de abrirse el cascarón, se forman en el buche de las palomas dos eminencias redondas, á manera de bolas, de las cuales se ve salir gota á gota un líquido blanco de ópalo; después de analizado... ha resultado ser leche, que mezclado con el cebo lo beben los pichoncillos como primer alimento... ¡Pocos días después, cuando son ya bastante fuertes y pueden tomar otro alimento menos dulce los hijos, desaparecen aquellas glándulas

en el padre y en la madre, y se secan, pero el ojo del anatómico verá siempre en ellos los indicios de las mismas!

¿Habéis observado alguna vez el modo de dar de comer la gallina á sus polluelos? Primeramente escarba la tierra con extraordinario afán, busca algún granito, les parte con el pico los más duros y gruesos, más aún, les enseña á comer... da un grito y á él acuden enseguida todos, ella coge el grano con el pico, le vuelve y le revuelve, se le pone á la vista de ellos, dos, tres veces y cuantas sean menester, hasta que ellos con su pico mismo le cojan... y ella, por hambrienta y demacrada que esté, será la última que coma. — ¡Un día hallaron en París muertos de hambre en una bohardilla á una madre y á su hijo! ¡Estaba la madre, tendida sobre las tablas, estrechando entre su seno con el brazo izquierdo á su hijo, ya frío, y presentando con el derecho al cadáver el último bocado de pan!... ¡guardado sin duda para él!... ¡y la muerte la dejó congelada en esta expresiva actitud!...

El pájaro defiende, según decíamos, con valentía los huevos del nido; pues ¿cómo llamaremos el interés con que defiende los pajarillos?... ¿Habrá necesidad de recordar la gallina? ¿Y el cisne? ¿Habéis visto al cisne nadar llevando los hijos sobre las espaldas, entre las alas, como en

blanca cuna, y enseñarlos á nadar? Nada le arredra; se le ha visto arrojarse furiosamente sobre caballos y sobre bueyes por creer que amenazaban á sus polluelos.

¿Quién no trae á la memoria la fábula de La Fontaine? Es tan verdadero y tan tierno este cuadro que cuesta trabajo creerle; y sin embargo, hace algunos años quise presenciar yo mismo ese espectáculo conmovedor.

Había en las ramas de una haya un nido de curruca, pero tan bajo, tan bajo que cuando iba á pasearme á su sombra, siempre tenía que bajar la cabeza para no tropezar con aquella bonita morada aérea: los pajarillos ya habían salido y echado la primera pluma, y la madre, ausente por entonces, andaba recogiendo algunos granillos de simiente, ó al acecho de algún insecto delicado. Toqué ligeramente el nido, y la madre llegó al instante; enseguida me vió, me estuvo mirando un rato con sus ojos negrotos y brillantes que daban á entender el espanto y angustia más indecibles, y como yo insistiese en tocar el nido... cayó á tierra de repente...

Aunque ya sabía yo de antemano el espectáculo que iba á ver, fué tan repentina la caída y tan á lo vivo, que me quedé parado; la miré... estaba tendida en el suelo, á dos pasos de mí, arrastrando una ala como si estuviera rota; hice

ademán de cogerla y se fué volando á saltos, arrastrando una pata y una ala; yo la seguí, pero ella huía más aún. Entonces me detuve fingiendo volver á su nido, mas ella dió una piadilla, volvió también y se puso delante de mí hasta que hice nuevo ademán de cogerla, y ella nuevos esfuerzos para volver á huir cojeando. Viendo también ahora que yo la perseguía, me fué llevando lejos, lejos del nido, hasta que creyendo bastante grande la distancia que de allí había hasta el nido, se puso bien sana y bien alegre, y se voló hacia un bosque inmediato. Lo repito, este cuadro es conmovedor... ¡Pobrecita pajarilla! ¿quién te ha inspirado estos supremos ardides?

El mismo papel que la hembra hace en igualdad de circunstancias el macho; porque, del mismo modo que ella, finge una herida, ó no poder andar ni volar, para incitar así al hombre á seguir una presa fácil de coger y medio entregada. Figuraos las angustias que pasará esa pobrecilla pájara, cuando, con objeto de salvar á los hijos, se expone ella á perecer con tanto y tan admirable heroísmo.

San Francisco de Sales había observado este mismo artificio en las perdices: «Si el cazador, dice, va derecho al nido de la perdiz, ésta se presenta á él y fingese herida y coja, y echán-

dose como para dar un vuelo grande, se deja caer de repente como si ya no pudiese más, á fin de que entreteniéndose con ella el cazador y creyendo cogerla fácilmente, se aleje más y no acierte al sitio de los perdigones; y así que ha venido siguiéndola mucho tiempo con esta esperanza de cogerla, ella se levanta y se escapa».

¡Cuántos rasgos habría que contar del admirable valor que las aves manifiestan al defender su familia! Sin embargo, no os citaré más que uno.

El año 1536 hubo un incendio en la ciudad de Delft, en Holanda. En la casa que se estaba quemando había un nido de cigüeña con crías puesto sobre una de las chimeneas. En cuanto se vieron las llamas, lanzó gritos desesperados la madre y se puso á volar dando vueltas alrededor de sus hijos... Los llamaba, los levantaba con el pico excitándolos á volar con ella, pero... ¡ay! eran muy jóvenes aún, y sus esfuerzos inútiles... Mucho tiempo estuvo haciendo estos ensayos, hasta que conociendo su impotencia, bajó al nido, se posó sobre lecho tan querido, extendió las alas, dobló el cuello, y cubriendo á todos sus hijuelos, quedó abrasada con ellos.

Los pajarillos han salido bien y sus primeras plumas han dejado ya los cañones. ¡Momento y época que el pajarero tiene escogido para apoderarse de las nidadas, alimentarlas y domesticarlas!

Mucho se ha declamado contra los que quitan los nidos de los pájaros. ¡Seamos razonables! Dios ha criado los animales para servicio del hombre y, por tanto, tenemos derecho á ellos. Mas, tanto como hay que evitar una crueldad bárbara é inútil en esta materia, tanto nos hemos de guardar de caer al lado opuesto ridículo en que caen fácilmente algunos hombres, que nombrándose á sí mismos protectores de los animales, exigen para ellos garantías que no siempre se conceden al hombre. No veo yo que se haga mal con encerrar en una pajarera á esos animalillos, á veces tan encantadores; porque en ella serán bien cuidados, bien alimentados, bien atendidos, y con prudentes precauciones del hombre hallarán en la jaula contento, y además porque este es el único modo de poder observarlos de cerca.

Hay pájaros que las leyes protegen, y con razón; por ejemplo, los de canto y los insectívoros, porque manda la utilidad pública sacrificar en bien del interés general el particular que se pudiera acaso sacar. Pero hay ciertas espe-

cies de pájaros á quienes verdaderamente se hace un favor con meter en jaula las crías durante algunos días después de haber salido del nido, y os citaré la curruca y el ruiseñor.

La razón es esta:

El nido de la curruca es muy estrecho, y cuando son ya grandes las crías no caben en él; molestados los unos por los otros, sucede que aun antes de favorecerles el vuelo, tienen que salir todos los pajarillos, y por de pronto en los jardines caerían entre las garras de los gatos... Pues metedlos en alguna jaula próxima al nido, y veréis que vendrán los padres á darles de comer; al cabo de pocos días, cuando tengan fuertes las alas, soltadlos, y no dejaréis de ver la alegría de la madre, y que el padre canta lo mejor que puede y sabe para bendeciros.

Lo mismo acontece con el ruiseñor: su nido no es estrecho, pero tampoco lo sólido que se necesita; además, le hace en tan mal sitio, que casi siempre le pueden coger los gatos. Hay, pues, necesidad de proteger en primer lugar estos nidos, cercándolos desde cierta distancia de alguna defensa de espinos; luego, á su tiempo, poned los pajarillos dentro de una jaula, y ésta muy cerca, muy cerca del nido, porque el ruiseñor no los encuentra tan fácilmente como la curruca.

Así lo hice yo el año pasado, y al cabo de unos días se acostumbraron tan bien los padres á mí, que cuando tocaba la jaula andaban revoloteando por encima de mí y hasta se posaban en mi mano. Yo les buscaba nidos de hormigas y se los ponía al revés, lo de arriba abajo, y en seguida venía el macho á un metro de distancia para coger las larvas y llevárselas á sus crías. Á veces éramos cinco ó seis personas, pero ni por eso se asustaba.

Si yo le hice este favor, parece que nos guardó él gratitud. Pues pasando un día junto á un bosque en que estaba anidando la madre, oí al macho piar horriblemente. ¿Qué era? No tardé en saberlo. Había una verdadera revolución entre todos los pájaros del distrito: la curruca, el pinzón y el verderón piaban con más furor alrededor de un árbol en que se había colocado de espera un señor Zapirón, el cual, arqueado el lomo, volvía en todas las direcciones sus ojos azules y codiciosos. Una piedra que yo le lancé bastó para que abandonase el caballero su observatorio. Entonces celebraron gran fiesta los pájaros, y empezó el rruiseñor á hacer primores, y mientras tanto la curruca, con su característico gorjeo, se internó en su bosque de lilas y de rosas.

En una primavera solamente, un amigo mío

que tuvo cuidado de un ruiseñor, mató en su parque siete gatos que se habían puesto allí emboscados, y mostróse tan agradecido el ruiseñor desde el segundo, que venía desde muy lejos hasta las ventanas de la casa á buscarle.

Contra el ruiseñor suelen decir que es por demás inocente y sencillo. Y ciertamente, su instinto natural le mueve á creer que todos son como él; por eso no teme de nadie ningún mal, y esta es precisamente la causa de que caiga en todos los lazos. Por lo que á mí toca, confieso que por ser esa su naturaleza le quiero más. ¿Cómo ha de poder imaginarse ese pobre ruiseñor, tan inocente y tan cándido, que aquel pajarero que se ve allí escondido entre la maleza y para el cual está gastando las dulces melodías de su canto, no piensa al oírle sino en el gusto de verle pronto luchar desesperadamente por desenredarse de las mallas de la red oculta bajo las hojas?

Mucha ventaja es, no lo niego, prever la malicia de los hombres; pero para preverla es menester conocerla, y cuando uno llega á conocerla, ya pierde su encanto el alma. Así, pues, pobre ruiseñor, no pierdas tus ilusiones, y deja á Dios el cuidado de protegerte de la crueldad de nuestras manos.

Visitando Pascarel en compañía de Nella el observatorio de Galileo, despertó de su sueño á una lechuza, la cual dió su acostumbrado graznido, y bajo un sol que la cegaba, se puso á describir círculos con su silencioso vuelo. Pascarel, encarándose con ella, le dirigió este breve discurso: «Tus padres han visto á Galileo, y sin duda que habrán dicho en su interior que era locura pasar noches enteras con la cara vuelta hacia las estrellas, en vez de estar cazando al aire libre algún pajarillo ó esperando algún topo al pie de un olivo. Del mismo parecer que los buhos respecto de Galileo debía ser el vulgo; en habiendo algún topo gordo que matar en su topera, ¡qué locura la de quedarse observando las estrellas!» Y luego, después de una pausa: «¡*Altro!* ¿Quién no querría ser buho? Librarse de la barahunda y del calor del día durmiendo entre frondosos y frescos laureles; descansar tranquilamente todo el tiempo y no salir sino para matar y comer; poder jurar con toda seguridad de conciencia, que eso que llaman sol no existe, sólo por ser demasiado ciego para verle... ¿puede darse suerte mejor?... Ahí tenéis un tipo mil veces más popular que el de Galileo».

No soy, no faltaba más, de ese escepticismo egoísta é irónico de Pascarel, pero muchas ve-

ces he pensado en lo que podrá ser la vida de una lechuza ó de un buho. ¿Os lo podrías imaginar?

Allá, hacia el crepúsculo, cuando el sol se retira y no deja sobre los objetos que va abandonando sino un tinte indeciso y vaporoso; cuando se cierran las flores, y las aves del día, plegando la cabeza bajo de las alas, se quedan dormidas á orillas de sus nidos; cuando todo rayo de luz se ha apagado con la noche y todo canto se ha desvanecido entre las sombras; y cuando, finalmente, parece que cubre á la tierra como con un negro lienzo el silencio de la muerte, entonces se despierta la lechuza... enarca sus ojos fosforescentes, se arrastra hasta la orilla de su agujero, extiende sus enormes alas y va volando silenciosamente por el espacio sombrío y negro. Para ella, esta es la hora de la vida y de la alegría... Pero ¿qué vida hay sin sol? ¿qué alegría sin luz?... ¿Es esto vivir? ¿Es esto gozar? Cualquier presidario, aun cuando esté en el calabozo más horrible, tiene, por lo menos, un agujero por donde reciba un rayo de luz; mas la lechuza no tiene nada, ni una nube, ni una flor, ni la alfombra verde y delicada de las praderas, ni la cabellera de los bosques estremeciéndose al pie de los montes, ni las colinas azules al cabo del horizonte, ni el

espejo manso del estanque, nada, nada toca á sus ojos sino á través del espeso crespón que la noche extiende sobre todas las cosas.

Nosotros no tenemos idea de lo que es esta vida, porque nos parece tan horrible como el ave siniestra para la cual la ha señalado Dios. Y sin embargo, esta ave tiene que tener sus encantos: pero no estamos hechos nosotros para comprenderlos.

La lechuza, así como las demás aves nocturnas, me sirve para hacer dos observaciones muy especiales que no deseo hagáis ninguno de vosotros. Es la primera, la impresión indefinible que en el hombre produce el canto ó grito tan raro que lanza durante toda la noche. He estado viviendo un año entero en una antigua abadía de Flandes: una ala de aquel edificio antiguo seguía á lo largo el cementerio, ya abandonado del pueblo, y veía yo que por la noche salían de la torre vieja de la iglesia las lechuzas y se colocaban encima del tejado; llegaban á veces á veinte y treinta, que luchando entre sí daban sus habituales quejidos... Salen éstos del fondo del pecho como un lamento entrecortado, y poco á poco van reforzándose; parecen ayes desgarradores, voces ahogadas de socorro, una especie de estertor sordo de agonizante... y se oye precisamente por la no-

che, en medio del insomnio ó al despertar de alguna pesadilla. ¡Verdaderamente es cosa horrible!

No es más apetecible la segunda impresión, y la experimenté también en aquel sitio. Iba yo recorriendo de noche uno de aquellos inmensos claustros: reinaba un silencio sepulcral, yo estaba sólo, completamente sólo, cuando de repente sentí la impresión de una ala que me tocó en la cara, y vi entre las sombras otra sombra más oscura volando delante de mí; todo me estremecí y se me heló el corazón, y, lo confesaré, apresuré mi retirada. Al día siguiente vimos, posada sobre una cornisa, una lechuza que se había colado al claustro por una ventana que habían dejado abierta, y estaba allá mirándonos con ojos indecisos y moviendo de derecha á izquierda su cabezota redonda; era realmente la visita de la noche anterior.

Todas estas aves nocturnas son terribles; cuando tienen hambre se devoran unas á otras; si una cae enferma, caen las demás sobre ella y la destrozan, y hasta los hermanos de una misma puesta se comen también entre sí.

Su manera de comer es repugnante. Dad, por ejemplo, un gorrión á una lechuza; se le come todo entero sin desplumarle; si es demasiado grande, le devuelve, y después de aplas-

tarle y pisarle bien con las patas y el pico, se le traga otra vez entero como las serpientes.

En cuanto al nido, la hembra no hace nada para arreglarle; pone los huevos en cualquier rincón de alguna torre, en los agujeros de algún peñasco y sobre la piedra desnuda, pero en cambio los defiende con admirable tesón.

No es el hombre el único que aborrece las aves nocturnas. Si algún mochuelo tiene la desgracia de exhibirse entre día, le asaltan enseguida todos los gorriones, pinzones, paros y demás aves diurnas, y arman con él una algarabía tal y tan discordante, que jamás la oirá igual el oído del hombre; el mochuelo los mira á todos con indecisión y pestañeando, á manera de ciego, sin saber por dónde huir, y siempre deja algunas plumas, porque los bribonzuelos de sus enemigos son atrevidos y están esperando el momento en que tenga vuelta la cabeza para acribillarle á picotazos. ¡Pobre mochuelo!

Aquí me detengo. Con lo dicho hemos recorrido el círculo completo de la vida de un pájaro; porque si su infancia es bastante larga, su juventud es muy rápida, y el pobre animalillo llega pronto á cumplir su destino en este mundo.

Quisiera, Señoras y Señores, haberos inspirado el deseo de emprender por vosotros mismos las experiencias y observaciones que os llevo dichas, porque estoy seguro de que haríais muchas más aún, y me atrevo á auguraros grandes encantos si llegáis á descubrir algunas cosas nuevas. En eso están los verdaderos placeres, los únicos placeres de la vida veraniega. Lo he dicho y lo repito: ¡cuesta tan poco gozar de ellos!

He dicho que hacía falta tener corazón para salir bien en esa empresa de estudiar con sencillez la naturaleza; pero hace falta algo más, lo confieso; hace falta la convicción de que todos, ó casi todos nuestros sentimientos, deseos, alegrías, tristezas, temores y cariños se hallan también en el corazón de esasavecillas, del modo que se hallan en el nuestro. Bien sé yo que nosotros, hombres, tenemos inteligencia y ellas no; pero es tan raro que esos nuestros temores y deseos procedan de la inteligencia... Casi siempre tienen su origen sólo en el sentimiento... y el sentimiento lo tienen los pájaros como nosotros. Claro está que si el hombre midiese siempre como tal los movimientos de su alma, habría un abismo inmenso entre su conducta y la de la ave más perfecta. Pero ¿de cuándo acá es costumbre en el hombre medir con la razón todos sus movimientos?

Las aves no tienen ideas abstractas como nosotros las tenemos; no hacen silogismos, ni raciocinios, ni juicios abstractos como nosotros; tienen á lo sumo sensaciones, asociaciones de ideas, ¿qué sé yo? Pero, decidme la verdad, ¿es ese el lado por donde entran los humanos en posesión de nuestro corazón?... Los pájaros son más limitados que nosotros... ¡Ah! ¡sin duda alguna; pero también son más puros!... y os servirán de descanso en vuestro trato con los hombres.

Id, pues: vayamos todos á ver en esos pajarillos lo que no vemos en nosotros mismos... Al ver aquella tierna avecilla calentando sus pajarillos dentro del nido de musgo ó de pluma, pensemos en nuestra madre, cuando, inclinada sobre nuestra cuna y ardiendo en amor por nosotros, estaba acechando alguna sonrisa nuestra... Al ver á esas pajaritas registrando una rama aquí y otra allá, sin cansarse nunca de volar, por buscar un granito ó un insectillo que sirva para alimentar á sus hijuelos, pensemos en aquel padre y en aquella madre que, encorvadas por el trabajo y jadeando de cansancio, secan el sudor de sus frentes, y toman nuevo aliento pensando en los tiernos niños que los están esperando en casa y les pedirán pan.

Ved en la boca de aquel nido, ya pequeño, á un pajarillo nuevo que desde aquel observa-

torio está mirando, y á la vista del abismo que descubre debajo de sí por vez primera, cierra con horror los ojos, se echa hacia atrás y se oculta temblando entre sus hermanos... Pero se reanima y vuelve á hacer otro ensayo, y se acostumbra á aquel océano de verdura, sobre el cual se está balanceando su nido... Vedle ya posado sobre el nido... su madre le llama y le anima, y está allá en una rama próxima, dispuesta á volar debajo de él sosteniéndole, si se le cansan las alas... Veinte veces ha plegado ya el pobrecito sus patitas para estirarlas, como si fueran resortes, y veinte veces las ha vuelto á su posición natural; no se atreve... ¡Por fin se lanza!... ¡He ahí su primera entrada en el mundo! ¿No hemos temblado nosotros entre la incertidumbre y angustia al llegarnos la hora de entrar en el mundo y de fijar nuestra manera de vivir... y mucho antes, en el comienzo de la vida (ni remotamente nos acordamos ya), cuando nuestra madre... postrada de rodillas delante de nosotros, extendidos los brazos y llamándonos con mil nombres y ademanes cariñosos nos animaba á dar los primeros pasos?

Más tarde, el pobre pajarillo, sobre aquel musgo, extendidas las alas, echado de lado, abierto el pico, llegada la hora, estremeciéndose por todo el cuerpo, está próximo á morir...

¿No es este ¡ay! el último acto que nos espera á nosotros también?

¡Pero no nos detengamos en estas aplicaciones tan fáciles! ¡Hay que ir más allá en este estudio, hay que subir mucho más arriba! ¡Levantemos también nosotros el vuelo hacia el cielo, y por medio de estos tiernos pajarillos vayamos á Dios!

Él es quien los ha criado, quien los ha vestido y quien los alimenta para encanto de la tierra... Él es quien vela por ellos, quien los protege, quien los guarda y sin cuya licencia ni uno sólo de ellos caerá á tierra: *Unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro.* (Matth. 10-29.)

Yendo un día San Francisco con Fr. León á tomar la refección corporal, se sintió interiormente lleno de consolación con el cántico de un ruiseñor. El Santo rogó al Hermano que cantase las alabanzas de Dios alternando con el pajarillo; y como se excusase el Hermano con que tenía mala voz, púsose el Santo á cantar, como contestándole, y continuó hasta por la tarde, en que se vió precisado á callar, confesando con santa simplicidad que aquel pajarillo le había vencido. Entonces le mandó venir á su mano, le alabó lo bien que había cantado, le dió de comer y su bendición, y el pájaro se voló

Otro día vió el Santo cerca de Beragno muchedumbre de pájaros reunidos en unos árboles, y dijo á los que iban con él: «Esperadme aquí en este camino, que voy á predicar á mis hermanos los pájaros». Como todos éstos se acercasen al Santo, les dijo con cariño: «Hermanos míos: habéis de alabar siempre á vuestro Criador y amar siempre á Aquel que os ha vestido de plumas y dado alas y facultad de volar por todas las partes... Él os ha señalado, como elemento propio de vuestra vida, las regiones puras del aire; sin que sembréis y sin que seguéis, Él os alimenta; Él os da árboles grandes para que hagáis nidos, y Él vela sobre vuestros hijuelos. Alabad siempre, por todos estos motivos, la bondad de Dios».

Mientras que hablaba el Santo, dice la leyenda, abrían los ojos y el pico los pajarillos, é inclinando respetuosamente hacia la tierra la cabeza, daban testimonio de cuánto amor les habían inspirado las palabras de su hermano San Francisco. (Fioretti, cap. xv.)

A. M. D. G.

NUESTROS INSECTOS

Ingentes animos angusto in pectore versant.

En pequeño pecho encierran ánimo grande.

(VIRGILIO GEORG, Lib. IV.)

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTROS INSECTOS
CONFERENCIA FAMILIAR

PRIMERA PARTE



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES, AMIGOS:



MUCHO temo que hayáis venido engañados. Quizás os hayan anunciado una conferencia y lo que vais á oír no es sino un poco de charla como se suele tener en una tertulia en el seno de la familia y al amor de la lumbre durante las interminables noches del invierno, y como lo vengo haciendo todos los jueves con el núcleo principal de este auditorio, con mis queridos obreros.

Así, pues, no me exijáis una conferencia, porque una conferencia pide más preparación, más aparato y más etiqueta de lo que veis, y una simple tertulia como ésta nos permite más liber-

tad, más confianza y mayor intimidad. Por esto me gustan más á mí las tertulias.

Voy á hablaros de los insectos... ¡Materia ingrata!

Nuestras aves sé que han excitado vuestro interés y es que las conocíais tan bien como yo. Porque su vuelo y su canto sobre las ramas, la delicadeza inimitable de sus formas, su plumaje de terciopelo y aun de oro, en una palabra, todo cuanto hay en las aves llama la atención y nos las hace simpáticas.

¡Pero un insecto... es menos afortunado! En primer lugar, tiene para nosotros la imperdonable culpa de ser pequeño, y es sabido que en nosotros es de un efecto mágico el volumen. Delante de un elefante ó de una ballena, casi nos vienen ganas de descubrirnos, mientras que al ver una cosa pequeña nos mostramos desdeñosos... y nos consideramos grandes... ¡Grandes nosotros, que sólo tenemos de grande... la ignorancia!

Vamos á ver: ¿quién tendrá entre vosotros escrúpulo de matar una mosca?... No veremos quizás sin profunda pena, quizás sin lágrimas y tristeza de corazón, llevar atado de una cuerda al cuello á un perro viejo de casa, y echarle á lo profundo de un río con las manos mismas que el pobre animal había lamido muchas veces y con

singular cariño... ¿Pero las moscas?... ¡Oh, las moscas!... ¡Cuántos y cuán delicados dedos las habrán maltratado á sangre fría... y sin otro temor, quizás, que mancharse un poquito la epidermis al apretarlas demasiado! Y, sin embargo, lo mismo se interesa por vivir la mosca que el perro, y lo mismo sufre las angustias de la muerte aquélla que éste, y aun vosotros mismos, llegada vuestra última hora, no sufriréis más que ella.

Somos verdaderamente crueles, y crueles sin ninguna utilidad, con los insectos: más aún, y con ello queda muy mal parada nuestra honra, nuestra crueldad va complicada con grandísima cobardía. Porque, decidme, si esa mosca diminuta tuviese, por dicha suya, un tantico de aguijón... ¡oh!... la trataríamos en seguida como si fuera alguna dama delicada, y si llegase á entrar en nuestros salones, le abriríamos todas las puertas con galantería y la rogaríamos con el mayor respeto que se deba á persona calificada, que saliese á respirar el aire, lejos, muy lejos. ¿No es esta la cortesía que guardamos con las avispas?

¡Ah, no lo olvidemos, el hombre vale tanto cuanto vale su corazón! No es la exactitud de sus formas, ni la gracia ó belleza de su fisonomía lo que hace grande y amable al hombre,

como tampoco lo es la riqueza, ni la fuerza, ni el talento, ni el genio, sino la bondad de su corazón, porque sola ella es quien más le acerca á Dios. Pues bien, la bondad no se deja encerrar en las estrechas casillas de una clasificación zoológica, sino que, no contenta con los reducidos límites de la especie humana, los traspasa para extender y derramar su dulzura por la naturaleza entera. Sed, pues, buenos, sed cariñosos y dulces con las criaturas todas, que Dios en todas ellas ha derramado sus bondades y dulzuras. Voy, si me lo permitís, á presentaros dos ejemplos conmovedores de esta bondad de nuestro corazón.

Newton, el inmortal Newton, quería extraordinariamente á un perrito que tenía, llamado Diamante. Cierta día le dejó, por descuido, encerrado en su gabinete, y el pobre animal dejó caer sobre los papeles del geómetra una vela encendida que, poniendo fuego á todos ellos, los consumió en un instante y con ellos se prendieron cálculos que habían costado tres meses de trabajo á aquel genio incomparable. Newton entró á tiempo de evitar un incendio, pero muy tarde para salvar el trabajo de sus desvelos. Mientras estaba apagando los papeles, se le acercó su perrito, y pasándole la mano por la cabeza: «¡Diamante, Diamante—dijo Newton—

no sabes el daño que me has hecho!» Pues bien, mucho admiro yo á Newton enseñándonos las leyes de la gravitación universal; pero le admiro mucho más aún dominándose en los movimientos de su alma y acariciando á su perro (1).

¿Habéis leído, por ventura, en Sterne, la historia del honrado tío Tobías? Pues oíd: «Un día que le había estado una mosca enorme mortificando cruelmente durante toda la comida, llegó por fin á cogerla y la dijo: «Anda, vete, que no te haré ningún daño», y levantándose después y paseándose por la sala con la mosca en la mano, volvió á decir: «No te quitaré ni un solo pelo de la cabeza»; abriendo, finalmente, la ventana, la soltó y dijo: «Vete, picarilla, ¿por qué te he de maltratar yo? ¡En verdad, que el mundo es bastante grande para que quepamos los dos!»

Mas después de lo que habéis oído, no vayáis á caer en un error. No pretendo con esto enseñaros una sensiblería falsa y fuera de lugar. Tenemos ciertamente derecho á usar de los insectos, y si puede sernos útil su muerte, se la podemos dar. Sino que lo que aquí impugno yo, es que seamos crueles con los insectos, cuando

(1) Á consecuencia de este percance, Newton tuvo un ataque de locura.

su muerte nos es indiferente y hasta inútil, y sobre todo cuando nos complacemos sin más ni más en ella. Y aun estoy dispuesto á perdonar esa crueldad atendiendo á la inconsideración con que de ordinario se suelen cometer esas faltas, porque difícilmente nos imaginamos el interés de una mosca por conservar la vida y lo que sufre al perderla, como nosotros sufrimos cuando perdemos la nuestra.

Al daros á conocer *nuestros insectos*, quisiera que los admiraseis, y esto lo espero conseguir fácilmente; quisiera también que los amaseis, y esto no lo espero con tanta facilidad. Sin embargo, voy á hacer la prueba.

No hay animales que haya derramado Dios con tanta profusión sobre la superficie del globo. De ellos están llenos el aire, la tierra y el agua; de ellos están poblados los bosques, y en los inmensos hielos del polo, donde se ha cerrado la entrada á los hombres, aparece también el insecto para representar la vida, aun en aquellas frías regiones de muerte.

Dios Nuestro Señor no se ha contentado con multiplicar las legiones de los insectos, sino que ha cuidado de un modo singular y mostrado es-

pecial predilección por sus organismos á nuestra vista tan ruines.

Porque el sistema digestivo de un insecto es complicado y más aún que el nuestro; y así una mosca tiene labios, mandíbulas, lengua, palpos, glándulas salivares, buche, dos ó tres estómagos, hígado mucho más delicado y elegante que el nuestro, etc., etc.

Pues y los ojos de un insecto ¿hay nada más admirable? Pero, ¿qué digo ojos? Cada una de las facetas de sus ojos es un ojo de por sí. De estas facetas tiene 50 el ojo de la hormiga, 1.300 el del esfinge, el de la mosca común 4.000, el del saltón 8.800, el de las libélulas 12.500, el de la mariposa 17.300, el de un coleóptero pequeño del género de los mordelonios 25.000.

¿Qué son al lado de éstos nuestros pobres ojos, negros, azules, castaños ó verdes?

Á veces hacemos alarde de lo que pueden nuestros músculos... y un simple cochorro podría muy bien reirse de nosotros... Ya os lo he dicho otras veces aquí mismo. Un hombre tirando del dinamómetro, produce un esfuerzo de unos 55 kilos, es decir que no llegamos ni siquiera al equivalente de lo que pesamos. Pues un cochorro sujeto por la cola arrastra catorce veces su propio peso. Siguiendo esta proporción, un caballo debería arrastrar 25.000 kilos.

Una pulga, cuya altura no pasa de dos milímetros, da saltos de un metro, y en proporción un león los tendría que dar de un cuarto de legua, y el hombre de 750 pies. La cigarra repite escondida en su agujero su canto monótono, y se la oye á 100 metros; y si la voz del hombre tuviese con el peso del cuerpo la proporción que tiene con el suyo la de la cigarra, se nos podría oír desde París hasta Constantinopla, y el desgraciado mortal que tuviese la imprudencia de estornudar en una visita, quedaría inmediatamente sepultado entre los escombros de la casa.

No nos gusta la música de grillos ó cigarras... pero buena nos la dan. Pues Lebel asegura que para librarnos de tales huéspedes cantores, basta poner en nuestra habitación un piano cualquiera y tocarle. El grillo no le puede sufrir y se marcha. ¡Oh! ¡Mozart haciendo huir de horror... á un grillo!...

Hemos levantado pirámides... ¡Magnífico! La mayor de todas ellas tendrá de alta unas noventa veces la altura del hombre. Pues una hormiga, el *termes lucífugo*, construye un palacio que excede mil veces su tamaño con una bóveda tan fuerte, que sobre ella pueden los toros y búfalos salvajes colocarse de centinela y observar desde ella, como desde un observatorio y dominando los llanos cubiertos de yerba, si por

ventura vienen á amenazar á sus manadas los leones ó las panteras.

¡Con que no tenemos por qué envalentarnos!

Bajo otros puntos de vista supera también el insecto al hombre. ¿Qué no hemos hecho, qué industrias y artes no hemos empleado para adornarnos y añadir á la belleza natural la falsa del lujo y de la coquetería?

Desde el salvaje que se embadurna el rostro para darle mayor lustre y contemplar sus colores, hasta el europeo que enlaza y sujeta su cabello con flores y diamantes, ¡qué esfuerzos, qué cuidados, qué trabajos, qué afanes!... ¡Si se fuese á hacer la estadística de los obreros, fábricas, talleres, almacenes destinados solamente á proveeros de las mil y mil cosas empleadas en los tocadores y en vuestros afeites, llegaríamos verdaderamente á cifras exorbitantes!... ¡Ah! Señoras mías, mirad el ala de esta mariposa que va volando libremente por los aires...; ahí la tenéis acabadita de confeccionar, acabadita de hacer por Dios.

Más aún; la seda preciosa con que formáis la tela de vuestras cintas, de vuestros vestidos y de vuestros adornos, viene, ¿quién lo ignora? de una oruga blanca, fea y sin gracia. Á ella ha dado Dios la seda, no á vosotras; de ella la to-

máis vosotras y tenéis derecho para ello; mas ¿sabéis, por ventura, ó habéis pensado alguna vez qué uso hace la oruga de la seda y para qué se la ha dado Dios?... De ese tisú elegante que os sirve para manifestación de vuestra vanidad y engendra en vuestra alma cierta satisfacción de tanto encanto, ese gusanillo, esa oruga se sirve para hacer—permitidme la palabra—su gorro y su camisa de dormir. Llega un día en que esa oruga ha de quedar sumida en profundo y largo sueño, y para poder dormir mejor, cómodamente y al abrigo del frío y de la lluvia, ha preparado con anticipación su ropa interior, su cama, hilando su capullo de seda. Al despertar, rasgará la cubierta, y dejándola abandonada, se echará á volar sin mirar siquiera al objeto que vosotras con tanto afán buscaréis después y estimaréis en tanto.

No es mi propósito, seguros estáis de ello, presentaros aquí un tratado de Entomología. No: solamente quiero daros á conocer los rasgos y caracteres más notables de la vida de los insectos. Hace tiempo se publicó un libro mal-sano, intitulado: *Escenas de la vida de los bohemios*, y yo podría titular esta conferencia ó conversación: *Escenas de la vida de los insectos*. Y en verdad que toda la ventaja estaría de mi parte, porque aquella obra sólo una cosa enseña,

y es, á despreciar á cierta clase de hombres, y esta obra mía enseñaría á apreciar cierta clase de animales y, como espero, á amar más á quien los ha criado y les da la vida.

El niño llama dulce á cualquier sabor que le agrada y malo á lo que le repugna. Este es el primer paso que da para conocer las cosas. Pero á la larga y con el tiempo se irá educando su gusto y por él distinguirá los dulces en todas sus múltiples categorías, y quizás llegue á multiplicarlas tanto, que distinga perfectamente entre los que son más parecidos de una misma confitería.

Lo mismo hacemos nosotros en todas las cosas. Cualquier objeto que se mueva, por ejemplo el resorte de un reloj, lo llama el niño un bicho. Con el tiempo va distinguiendo entre bicho y bicho, y da á algunos su verdadero nombre; y si por ventura llega á ser zoólogo, sabrá el nombre de casi todos los animales. Claro está que antes de llegar á estas alturas de la ciencia, se paran la mayor parte de los hombres, unos más pronto y otros más tarde, pero casi todos se quedan en el camino; y aunque esto no sea motivo para perder el contento que han alcan-

zado, lo confieso, la ignorancia de lo que les falta no aumenta ciertamente su contento.

Conocemos, por ejemplo, los nombres de los animales que viven con nosotros y se presentan á cada instante á nuestra vista; mas si por ventura encontramos uno más raro y menos familiar que los anteriores, comienza en nosotros la turbación. Para salir de ella ¿qué hacemos? acudimos al procedimiento siguiente: le comparamos con otro animal que conocemos mejor y con el cual hallamos alguna semejanza y decimos: «Es una especie de ratón, una especie de cuervo, una especie de gusano», y así sucesivamente. No nos honra mucho, por cierto, tal definición, pero... pasamos por ella.

Así es como muchas personas, hasta instruídas, ponen en la categoría de moscas á nuestros insectos, y dicen: «Éstos son una especie de mosquitos, una especie de moscas grandes, una especie de moscas de miel, de moscas de oro y así de otros, pero siempre moscas.

Pues bien, nada hay más fácil que la definición del insecto, y, por consiguiente, nada más fácil de conocer. El insecto tiene siempre tres pares de patas, ni más ni menos. Contad, pues, las que tiene el cochorro y veréis que es insecto: el cloporto, conocido vulgarmente con el nombre, más ó menos agradable, de «cochinilla de

San Antón», tiene siete pares de patas, por consiguiente no es insecto; la araña tiene cuatro, pues tampoco lo será. Sin embargo, conformándome en esta tertulia con el uso vulgar, al tratar de los insectos os hablaré también de las arañas, como si lo fueran.

Hay otra cosa que caracteriza á los insectos, y es, que su cuerpo se puede dividir perfectamente en tres partes: cabeza, coselete ó torax y abdomen. La cabeza tiene además de la boca y ojos, dos apéndices de diferentes y á veces elegantes formas, llamados antenas. Su oficio es importantísimo. Cuando va andando el insecto y duda, agita sin cesar las antenas y toca todos los objetos que encuentra como si quisiera reconocerlos. Si se encuentran en un sendero dos hormigas, comienzan por tocarse las antenas y acariciárselas recíprocamente... Podríamos decir que se están hablando y como diciendo secretos en este lenguaje mudo.

¡Qué! ¿os reís? Pues no hacéis bien; Hubert, que casi toda la vida se la ha pasado estudiando las hormigas, ha observado muchísimas veces este hecho. Para ello, ponía en una caja cerrada una colonia entera de hormigas y luego observaba por una especie de lucerna el movimiento de ellas. Vió que al principio todas se desparramaban con gran desorden por todos los la-

dos, y si hallaban por casualidad alguna salida, la afortunada volvía adonde estaba el núcleo de la colonia, daba con sus antenas fuertes golpes á algunas, éstas los trasmitían á otras, éstas á otras, y así sucesivamente hasta que advertidas todas se formaban en filas regulares y se iban llenas de alegría á gozar del bien ansiado; la libertad perdida y hallada. ¡Así es de creer que se lo dirían en su lenguaje!... Nosotros parece que nos complacemos en creer que fuera de nuestro modo de hablar y de entendernos no hay otro en el mundo.

El torax, que sigue á la cabeza, puede á su vez dividirse también en tres anillos: el primero lleva el primer par de patas, el segundo lleva el segundo y además las primeras alas, y el tercero el tercer par de patas y el segundo de alas.

Viene en último lugar el vientre formado por nueve ó diez anillos más ó menos estrechos y cubierto por regla general con las alas.

No es difícil tampoco distinguir los principales grupos de los insectos si examinamos sus alas. Veremos así, que en algunos, como en el saltamontes, el primer par de alas es de naturaleza de pergamino, carácter que distingue á los ortópteros; y si fuese de naturaleza córnea, como en el cochorro, sería señal distintiva de los coleópteros. En este caso reciben el nombre

de élitros y sirven no tanto para volar como para proteger la parte superior del abdomen, flexible y blando, tanto que si quitáis las alas al cochorro, notaréis que la piel del dorso, por ser tan blanda, sigue todos los movimientos de sus entrañas.

En otros insectos las primeras alas son córneas por encima y membranosas por debajo, y es carácter distintivo de los hemípteros, de los cuales nos presenta un tipo excelente la cigarra. Á veces son membranosos los dos pares de alas, las cuales, si están cubiertas de un polvillo fino de color, como las de la mariposa, distinguen á los lepidópteros, y si carecen de este adorno lujoso, una de dos, ó presentan el aspecto de una red con mallas finas, como *las señoritas* ó caballitos del diablo, y entonces son alas de neurópteros, ó aparecen grandes y largos nervios desiguales, como en la abeja, y entonces pertenecen á los himenópteros.

Por último, hay muchos insectos, la mosca común por ejemplo, á quienes falta un par de alas, y son los dípteros, reducidas á dos tallos delgaditos terminados en botón. Son verdaderos *balancines*, y así, si cogéis unas tijeras finas de bordar y cortáis con ellas estos balancines de la mosca, la veréis girar sobre sí misma. En otras muchas moscas estos balancines son muy

cortos y están cubiertos con una especie de manteleta llamada *cucharita*.

Aquí me detengo ya por temor de extenderme demasiado contra mi voluntad.

Se ha dicho que los insectos son animales de metamorfosis. Es muy cierto, pero con la condición de que al afirmarlo, no se olvide que todos los animales las experimentan. Y así suponiendo, por ejemplo, á un hombre en el momento de nacer, á un pájaro en el momento de romper la cáscara nacarada del huevo que le servía de abrigo, y á un insecto en el momento también de romper la piel donde se hallaba encerrado, tendremos á los tres en un mismo momento fisiológico. Pero desde este momento han recorrido ya los dos primeros, bajo el velo misterioso del cual salen, todas las fases de sus sucesivas transformaciones, mientras que el insecto apenas si ha comenzado su carrera. Desde ahora la va á recorrer claramente á la luz del sol y á vista de quien quiera observarle.

Siempre ha servido de modelo para describir las metamorfosis de un insecto la vida de la mariposa. Voy á decirlos yo también las de otra, perteneciente á una especie, quizás de las más elegantes y más extendidas. Hablo de la mari-

posa llamada *macaon*. A esta mariposa se la ve volar algo por todas las partes, pero muy principalmente por los campos de alfalfa, hacia los últimos días de Agosto. Después de haber pasado unas cuantas horas jugueteando como loca de alegría, pone la hembra sobre pies de hinojo, ó de anís, ó de zanahoria, sus huevecitos, los abandona en seguida y muere.

El huevo. Este es el primer período de la vida de un insecto. Al cabo de cierto tiempo muy corto, se rasga la cubierta del huevo y sale de él una larva pequeñita, la oruga de la mariposa. Esta oruga de que os hablo es hermosísima, de color verde, elegante, con reflejos azules; en cada anillo lleva una faja negra, adornada con perlas encarnadas, y cuando se la hostiga saca del cuello como dos cuernos en forma de V ó de Y. Esta oruga come, crece y nos presenta el segundo período de la vida de los insectos, el estado de larva, en el cual podría muy bien por su forma confundirse con animales muy diferentes, y cualquier observador superficial quizás la llamase gusano. Pero no es así, antes esta bonita larva lleva consigo los caracteres distintivos del insecto, los tres pares de patas en los tres primeros anillos del cuerpo, tanto que si se le corta alguna de estas patas, la mariposa saldrá coja desde su nacimiento.

Mas llega un día en que la oruga se siente con fuerzas para obrar, y entonces, sea sobre una tabla, ó sobre una pared ó aun sobre el marco de una ventana, se pega firmemente con hilitos de seda, primero en el último anillo y pasando luego uno de estos hilos á manera de cable á un lado y á otro de su cuerpo, descansa ya segura y se echa á dormir. Bien se la podría comparar á un empleado de telégrafos, fijo por los pies al poste que ha ido á examinar, y sujeto al mismo con una gran faja ceñida por todo lo largo del cuerpo.

Largo sueño lleva ya la pobre oruga, cuando dejando caer la primitiva piel se ve como revestida con nueva máscara. Aún se notarán en ella los anillos de la oruga, pero en esta segunda cubierta se pueden ya descubrir las alas y las patas de la mariposa. Es la crisálida ó la ninfa, el tercer período de la vida de la mariposa. Esta crisálida no come, no bebe; está inerte, inmóvil, como si estuviera muerta: solamente, cuando se la coge, ciertas oscilaciones bruscas de la cola dan á entender que bajo aquella cubierta córnea vive y se está transformando algún ser. La crisálida del *macaon* es también de un verde bonito, con tubérculos amarillos en el lomo y á veces de color gris, con el pecho y vientre negros. En este estado pasa el invierno entero.

Pero al llegar el mes de Abril ó el de Mayo del año siguiente, merced á los rayos vivificadores del sol, la crisálida se abre por el dorso y va saliendo poco á poco á la luz. Sus patitas, tiernas aún, apenas la pueden sostener, y las alas al salir de estas mantillas están completamente arrugadas. Tiembla, mas reanimada bien pronto por el calor, cobran fuerza las patas, se despliegan alegremente las alas, se echa á volar y reposa por vez primera sobre una flor.

Último período de la vida del insecto, el estado perfecto. Pero ¡ay! ¡es el más rápido y el más efímero! En dos días le habrá recorrido entero la pobre mariposa, porque después de haber puesto sus huevecitos quedará muerta. En el mes de Junio los huevos darán sus orugas, éstas llegarán á crisálidas hacia fines de Julio, y al cabo de quince días aparecerá por segunda vez la mariposa en los campos. Estos diversos estados, huevo, larva ú oruga, crisálida ó ninfa, é insecto perfecto forman la metamorfosis completas de los insectos.

Muchas orugas se meten debajo de la tierra al llegar á crisálidas, como por ejemplo el esmerinto de ojos, parecido al pavón. Esta oruga vive en los sauces, álamos y manzanos; es de color verde manzana; tiene siete series de líneas blancas, oblicuas hacia los bordes, cabeza ver-

de azulada con los extremos amarillos, y en el anillo último una punta grande, azulada también. Esta oruga tan bonita baja del árbol hacia fines de Agosto, cava la tierra y se queda dormida como en una mortaja.

Esta propiedad tan extraña me lleva, como por la mano, á hablaros de metamorfosis más largas y muy singulares. Por tipo os voy á presentar un insecto procedente de alta alcurnia y amigo de la gente rica, como que se «acerca á la reina» y su bocado favorito son las rosas.

Acaba de salir una rosa, y meciéndose con gracia sobre su espinoso tallo, abre sus hojas al sol de Mayo y va poco á poco desplegando uno á uno los mil pétalos afelpados que cual muro impenetrable defienden los botones de oro encerrados dentro de su seno. Gotas de rocío adornan de perlas la frente de la rosa, como los diamantes la frente de una reina. ¡Todo es lozanía, todo dulzura, todo fragante en la rosa! Mas de repente se acerca volando un insecto corpulento, con alas de esmeralda manchadas de blanco. Insecto hermoso cuando se le ve volando por el sol, pero ¡qué desencanto cuando se posa sobre una flor!; este elegante caballero es un joven pesado y molesto. Cualquiera le tomaría por un cochorro en traje de corte, incapaz de suplir con el brillo de los adornos la falta

de buenas formas. Es un advenedizo. Al dejarse caer sobre la rosa, aun sin querer se la compe-
dece, porque se ve que la profana.

Por de pronto, al primer golpe de sus patas gordas, caen todos los diamantes. Además ved-
le cómo maltrata, estira y arruga con sus garras
las delicadas hojas de la rosa— ¡manos de he-
rrero frotando vestido de seda!—Aprieta y
aprieta cada vez más, hasta meter cabeza y lomo
en el seno de la tierna flor, y tocar con sus
labios el néctar allí escondido. Puesto allí la de-
vora. Semejante verdugo es la cetonia dorada.

Tiene consignado Aristóteles, por cierto con
palabras de gratitud, cuán gran parte tomaba
la cetonia con el cochorro en el privilegio de
distraer á los niños de los griegos. ¡De veras que
no puede uno menos de reirse al imaginarse á
este grave y sesudo filósofo, entretenido en jue-
gos tan frívolos, y corriendo por los jardines de
Estagira para atar un hilo á la cola de la ce-
tonial...

Pues ved ahora la vida de este insecto.

La hembra pone, ordinariamente hacia fines
de Abril, unos treinta huevos en tierra blanda
ó madera podrida; un mes después salen ya gu-
sanos blancos pequeñitos y tienen primero vida
de familia. Cuando viene el frío, se hacen estos
gusanitos, á fuerza de cavar, una moñada pro-

funda y en ella pasan el invierno libres del hielo. Por la primavera se separan, y cada uno por su parte va subiendo más arriba hasta donde están las raíces; aquí se quedan royéndolas durante esta hermosa estación. Llega el invierno y la larva se vuelve á hundir más. De la misma manera suelen pasar tres y á veces cuatro años. Pero viene por fin la hora, y entonces, con restos de madera ó de yerba construyen una habitación pequeñita, ovalada, de forma geométrica perfecta, la enlucen y pulimentan en lo interior y se echan á dormir en hueco tan ingenioso. El sueño dura cinco, seis y aun siete meses, hasta que, por último, los velos de la crisálida se rompen, destruye el insecto su casa, y cavando, cavando sin cesar, sale á la luz. En esta última forma, que es la forma perfecta, vivirá... ¡apenas un mes!... ¡Un mes de vida y de preparación cinco años!... Llamo vuestra atención sobre este hecho tan singular de llevar un insecto cuatro y aun cinco años en mantillas para estar después un mes viviendo vida de hombre.

Voy á presentaros otro ejemplo más raro aún, y le tomo de un insecto que hace ya varios siglos está llamando, yo creo que sin saberlo, la atención y excitando la compasión de las almas sensibles; me refiero á la efímera. Este insecto es gracioso y bonito por sus alas ahumadas y

manchadas de color pardo oscuro; su coselete tiene un color amarillo, las antenas son finas como la seda, y lleva en el abdomen tres larguísimos hilos.

En la primera mitad del mes de Agosto y entre ocho y nueve de la noche, aparecen las efímeras sobre los estanques y arroyos, y se va aumentando poco á poco su número; á eso de las nueve, ya llenan los aires volando por montones que van subiendo y bajando con la regularidad de un péndulo. Entónces se les ve como si fueran nubes negras en el claro horizonte, envolviendo con su agitada danza aérea á quien vaya de paseo. Á eso de las nueve y media mueren, y sus diminutos cadáveres se van amontonando sobre las aguas como nieve sobre el suelo... Á las diez muy raro será ver ya á una efímera. En el espacio de una hora, estos graciosos insectos han vivido toda la vida, han puesto masas de huevos en número de siete á ocho mil y se han muerto.

Sigamos ahora en su desarrollo á uno de estos huevecitos. En primer lugar su forma es rara, pues nos presenta en sus dos polos como una cresta rayada, en que se encuentran dos largas cintas que van del uno al otro y terminan en botones rosados. Por estos botones se van uniendo entre sí los huevos y permanecen sujetos

entre los tres hilos abdominales de la madre hasta formar grupos de unos 200. Entonces los suelta la madre, y deja á flor de agua este racimo que sólo la divina Providencia ha de cuidar.

De estos huevos saldrán larvas, por cierto muy carniceras, cuyo primer cuidado será cavar en la orilla una galería para vivir abrigadas... ¡dos años! En este tiempo sufrirán la segunda metamorfosis; pero en vez de encerrarse en la inacción de una mortaja como las crisálidas, la ninfa de la efímera sigue el trajín de su vida ordinaria sin más diferencia de la larva que dos rudimentos pequeñísimos de alas. Al cabo de dos años llega á la forma perfecta y vive... ¡una hora! Alguno ha dicho: «Vivir de amor y agua fresca»; pues para la efímera todavía se ha de suprimir de esta lista de banquete el agua, porque el pobrecito animal no tiene en su estado perfecto ni boca ni sistema digestivo. Sin embargo, esta metamorfosis ha recorrido también los consabidos períodos de huevo, larva, ninfa é insecto perfecto, sólo que entre el segundo y tercero la diferencia apenas es sensible.

Ahora vamos á ver cómo algunos insectos juntan algunos de estos períodos, y no nos ofrecen sino metamorfosis incompletas.

Y por cierto que el insecto de que ahora voy

á tratar no es muy simpático. Tiene cuerpo aplastado, pardo oscuro y á veces negro mate, antenas grandes, piernas con espinas, y sale por la noche solamente de entre las rendijas de paredes ruinosas donde vive, huyendo como un malhechor de la luz del día y del sol; á lo dicho, junta la blata americana ú oriental la propiedad más repugnante aún de despedir un olor insufrible.

La blata, la cucaracha ó corredera, que todos estos nombres se dan á la desgraciada, no es original de esta región, sino de Oriente, de donde ha venido en los barcos. Pero por desgracia se ha aclimatado entre nosotros, y donde entra, entra con ella una verdadera plaga.

La blata al poner los huevos, los encierra en una cápsula pequeñita, construída por ella precisamente para esto, de consistencia coriácea ya al fin de este período, durante todo el cual los lleva siempre consigo. Á esta blata se la puede comparar con una alubia de cabeza ligeramente dentada. Llegado el momento de su nacimiento, se abre la cápsula por la cabeza á manera de vaina de guisantes, y salen los hijos. ¡Lo interesante aquí es que desde este momento tienen los hijos la forma y propiedades de la madre sin pasar ya por otras metamorfosis, y

sólo han de pensar en crecer hasta ser hombres, es decir, hasta llegar al estado perfecto, en lo cual emplean cuatro años!!

Tales metamorfosis de los insectos tienen un alcance que quizás no apreciamos bien. Si os parece bien, vamos á considerar por breves momentos, hasta dónde llegan estas metamorfosis.

Á mi juicio, á lo mucho que se extienden ellas se ha de atribuir la poca estima que por lo general han adquirido los insectos entre los humanos entendimientos.

Porque en primer lugar esas metamorfosis nos los ocultan largo tiempo á nuestra vista; además, casi siempre desconocemos en absoluto el huevo, la larva y la crisálida, y el insecto perfecto solamente es por algunos instantes objeto de nuestra atención, ligera y superficial. Y, por último, de tal insecto, ¿qué llegamos á saber las más de las veces?... ¡Que vuela, si es mosca; que tiene hermosos colores, si es mariposa; que pica, si es pulga ó cosa parecida!... Esta es la ciencia y nada más, para buen número de hombres. Pero en un siglo como el nuestro, en que aún se cree ser los sapos los maridos de las señoras ranas, no hay que admirarse de lo dicho.

Por otra parte, las formas diversas y tan opuestas que se observan hasta en un mismo individuo, complican y dificultan muchísimo este estudio de los insectos y han hecho caer hasta á hombres concienzudos y sabios; más aún, el instinto de un insecto puede cambiar totalmente de un estado á otro siguiente, y así acontece, por ejemplo, ser un insecto claramente carnívoro en su primer estado, y alimentarse solamente de flores en el segundo.

Todavía más. Examinad minuciosamente vuestra conciencia para saber cuál sea la causa de cierto movimiento nobilísimo de vuestro corazón, conocido con el nombre de simpatía, y veréis ser en último resultado alguna relación ó semejanza con vosotros mismos, cierta conveniencia secreta entre los sentimientos, temores, esperanzas, alegrías, ternuras ó dolores que veis manifestarse claramente á vuestra vista, y los que habéis conocido y sentido vosotros mismos por propia experiencia.

Os inspira amor el pajarito, porque su corazón está hecho casi á imagen del vuestro y casi os veis en él; porque la vida del pajarito está calcada en el mismo plan que la vuestra. Mas el insecto no tiene esta ventaja. Y, ¿quién sabe, puede ser que hiciese mejor con deciros que no tenemos nosotros la ventaja de ver nuestra vida

tan variada como la de los insectos por los tres estados de larva, de ninfa y de insecto perfecto, tan poco parecidos entre sí!... Comparada nuestra historia con la del insecto, es de una monotonía y de una oscuridad espantosa...

Desde la abultada y blanda oruga que trepando graciosamente á lo largo de la rama ó de la hoja, hasta la brillante mariposa que va jugueteando de flor en flor con vuelo desigual y caprichoso, ¡qué distancia!... Y, sin embargo, es el mismo el que trepa y el que vuela; aquel que dormía tan tranquilo antes en los largos meses de invierno, en su inerte crisálida, es ese ahora tan juguetón... ¿Hay algo en nuestra vida parecido á esto?

«Naître avec le printemps, mourir avec les roses;
Súr l'aile du zéphir nager dans un ciel pur;
Balancé sur le scin des fleurs à peine écloses,
S'enivrer de parfums, de lumière et d'azur;
Secouant jeune encor la poudre de ses ailes,
S'envoler comme un soufle aux voûtes éternelles;
Voilà du papillon le destin enchanté.
Il ressemble au désir qui jamais ne se pose,
Et sans se satisfaire effleurant toute chose
Retourne enfin au ciel chercher la volupté».

Lamartine es quien ha hecho estos delicados versos; pues mariposa y oruga una sola cosa son... Conque, imaginaos, si es posible, á Lamartine cantando en esta forma á la oruga.

Yo me atrevo á desafiaros á presentarme un hombre que pueda reunir por muy agitada que sea su existencia, situaciones tan diversas como las que se cuentan en la memoria de esta insignificante mariposa. ¡No tenemos idea de los sentimientos que se agitan en el corazón de una ninfa meditando los recuerdos de su vida de oruga y presintiendo la vida de mariposa! Cosas son todas éstas por completo desconocidas para nosotros. ¡Qué simpáticos habrían de sernos estos animalitos! Según os dije antes, no los conocemos, y ahora veis bien que aun cuando los conozcamos, no los comprendemos.

Mucho he trabajado por buscar alguna analogía entre ellos y nosotros, y ahora voy á decir os una que me ha ocurrido. La ninfa podría muy bien ser una joven, religiosamente encerrada en una concha de finísima seda, llamada colegio, echando de menos el hogar y cuidado materno, nido dulcísimo en que de larva fué cariñosamente mecida, y soñando ya con la hora deseada en que rotas las paredes de crisálida y adornada como una mariposa reciente, va á tomar ese vuelo llamado entrada en el mundo. Pero, ¡ay! es muy lejana esta analogía. Trasladada á un estudiante que hace mil travesuras en un colegio ó en alguna universidad, y entonces carece de sentido. Pues si os parece ver al-

guna analogía entre la mariposa al desplegar por primera vez sus alas y posarse en seguida sobre una flor, y cualquier estudiante al recibir después de los estudios su título de abogado ó de médico, ¿qué diremos?... Vamos... No hablemos más de esto.

Conque no comprendemos á los insectos, y la falta está en nosotros y solamente en nosotros. Los insectos tienen, como nosotros, todas esas múltiples y variadas sensaciones, de cuyo encadenamiento resulta la vida, y lo pruebo.

Tienen tacto, olfato, gusto, vista y oído, y muchas veces con más perfección que los nuestros. El ojo del insecto es sin comparación más perfecto que el del hombre.

Antes lo he dicho y ahora lo sostengo, su tacto y su sensibilidad son de extraordinaria perfección. Tocad una oruga sólo con una hebra de seda, y la veréis encogerse y arrollarse sobre sí misma dando muestras de grandísimo placer ó quién sabe si de dolor; tienen sus mandíbulas ciertos hilitos muy finos, llamados palpos, porque es su oficio único tocar y palpar.

El gusto le tienen pronunciadísimo, y así, si echáis una oruga en medio de un ramo de flores ó de un puñado de plantas, se irá infaliblemente á buscar la única que la ha de alimentar.

¿Cómo la ha conocido? ¿Por los caracteres botánicos?...

¿Y el oído?... Es admirable. Vedlo. Puesto el grillo talpa ó *grillo-topo* á orilla de su agujero, dentro del cual le están esperando la hembra y sus hijuelos solitarios, y fijas las cuatro patas delanteras en el suelo, pasa las últimas sobre las alas como se pasa el arco sobre el violín, y... ¡atención! llega la señora. Á ésta no se la oye cantar, y de ello toma ocasión Xenarque para felicitar al señor, en una poesía descortés, diciéndole: «¡Dichosos vosotros que tenéis mujeres calladas y silenciosas!» Pero Xenarque no es solamente un poeta poco enterado, sino también un pobre ignorante. Porque forma este raciocinio muy común, sí, entre los hombres, pero propio también de un necio: «No la oigo cantar..., luego no canta». Este *luego* vale... cualquier cosa.

Nosotros oímos, sí, cualquier cántico comprendido entre 18 y 3.800 vibraciones por segundo, los demás se nos escapan. Pero se necesita estar en grandísimo error para sostener que no hay ya más sonidos fuera de éstos; lo que hay de verdad, es que no los percibimos nosotros ni llega á ellos nuestro oído y, por tanto, que es de nuestro oído la falta. Y tanto es así, que por el contrario todo nos induce á creer

que hay otro linaje de oídos sumamente finos que oyen y perciben vibraciones mucho más rápidas... ¡Sí! la hembra del grillo-talpa tiene sus cánticos y ¡quién sabe! quizás suavísimas armonías: toca también—esto se ve y no se puede negar—el arco sobre sus alas, y la oye el macho y á su manera dan á entender sus abultados ojos, que en lo interior está el corazón prendado de aquellos cánticos. ¿Qué le importa á la señora que no los oigamos nosotros si no somos á quien ella se propone complacer?...

Por otra parte, bien sabido es cuán sensibles á la música son las arañas.

En cuanto al olfato, los insectos le tienen exquisito, y de ello hay pruebas mil. Solamente citaré dos conocidísimas. Las moscas de la carne la huelen bien pronto y acuden á ella hasta de grandes distancias. Es que la ven, diréis por ventura. No es verdad, puesto que acuden aun cuando la tengáis oculta y bien tapada con gruesas telas. Muchas veces se han visto los bombix-tan, mariposas de la encina, acudir desde los bosques de Bondy ó de Saint-Germain á lo más céntrico de París, en busca de una hembra, clavada con un alfiler en las paredes de la habitación de algún entomologista, y cogida recientemente durante el paseo del sabio.

No se sabe á punto fijo cuál sea en los insectos el órgano del olfato: hay una experiencia muy conocida de que, según parece, reside en las antenas, tan á propósito también para el tacto, y según la ha hecho M. Balbiani, es la siguiente: Se pone en cajas separadas y á bastante distancia, en una, mariposas machos del gusano de seda, y en otra, hembras, de modo que á la mitad de aquéllos se les haya hecho la operación preliminar de cortarles las antenas. Al cabo de algún tiempo se acerca á la primera caja la tapa de la segunda, y se verá que los mutilados continúan tranquilos y sin moverse, y los demás agitan las antenas, baten las alas y les tiemblan las patitas.

Es, por otra parte, principio admitido en la ciencia, que la sensibilidad de un animal está en proporción directa del desarrollo de su sistema nervioso. Pues bien, pocos animales le tienen tan desarrollado como los insectos: su cerebro es proporcionalmente grande; y no tienen solamente uno, porque cada anillo del cuerpo, protórax, mesotórax, metatórax, y cada sección de su abdomen, tiene su cerebro especial, que es un ganglio de donde salen para distribuirse por todo el cuerpo los nervios de la sensibilidad y del movimiento.

Hay en todo esto verdadero lujo, inexplica-

ble si no estuviese destinado á transmitir sensaciones de extremada delicadeza.

Pues reflexionad ahora conmigo. Los insectos tienen, como nosotros, los cinco sentidos de costumbre; es, pues, lógico, que tengan todas las sensaciones propias de ellos... tienen, como nosotros, memoria, y bien nos lo atestigua la educación que á muchos se les da; por consiguiente, tienen todos aquellos sentimientos que proceden del sentido y de la memoria, y no exigen para su completa expansión la cooperación de la inteligencia.

Veremos también, si nos dignamos abrir los ojos, cómo los insectos manifiestan en su vida alegría, temor, ira, odio, amistad, amor, paciencia, en fin, todas las pasiones que se agitan en nuestro corazón y endulzan ó envenenan nuestra vida. Pero, repito, es menester abrir los ojos; más, es menester saber mirar...

Y aquí vuelvo á detenerme: ¡saber mirar!... Porque lo cierto es que no lo sabemos hacer, y por esto no es la razón la facultad cuya reputación tengamos más comprometida, y eso que es tan considerable el número de los necios: ni lo es tampoco la voluntad, aunque carezcamos tanto de hombres de carácter, sino la atención. Y en esto somos verdaderamente incorregibles y locos de atar. Si se nos ocurre alguna vez,

cosa rara, apartar nuestro espíritu de los intereses materiales y rastreros, para fijarle en objetos de otro más alto linaje... ¡ay!... ¡escogemos tan mal! Acudimos á ver *La vuelta al mundo* sobre las tablas de un teatro, ó la batalla de Waterloo sobre un lienzo inerte; pero se trata de ver y leer escrita por la mano de Dios en las páginas del gran libro de la naturaleza, la epopeya de un insecto, y entonces, ¡oh! ¡no tenemos ojos para mirar! ¡Locos! ¡Insensatos!... Permítaseme no extenderme más en esta materia, porque perdería la calma.

Mas aun cuando mirásemos bien al insecto, todavía lo encontraríamos despreciable á nuestra vista. ¿Por qué? Vedlo.

Descubriremos su instinto, no hay duda, pero será principalmente por el lado menos noble. Hemos visto ya antes cuán irrisoria sea la cortísima duración de su vida perfecta, en comparación con las lentas y largas trasformaciones que la preceden; y, por tanto, que durante la mayor parte de su existencia, sin familia ni hijos á quienes atender, solamente desarrollará toda su actividad en satisfacciones egoístas; es decir, que su instinto se reconcentrará sobre sí mismo sin afecto ninguno hacia otro. Nosotros no queremos corazones tan replegados sobre sí. Lo que nos gusta, nos agrada y nos atrae,

lo que nos inclina al amor y lo que nos mueve á perdonar á un animal el horror que nos inspira, es muchas veces el espectáculo hermoso y tierno del amor maternal... ¡el tigre defendiendo á sus hijuelos!... por ejemplo. Pero ¡ah! este espectáculo no nos le ofrecerá sino rarísima vez el insecto. ¡Cómo, si la mayor parte de ellos no conocerán á sus descendientes, y para ellos el amor materno se reducirá á colocar en buen sitio huevecillos que no han de ver abrir! Compadecemoslos que no tengan los mayores gozes de la vida.

«Dulce es la luz—dice Eurípides—dulce el espectáculo de la mar tranquila, ó el de un río sin riberas, ó el de la tierra adornada por la primavera: dulces también otras mil cosas; pero no hay espectáculo más dulce que ver después de las tristezas de una vida solitaria cómo van creciendo hijos queridos al lado del hogar».

Y, sin embargo, cuántos ejemplos y cuán tiernos de amor materno encontraremos en los insectos, á pesar de ser tan limitadas sus manifestaciones... Y cuando le sea posible á este amor extenderse en toda su amplitud, ¡oh! qué hermoso, qué dulce, qué conmovedor será verlo allá dentro de su alma de ellos.

Ahora prosigamos.

Cuando sólo tiene que pensar en sí mismo, la ocupación principal y el primer cuidado del insecto es vivir y, por consiguiente, alimentarse. Pues para muchos hombres también es ésta su mayor preocupación; no lo olvidemos, como tampoco que son gloria de nuestra época los tratadistas culinarios, los Brillat-Savarin.

Ahora bien. En los insectos sólo hay dos maneras de alimentarse; unos se alimentan con flores, y otros con los que las comen; y entre éstos, los mayores se comen á los pequeños. También los grandes, por mucho que lo sean, se encuentran muchas veces bien algún pájaro, bien algún pez ó bien cualquier otro animal dispuesto á comérselos, de tal suerte, que en todos se encuentra casi siempre junta la preocupación por comer con el temor de ser comidos. Por donde todo insecto se ve en cierta manera obligado, primero á defenderse y luego á atacar, doble necesidad para la cual están admirablemente preparados y nada tienen que envidiar al hombre.

Veamos primero, si os parece bien, su sistema de defensa. Como unos son débiles y otros fuertes, su estrategia se ha de resentir naturalmente de estas tan diversas condiciones. Pues la primera defensa del débil es, claro está, huir. Entre los hombres bien usada se ve, y los in-

sectos en presencia de un enemigo más fuerte la practican, valiéndose de sus tres pares de patas, y de sus dos y á veces cuatro alas. Quizás, en alguna ocasión, esta clase de defensa la use, aliándola con cierta especie de valor ó de atrevimiento. ¿Quién no ha visto, por ejemplo, las mañas picarescas del gorrión? Acostumbrado al movimiento incesante y ruido continuo de la calle, ¡cómo provoca á los que se le van acercando, les observa todos sus movimientos, muestra cierto aire de sonrisa maligna y espera hasta el último momento para volver cien veces, si es menester, al mismo punto!... Podríamos llamarle pilluelo de París. La mosca de nuestros aposentos sigue la misma estrategia. La espantaréis veinte veces con vuestra potente mano, y veinte veces volverá al dulce ó la fruta que tengáis. ¡Cuántas veces este «bicho importuno» ha tenido razón para quejarse de vuestra poca paciencia!...

En los momentos supremos, casi todos los insectos acuden al vuelo ó á la carrera para librarse del enemigo, aunque los hay tan diestros que de un sólo brinco le dejan burlado. Id sino, á buscar la pulga á quien por vuestra torpeza hayáis dado tiempo de dar un salto...

No he podido menos de reirme al imaginarme al hombre, el rey del mundo y de la crea-

ción, al hombre conquistador y asolador de imperios, al hombre, en fin, ostentoso de poder y grandeza... siguiendo los saltos de una pulga. Ésta le pica y chupa lo más sustancioso de la sangre, y el hombre entonces se irrita; si está en compañía de alguno, las pícaras exigencias de la sociedad le obligan á contener cualquier movimiento ó gesto que le pueda vender y declarar su molestia, y es menester disimularla con alguna fina sonrisa y aguantar la picadura de la huésped; pero si está solo, se mueve, se sacude y se rasca. Perseguida con esto la pulga, se marcha y va á picar á otra parte; se impacienta por último el hombre, no se puede contener y quiere acabar de una vez, pero... ¡ay! tiene que desnudarse... ¡qué humillación!... Si pudiese la pulga reirse, ¡cómo se reiría!...

Y ahí tenéis á ese hombre, á ese magnate, á ese poderoso, á ese ministro, presidente, canciller de un vasto imperio, dejando los graves negocios del Estado y los destinos de Europa alterada, por buscar, con ojos ansiosos y muda atención, y por entre los hilos de la ropa, el desventurado animalejo. Se abren como por resorte los dedos para cogerle y los lanza sobre él, pero... ya es tarde; la pulga de un salto se escapó... Vuelve de nuevo más irritado, porque pretende salir victorioso, y emprende el asalto

de nuevo. Supongamos que la coge. ¡Qué triunfo!... Pero el señor Ministro no ha acabado aún su labor; es menester tenerla prisionera con mucho cuidado, despacio, entre las yemas de los dedos, y la mayor parte de las veces ocurre que en este momento decisivo, triunfa de nosotros la pulga con un supremo y repentino salto (1).

No conozco ejemplos más patentes de los extremos de la grandeza y de la miseria humanas.

Mas cuando no se puede huir ó es inútil la fuga, tiene el débil otra defensa, y es ocultarse ó disfrazarse, y así despistar al enemigo.

Ahora me acuerdo que el año pasado por el mes de Mayo, recibí una cajita preciosa de las que se usan para hacer regalos, y por sí solas son verdaderas alhajas. Al desatar el nudo de seda que la cerraba, vi el nombre de un plateiro. Era, pues, un objeto de arte, una alhaja. «¡Una alhaja!...—dije yo— ¡y á mí!...» Ya me concederéis que mi admiración estaba en su lugar. Abrí la caja enternecido, y vi verdaderamente una alhaja, sí, una alhaja que Dios por

(1) Después de esta conferencia he sabido por un excelente amigo mío (y sírvale esto de testimonio de gratitud) que no es del todo indispensable esta última parte de la tragedia, y sin aflojar los dedos se puede ahogar en agua á la prisionera.

su bondad me regalaba, y era la oruga más hermosa que quizás haya hecho su poderosa mano para adorno de la tierra.

¡Es preciosa y digna de verse esta *orgyia estrellada*, que este es su nombre! Su cuerpo es gris de perla, con manchas encarnadas y motas negras en los anillos, y está cubierto de brochas dorsales, finas y sedosas, de color amarillo de oro, frecuentemente y con gracia especial agitadas.

Cuando se quiere ocultar la *orgyia*, se pone á hilar su capullo; mas, como se le acaba pronto la seda, por tener poca, ¿qué hace? se arranca parte del pelo de las brochitas que la servían de adorno y lo enlaza con la seda. Con esto no tiene bastante todavía, y entonces coge pedacitos de hoja y los enlaza también. ¿No es admirable este ingenio?

La mayor parte de las orugas se hacen un capullo sedoso, con el cual se ponen al abrigo del sol, del viento y de la lluvia durante el período de ninfa ó crisálida; otras, no tan pródigas de la seda, se arrollan á una hoja y hacen con ella un mantón para vivir envueltas en él totalmente. Y en esto hay diversos sistemas, bien empezando por un extremo á arrollar la hoja, bien empezando por el centro y acabando por los extremos; pero sea cual quiera el plan de es-

tos arquitectos, téngase siempre en cuenta que en cuanto á materiales y herramientas, sólo emplean sus patas y algunos metros de cordón.

Un bonito neuróptero, de alas amarillas y vuelo incierto, que se ve en las hermosas tardes del estío revolotear por arroyos y estanques, la frigana, pasa la primera época de su vida bajo la forma de una oruga sucia, en el fondo sobre el cieno de las aguas. En este estado sólo tiene bien armada la cabeza, lo demás del cuerpo es tan sutil que parece transparente á la luz. Á este animal le sería imposible la fuga á causa de no tener muy ágiles sus tres pares de patas, y de ser largo y blando el cuerpo que habrían de arrastrar. Pues ¿cómo se defenderá de sus enemigos? Para ello el pobre animal construye con hebritas de musgo, ó de madera, un estuche dentro del cual se encierra todo él y va siempre metido. Si la necesidad lo pide, se sirve de granitos de arena para reforzar esta armadura protectora, luego los va como amasando con pequeñas chinitas, y resulta un acorazado de primera clase. Otros cogen, en vez de piedrecitas, conchas vivas muy diminutas, se las atan alrededor del cuerpo con hilitos finos de seda, y quedan fuertemente armados con tales protectores á manera de coraza. «Un salvaje que en vez de estar cubierto con pieles, lo estuviese

con ratas almizcladas, topos ú otros animales vivos, nos parecería vestido de un modo extraordinario. Pues este es el caso de semejantes larvas; llevan trajes muy hermosos, pero sumamente raros». Son palabras de Réamur.

Los pescadores de caña llaman á estos tales insectos porta-leña, porta-hojas y porta-arena, según la clase de cubierta que lleven: nosotros decimos lo mismo, aunque con palabra más científica, *friganas*.

Si cogéis una de estas larvas, veréis cómo se oculta en seguida dentro de su estuche, y si la sacais de él y la echais después en una vasija en cuyo fondo haya arenilla ó piedrecitas finas, comenzará luego á recorrer el fondo, y presurosa se irá atando muy pronto unas tres ó cuatro piedrecitas lisas con hilos de seda para formar la bóveda de su casita: después se desliza suavemente por debajo, y valiéndose de las patas, va añadiendo á derecha é izquierda, una á una, más arenillas para cerrar el arco, hacer las paredes y los pisos. De cinco á seis horas necesita el pobre animal para hacer el estuche de arena, pero es lo más difícil y de más tiempo.

Hay otras orugas, también bonitas y pequeñas, los *psíquidos*, la polilla del trigo, por ejemplo, que hacen al aire libre lo que las friganas

hacen dentro del agua, y como ellas se encierran en un estuche de yerbas ó de hojas. La polilla del paño y de las pieles se construye á expensas nuestras un saco de lana ó de pelo, y para adornarse, destruye sin reparo alguno nuestros adornos, y si le damos paños ó telas de colores diferentes, acabará por hacerse un traje de verdadero arlequín. Otra polilla hace su estuche como de pisos sobrepuestos que fácilmente podríamos llamar varios volantes puestos á una falda, á lo menos Réamur la llama polilla con faldoncillos.

Menos arte se da para cubrirse un insecto de nuestros aposentos, porque se echa á rodar entre el polvo, y después de recoger algunas pelusas ó hilachas, se pone á pasear en traje tan elegante. Es el *redivio* enmascarado ó redivio sucio, del cual volveremos á hablar. Sin embargo, hay todavía otro disfraz ú otra máscara más innoble y baja.

Por la corola inmaculada de los lirios se pasea un insecto pequeño, de alas de rojo vivo y brillante, que mejor que insecto parece un rubí puesto en un nudo de blanco seda; es el criorceris del lirio, muy fácil de distinguirse por cierto ruido especial y característico que produce cuando se le coge entre los dedos. Antes de tomar estos colores este insecto, ofrece su larva

un verde caído, y tiene el cuerpo sumamente blando, tanto que le pueden secar muy pronto los rayos del sol. Para su defensa se sube á una hoja y se envuelve en ella, como esos saltimbanquis de las plazas que sin duda habréis visto, fijas sus manos en el suelo, echarse las piernas encima de la cabeza y ponerse á comer con un tenedor fijo en el talón. Puesta en tal forma esta larva, come, digiere y... al cabo de unos instantes desaparece, oculta bajo la bóveda de espuma blanquecina, formada de una sustancia que ya no puedo nombrar. Quitadla este inno-ble abrigo y la veréis comer vorazmente, sin duda para reparar cuanto antes los desperfectos de sus afeites.

Un poco más delicada es la cásida verde ó cásida ecuestre, que vive en los cardos y alcahofas, pues aunque se cubra con la misma sustancia que la anterior, en vez de hacer con ella un vestido, se hace un quitasol, sosteniéndola á cierta distancia con las espinas que la rodean por todo el cuerpo.

¡Confesad que no puede llegar á más la su-
ciedad! Mas no por eso nos mostremos contra-
riados, porque fácilmente podríamos encontrar
dentro del círculo de la especie humana ciertos
salvajes del Sur de África, que sólo por librarse
de los ardores del sol y de las picaduras de los

mosquitos, se embadurnan el cuerpo hasta los ojos con un betún análogo.

También son muy poco conocidas las costumbres de cierto insectillo, del cual salen los colores más delicados, así los que tiñen mejor el terciopelo y la seda, como los tan celebrados de la púrpura antigua y demás matices del carmín. Hablo de la cochinilla, *coccus cacti*, animal preciosísimo que exige especial esmero al ser recogido, y siendo tan pequeño que se necesitan 70.000 para pesar una libra, dió por los años de 1800 á 1830 á la ciudad de Méjico 390.000 libras anuales y un producto líquido de 39 millones de piastras.

Estos sistemas de defensa ó ataque son muy bajos é indecorosos. Mas hay otro sistema más imprudente y de una desvergüenza nunca oída, que es escoger para ocultarse precisamente el cuerpo de la víctima que se pretende devorar, como lo hace una pulga pequeña llamada *nigüa*. Entra descaradamente en el cuerpo y se oculta y vive á sus anchas debajo de la piel; allí come, allí bebe y allí crece: antes era un granito solamente y ahora... parece un garbanzo. ¿Y cómo sacarla de su fortaleza? Gran trabajo es menester, pues sólo con un alfiler ó con el bisturí es posible conseguirlo.

La gran táctica de un buen general en jefe

de un ejército en campaña es prever siempre la retirada segura contra los adversos golpes de la fortuna. Ejemplo admirable de esto nos da cierta araña. No hace como sus hermanas, tejer su tela y esperar, no; antes sale á campaña y corre en busca de la presa. Mas, tiene malos encuentros, la hace huir un enemigo más fuerte... y ¿dónde se refugiará entonces? Este insecto pequeño, pero valiente y entendido, ha previsto muy bien este compromiso, y para salir bien, tiene preparado con anticipación un nido proporcionado á su cuerpo en el suelo... corre á él, entra y cierra la puerta después. ¿Qué es eso de cerrar la puerta? Sí, es una puerta verdadera, amasada con tierra y pedazos de musgo, provista hasta de visagras hechas de seda, y dispuesta para cerrar ingeniosamente la ciudadela. Sólo falta el cerrojo y éste le suple ella misma poniendo cuatro de las ocho patas, que le ha dado el cielo, para sostener esta trampa y apoyándose en el suelo con las otras cuatro para hacer toda la fuerza posible.

Es un sistema algo parecido al que empleamos nosotros para tener cerrada una puerta sin llave cuando la quieren forzar contra nuestra voluntad.

Cuenta La Fontaine que queriendo tener la piel de un oso tres jóvenes, se salieron al mon-

te á cazarle. Mas al aparecer el oso, uno huyó, otro se subió á la copa de un árbol, y el tercero extraordinariamente asustado se hizo el muerto... El oso estuvo oliéndole hasta la misma cara y á pesar de ser el rey de los osos, cayó en el lazo. No tengáis á este joven por algún inventor de novedades, porque muchos, muchos insectos hacen también el muerto cuando les es imposible huir: las arañas así hacen, y por cierto con maravillosa gracia. Ahí tenéis una echada en el suelo con las patas hacia arriba, asombrada de terror, entre la vida y la muerte, pero preparando el último esfuerzo para defenderse; repentinamente estira una pata, se levanta sigilosa y se lanza á todo correr.

Mejor aún lo hace el topino; si le cogéis se echa en seguida sobre la espalda, se queda inmóvil sin dar ninguna señal de vida... pero bien pronto oiréis una especie de ruido seco, parecido al que se hace al saltar un muelle, y es que el topino ha dado un salto como una pelota: á los dos pasos de aquel sitio vuelve á caer, se suelta del cuello las patas y desaparece.

Este topino de nuestras tierras es un caballero feo y mal vestido; pero su hermano del Brasil le lleva mucha ventaja. Porque lleva en ambos lados del coselete dos planchas grandes ovaladas que brillan por la noche como dos lu-

ceros, tanto que al lado de estos *coyuyus* brasileños, parecen muy pobres nuestras luciérnagas por su débil luz. Por esto se los ponen las señoras mejicanas en el cabello, sujetos con hilos muy finos de seda, y no creáis que se arruinarán por este lujo y coquetería, pues suelen comprarlos á dos reales, algo más de 50 céntimos la docena, sin contar por supuesto que los adquiere por nada quien quiera tomarse la molestia de cogerlos por sí mismo. Así lo hacen las mujeres negras, también presumidas aun con sus reducidísimos adornos, y cuando se adornan para sus danzas nocturnas, llenan de estos diamantes los vestidos, prestados por el follaje de la selva vecina, y los hacen brillar tanto con sus movimientos que parecen ir despidiendo chispas de algún incendio. Cuando un salvaje necesita viajar de noche por la oscuridad se llena de *coyuyus* los pies y tiene siempre iluminado el camino, y al venir el día, suelta con cuidado los *coyuyus* y con gratitud se inclina delante de ellos para darles las gracias de haberle guiado.

Cuando un perro amenaza lanzarse sobre un gato, el Mizifuz, poco favorecido con semejantes caricias, toma actitudes verdaderamente respetables: ya echa atrás la cabeza y la fija en la espalda, ya arquea el lomo, baja las orejas, se

le eriza el pelo y, abriendo con furia la boca, muestra sus agudos dientes hasta que con una especie de sonrisa sarcástica, le desprecia con sordos bufidos. Á veces da buen resultado este sistema de defensa, y el perro se marcha. Claro está que en ello pone el gato su confianza á medida que, como buen observador, va conociendo el poder de su actitud y la ventaja de sus demostraciones. No es raro hallar algún hombre que, como el gato, se hace el terrible diciendo á su adversario: «¡Tócame, tócame si te atreves!...» y en su interior tiembla como una mujer.

Pues también hay animalillos que echen estas bravatas y tengan estas vanas fanfarronadas. Tales son, por ejemplo, los estafilinos, que por los caminos se encuentran á cada paso y son muy inofensivos y se les conoce fácilmente por su cabeza grande, negra, cuerpo redondo y alas cortas. Si pretendéis atacar á uno de éstos, coge posturas á primera vista terribles, abre todo cuanto es de larga la boca, vuelve los ojos y levanta el abdomen como los escorpiones. «He visto muchas veces, dice Mr. Candèze, detenerse muchos niños al querer coger un estafilino y retroceder ante sus amenazas». ¡Ay! también he visto yo detenerse y retroceder, no niños, sino hombres.

Filosofemos ahora, Señores, si os place... ¿Quién ha inspirado á este animal esa especie de bravatas para defenderse? ¿Conoce por ventura á los hombres y sabe hasta dónde tomamos en serio estas fanfarronadas? ¿Diremos acaso que la educación de su madre le ha dado el resumen de sus experiencias bajo la forma de una lección de gimnasia? Pues no ha conocido á su madre... difunta ya cuando él salió del huevo... El instinto, replicarán algunos. Es verdad, sí, el instinto. Pero ¡bastante hemos adelantado con esto! ¿Qué es el instinto?

Á esta pregunta una cosa sola se puede responder, y es decisiva, solemne: Dios. Dios que los ha criado, Dios que los conserva, los ha armado también para poder defenderse en los combates de la vida, los ve, no los pierde de vista, los dirige y, según la expresión enérgica de San Ignacio, si nosotros supiéramos mirar, en ellos descubriríamos á Dios tan grande y tan bondadoso; al cual no le rebajamos en nada con verle ocupado con estos animalillos, cuidándolos y amándolos. Y si bien lo pensamos, en esta materia somos extraordinariamente locos. Porque un insecto no es un hombre, bien lo sé; pero un insecto andando por el camino de su vida sin apartarse jamás de él, es más digno de amor a los ojos de Dios que un hombre apar-

tándose de su senda y gastando su vida en continuos é indignos placeres. No lo olvidemos, Señores; el hombre es grande, sí: el hombre apareció un día á la cabeza de todas las cosas criadas, sí, y como glorioso coronamiento de la obra divina; pero otro día, Dios se arrepintió de haber hecho al hombre. ¿Cuándo se ha arrepentido de haber criado á esos animalitos que despreciamos nosotros?

Lo dicho hasta ahora es la defensa de que se vale el débil. Veamos ahora la defensa empleada por el fuerte.

Éste está armado, y del mismo modo que entre los hombres ocurre, unas veces maneja el arma blanca y otras la de fuego, la cual, sea la que quiera, tendremos que aprender á respetar á pesar de nuestro gran valor.

Su primer recurso es morder, para lo cual están admirablemente organizadas sus mandíbulas, tanto que se podrían comparar muy bien con las dos hojas de unas tijeras con dientes encorvados: asustan al abrirse y atormentan con crueldad sin igual al cerrarse. Para ver el ejercicio de estas dos pinzas crueles al aire, sin peligro alguno, basta coger en la mano una langosta verde, y todavía se verá mejor en el ca-

pricornio, porque las lleva delante á manera de las pinzas antiguas, usadas para romper el azúcar candi. Notad de paso, que si después de haber examinado bien este precioso insecto, oléis los dedos y las manos, percibiréis en ellas el suave y agradable perfume de rosa que os ha dejado ese animal.

À veces sólo sirven estas pinzas para cortar ó deshacer yerbas; pero otras son tan agudas que hieren la piel de un niño y hasta de un hombre. La hormiga roja os picará en cuanto la irritéis, y os causará tal escozor que quizás os obligue á quejaros; pues ha sido la causa que á ejemplo de las serpientes ha dejado pasar este animal tan pequeño una gotita del veneno activo que posee... La pisaréis irritados á esta hormiga como en venganza, pero aun después de muerta continuará ejercitando su poder contra vosotros, pues á veces se necesitan varias horas para que se calme el dolor.

Parecidas armas tiene el famoso cochorro, tan divertido como pacífico en sus conocidos arbolados, pero sólo las emplea en triturar sus hojas, porque contra sus enemigos le sirven de poca defensa. Uno de estos enemigos, y terrible, es el cárabo dorado. Bien conocido es este coleóptero cruel, que, como sabéis, va recorriendo campos y caminos con mucha soltura

y libertad, y haciendo reflejarse el sol sobre sus alas de verde esmeralda con aguas de oro, capa riquísima, en la cual resaltan sus patas grandes, de rojo oscuro, y el negro de su cabeza. Por otra parte, lo que el cochorro tiene de pesado, el cárabo lo tiene de esbelto; con razón se le ha dado el nombre de *jardinera*.

Ahora, discurrid un momento.

Nuestro valiente cochorro, cansado ya de sus paseos crepusculares de la tarde, se ha quedado dormido muy tranquilamente con el vientre hacia arriba y fijas las seis patas á una hoja, que le abrigue y defienda ya de la lluvia, ya del sol, ya también de la vista de algún pájaro. Pero, una ráfaga de viento mueve el árbol, sacude con fuerza la hoja y... ¡quizás en lo mejor de un sueño de ilusiones!... se cae el pobre cochorro como una piedra al suelo, haciendo un ruido particular, sordo y seco.

El hombre más listo parece como tonto al despertar bruscamente de un sueño; pero el cochorro lo es por demás, porque se queda en el acto sin siquiera abrir los ojos: á la larga empieza por extender una pata, luego dos, después tres, más tarde todas, hasta que con una torpeza y calma singular acierta á ponerse de pie...; de repente ve cómo viene á todo correr, con los ojos saltones y abiertas las mandíbulas, su terri-

ble enemigo el cárabo, y esta vista le despierta con una sacudida más violenta y seca que el golpe de la caída anterior... huye, porque el miedo le aumenta las fuerzas... ¡Ah, si el pobre pudiese volar! Pero ¿cuánto tiempo no necesita para coger vuelo? Ya es tarde, y llega el cárabo, el cual, metiéndole por debajo del cuerpo su formidable cabeza, le clava por el costado sus dos ganchos acerados.

Huye aún el cochorro, pero sin soltarle el cárabo, antes clavándose éste en el suelo, muerde y desgarras las entrañas del pobre fugitivo que cuanto más huye, más se deshace. Vencida por la debilidad y el dolor, no tarda la pobre víctima en dar media vuelta y morir... mientras que el cárabo va continuando con fría crueldad su horrible banquete.

Otra arma, más terrible aún, protege y defiende á los insectos en sus luchas, el aguijón. Bien conocéis las abejas y las avispas, y guardaos el Señor de experimentar los efectos de su ira de ellas; mas quizás no conocáis con cuán grande providencia se ha dignado Dios armar á estos insectos.

¡Fijaos en el aguijón de la abeja! Fuerte como el acero mejor templado de nuestras fábricas, es además agudo sobre toda ponderación, capaz de dejar atrás la destreza del hombre, tanto que

en su comparación la punta más aguda de la mejor aguja es como roma. Y no basta esto; porque luego, junto á la punta, tiene atroces dientes como de sierra, y casi se podría decir que es una de las flechas usadas por los salvajes para hacer pedazos lo que atraviesan.

Esta arma tan fina va guardada en su estuche, de materia córnea; y cuando llega la ocasión de usarla, se abre por todo lo largo este estuche merced á un sistema perfecto de músculos, sale entonces el aguijón, y tan pronto como el relámpago se infiltra por él á la herida un chorro venenoso, poco á poco destilado por dos glándulas, y gota á gota reunido en un depósito que comprime á voluntad el insecto.

¡Mas no por esto es invencible la abeja!

Ved á ese himenóptero, mucho más pequeño que ella, pero también mucho más agil y mejor acorazado, tiene por nombre *filanto apívoro*: vedle cómo anda rondando alrededor de la activa colmena, se cierne sobre ella para escoger una víctima, de repente la acomete, y sin darle tiempo para darse cuenta del peligro, le clava en el cuello su aguijón y cae la pobre abeja dando cien vueltas. La sigue el enemigo, la sujeta con dos patas y se la lleva... ¿Para qué?... ¿para comérsela? No por cierto. Este bueno de filanto se alimenta del polen de las flores, como

la abeja, pero sus hijuelos, en su primer estado, se alimentan de la carne de las abejas, y precisamente para ellos se la lleva con un cuidado sumo. Porque cada uno se halla dentro de un agujero hecho en la tierra, y al llegar con la abeja muerta á la entrada de la cueva el filanto, se pega á ella y la retira un poquito... porque es demasiado abultada y el corredor del palacio demasiado estrecho. Pero en este mundo de insectos no se detiene nadie por tan pequeñas dificultades. ¿Qué hace el apívoro? Sale del agujero y da una vuelta á la abeja, le corta las patas y las alas y luego la arrastra fácilmente hasta el fondo de la casa adonde está esperándole con la boca abierta un apivorín.

Y todavía no os da esto idea completa del talento de este animal. Porque sin duda se figura que estará más cargada de la miel de las flores la abeja recién llegada de su excursión que la recién salida de la colmena por haberse ésta descargado del nectar; y así es que nunca le veréis arrojarse sobre las que salen sino sobre las que entran.

En manos de una oruga temible, la *procesionaria*, se ve otra defensa más terrible aún. Porque es una flecha envenenada cada uno de los innumerables pelos con que el cielo la ha erizado. Debe su nombre de *procesionaria* esta oru-

ga á la singular manera de organizar sus viajes; nunca está sola sino en familia, pero qué familia, ¡Dios mío!... un nido, solamente uno puede tener 600 hermanas gemelas, las cuales, pasado ya el sol al comenzar el fresco de la tarde, salen de una bolsita sedosa, que es su morada, al frente de una de ellas que las va guiando y á la cual siguen primeramente una, luego de dos en dos hasta las últimas que ya van un poco desordenadas y se forman en grupos de cuatro ó de cinco. Suben á las encinas para comerse las hojas y tallos tiernos, y dejar en pos de sí la devastación. Después de haber hecho este destrozo, se vuelven en procesión solemne y silenciosa al sitio primitivo por el mismo orden que trajeron.

¡Y desgraciado el imprudente que se atreva á tocar á este palacio aéreo!... porque de él saldrá en seguida una nube de aguijones que abrazan como ortigas y hieren las manos, ojos, cuello y labios del atrevido, de tan cruel manera que todas las heridas se inflaman, la cara y el cuello asustan, y hasta á veces se levanta una calentura que por dos ó tres días molesta al enfermo.

Ocurre en esto también que sin pensar ni querer se sienta un hombre ó un muchacho cualquiera á la sombra de la encina, y de pron-

to se le pone en el cuello ó en la cara una de estas desgraciadas orugas, ó caída del nido, ó desprendida de las ramas, y entonces la cruel se venga del pobre inocente y le acribilla con sus heridas.

Mas también estos insectos tienen su enemigo natural, y es el *calosoma sicofante*. Le encontraréis en los bosques, en el mes de Junio, de seis á siete de la tarde á lo largo de los troncos de encina, y sus caracteres son: cabeza negra, dos poderosas mandíbulas, coselete azul en forma de corazón, alas doradas y pulimentadas que resaltan sobre el violado oscuro del vientre. Entra en el nido de las *procesionarias*, mata, destroza y hace una horrible carnicería, hasta que sacia su hambre rabiosa, y acaba por poner sus huevecillos dentro del mismo nido. Parecido á esto, los romanos entregaban á las depredaciones de los cónsules las provincias conquistadas y saqueadas primero por ellos mismos. De este nido saldrán gruesas larvas que ni se contentarán con cinco ó seis orugas diarias, ni podrán ser por éstas destruídas.

¿Habré dicho bien al anunciaros más arriba que entre los medios de defensa los insectos tienen también armas de fuego? Es menester entendernos. De seguro que nadie habrá pensado en que yo quería pintaros á un insignificante

coleóptero manejando una carabina ó un revólver. Pero ¿cómo llamar la defensa que vais á ver, por cierto, poco apetecible para compañera? Casi todos los cárabos la poseen más ó menos, pero en grado eminente una de sus familias más importantes, los braquinos. Por lo general viven en colonias bastante numerosas debajo de las piedras; levantad la cúpula de uno de estos palacios y oiréis al punto una especie de detonaciones bruscas y secas, y es sin duda que esos señores sueltan sus tiros antes de huir. Mas no por eso empecéis á palpar vuestros miembros; es inútil, no estáis heridos, no, pero sí envueltos como por una nube, por un olor fétido sin comparación. Y están tan prácticos estos militares en el ejercicio, que basta que uno solo dispare, para que inmediatamente lo hagan los demás aun cuando no sepan por dónde viene el peligro.

De muy mal gusto y muy mala compañía es, lo he dicho y lo repito, pero al animal le vale mucho, porque la misma repugnancia que ella inspira por naturaleza, le salva de muerte segura.

No hay cosa tan interesante como ver á un braquino perseguido por un enemigo fuerte... huye, pero le viene estrechando cada vez más su enemigo y cuando está á punto de ser cogido lanza su arma, y entonces se detiene el per-

seguidor, echa hacia atrás las antenas, levanta la cabeza y la vuelve á un lado y á otro con enfado y horror manifiesto... y mientras tanto, ganado ya terreno por el braquino, parece reirse á solas de la burla felizmente acabada.

Otro recurso análogo tiene además el pobre animal; cogedle en la mano y hostigadle un poquito y os echará en seguida dos ó tres gotitas de un líquido amarillo limón que dejarán en vuestra piel señalados otros tantos focos de suciedad y de olor acre y fétido, capaz de dar náuseas al hombre más fuerte de estómago.

¿Habéis visto alguna vez la nata tranquila de algunas aguas estancadas, y cómo en medio del nenúfar blanco se destacan ciertas perlas negras que bajo los ardores del sol van describiendo infinidad de círculos rápidos y entrelazados? Pues estas perlas son insectos, girinos nadadores, en número de ciento y mil, que van y vienen, se chocan y se cruzan sin cesar; á veces se les ve parar, pero casi se podría decir que es para contarse al oído algún secreto, pues es sólo por un instante, como el relámpago, para continuar sus rápidas evoluciones. ¡Imagen perfecta de placeres sin cuidados, de alegrías locas, de risas y negligencias propias de un corazón, suelto, ligero é inocente! ¡Felices girinos, tan alegres con sus adornos de luto!

Pues bien; observadlos con el microscopio, y fijaos en la cabeza de estos girinos rápidos; en ella tienen los ojos por series dos arriba, á derecha é izquierda, y otros dos abajo en la misma situación. Con los primeros registran todo el horizonte del aire y con los segundos todo el fondo del estanque. ¡Oh, Dios debe amar mucho, sí, á estos animalitos cuando tanto los cuida! Si cae sobre ellos un pájaro... se hunden; si un pez los persigue, se echan á volar, y si un hombre consigue cogerlos á fuerza de paciencia y habilidad, se vengan como las coccinelas ó mariquitas.

Este sistema tan poco limpio está muy extendido y sería cosa larga dar la lista de los insectos que le utilizan. Por eso no voy á citaros más que uno, la *crisomela* del álamo. Es coleóptero muy pequeño, de color verde bronceado y alas rojas; su larva es amarilla con dos filas de manchas negras. Destruye el álamo comiéndose las hojas, pero como no puede con los nervios, los va cortando poco á poco formando elegantes calados. Sobre el lomo tiene esta larva dos filas también de pezoncitos que en forma de rosario van desde la cabeza hasta la cola, y en cuanto se la toca, sale de cada uno de ellos una gotita de un líquido lechoso de olor fuerte ú ácido prúsico. Con

esto no pretende hacer ninguna demostración bélica, sino sencillamente una buena y rara defensa con la cual no hay que divertirse. ¡Ya se guardará muy bien cualquier pajarito de acercarse á ella! Mas pasado el peligro, cada pezoncito chupa de nuevo la gota de veneno y se la reserva para otra explosión.

Tanto como nosotros, y quizás mejor que nosotros, sabe el insecto que por débil que sea el esfuerzo de uno llega á ser invencible cuando se une con los esfuerzos de muchos para una acción común. Así lo hacen las hormigas al salir á campaña, pues cada una, cada ciudadano de esta república es un soldado, y lucha con valentía. Así lo hacen las abejas, así las avispas, así los zánganos, abejorros y mil otros insectos... Ah, Señores; despreciamos estos animales pequeños de la naturaleza; ¡pero andemos con cuidado, porque quizás nos obligarán á contar con ellos!

Cuando se establecieron en la Guyana los franceses, encontró un destacamento de tropas un hormiguero de térmitas en un camino, y necesitaba destruir esta verdadera fortaleza para poder seguir adelante; al efecto el jefe mandó

cavar en su rededor una fosa profunda, después de haberla llenado de madera seca y pegado fuego, destruyó á cañonazos todo aquel sitio.

¡Qué irrisión! ¡El rey de la naturaleza disparando cañonazos contra insectos! . .

¿Pero es menester ir tan lejos? En verdad que no. Leed la *Historia de la Campaña de 1866*, por el general Moltke, y en la jornada de Sadowa, cerca del pueblo de Nedelitz veréis cómo á los fuegos cruzados de dos baterías austriacas, contestaban protegidos por una casa de labor dos batallones de la brigada de Hanenfeld; y como llegase á estallar un obús en medio, en medio de la colmena de la quinta, las abejas, hasta entonces neutrales entre los beligerantes y con esto repentinamente encolerizadas, salieron con furia, se arrojaron sobre los batallones é hicieron tal destrozo, que mejor que los cañones del imperio ellas derrotaron á los prusianos. ¿Quién no se acordará aquí de Virgilio? Ved cómo describe en su armoniosa lengua los temibles combates de estos animalillos:

..... *Vox*

Auditur fractos sonitus imitata tubarum:

Tum trepidæ inter se coeunt, pennisque coruscant

Spiculaque exacuunt vostris aptanque lacertos

.....

Erumpunt portis: concurritur, aethere in alto

Fit sonitus

Praecipitesque cadunt

.....
*Illis ira modum supra est, laesaque venenum
Morsibus inspirant, et spicula caeca relinquunt
Affixae venis, animasque in vulnere ponunt (1).*

Pero podemos remontarnos más allá de Virgilio: ved cómo hacía cantar Aristóteles á las avispas:

«Cuando llegó el bárbaro ahogando en humo la ciudad y quemando los campos... nosotras fuimos las que servimos á Atenas... corrimos con la lanza á combatirle, hinchado de ira el corazón y juntas en apretado haz. Huían heridos con nuestros dardos en la cara, en la frente... de tal manera que siempre, en todas partes, y aun hoy no hay para los bárbaros gente más guerrera que las avispas de Atica» (2).

Aquí todo el mundo es soldado y todo el mundo lucha. Pero entre ciertas especies de insectos de mayor civilización, por ejemplo, los térmitas, de que poco ha os hablaba, se man-

(1) L. IV, Georg. 70... 236. «Se oye una voz que imita los quebrantados sonidos de las trompetas. Entonces se agrupan en tumulto, despliegan sus brillantes alas, afilan sus agujijones y aprestan los brazos á la lid... salen en tropel de sus colmenas: trábese la lid, zumba el alto éter... y muchas ruedan precipitadas... Son en extremo iracundas, hostigadas vierten veneno al picar, y dejando hincado en las venas el oculto agujijón, con la herida que hacen, pierden la vida».

(2) Aristof. Vesp. p. 146.

tienen verdaderos ejércitos territoriales á costa de un buen presupuesto.

Un hormiguero de estos térmitas consta de machos, hembras, obreras neutras y soldados; tienen éstos, como distintivo de su empleo, cabeza enorme, cúbica, poderosamente acorazada y armada de dos grandes mandíbulas agudas y cortantes.

En el siglo IV de nuestra era oímos á San Agustín hablarnos con lágrimas de los destrozos causados en el Norte de África por la invasión de un ejército de langostas. No dejaron ni un solo tallo de yerba, y arrojadas al mar por una tempestad, fueron todas á morir á él; mas echados á la orilla sus cadáveres, inficionaron la atmósfera con una peste en que perecieron los hombres á millares.

Carlos XII, después de la derrota de Pultawa, vió á su ejército bloqueado en Besarabia por otro de langostas (1).

(1) ¿Por qué no citar aquí el hecho de las célebres «moscas de San Narciso?» Felipe, Rey de Francia, y Carlos, Rey de Sicilia, haciendo la guerra al Rey de Aragón D. Pedro, tomaron la ciudad de Gerona. Mas habiendo los sitiadores robado el sepulcro de San Narciso que en dicha ciudad está, salieron del mismo sepulcro innumerables enjambres de moscas y tábanos de extraordinaria figura, color y tamaño, que embistieron con la gente y caballos del ejército y los emponzoñaron de manera que murieron de pestilencia más de 40.000 franceses y más de 24.000 caballos y

¿Y quién no se acuerda del año 1866? En el mes de Abril salió de las gargantas y valles del Sur y vino á caer sobre la Mitidja y Sahel de Argel un ejército formidable de langostas. ¿Habéis oído silbar el viento y bramar el mar en tiempo de tormenta? Pues tal es el ruido que al acercarse producían estas legiones invasoras. Las colzas, avenas, trigos, cebadas, legumbres, todo quedó devorado en pocos días, y el conquistador pasó adelante, pero dejando en el suelo, en señal de temible amenaza, huevos á millones. En los últimos días de Junio salieron de estos huevos las crías, y como estaban hambrientas á causa del destrozo precedente, llenaron las fuentes, canales y arroyos: el ejército en turnos de millares de hombres juntó sus esfuerzos á los de los colonos é indígenas para enterrar los montones de cadáveres; las provincias de Orán y Constantina estaban al mismo tiempo invadidas; el suelo estaba materialmente

algunos añaden mayor numero; y á los pocos días el mismo Rey de Francia murió en Perpiñán y quedaron en proverbio «las moscas de San Narciso», como lo notó el Cardenal Baronio en las anotaciones que hizo al martirologio Romano á los 18 de Marzo. «Por este ejemplo se ve — como lo advierte nuestro P. Rivadeneira — que Dios es el sumo Emperador y Monarca del universo y que todas las criaturas son sus soldados y que muchas veces se sirve de los más viles para manifestar más su poder y afligir por su medio á los hombres con las tribulaciones que Él les envía».

cubierto de estos insectos; los tabacos, las viñas, las higueras, los algodoneros y los olivos, á pesar de su sabor amargo, desaparecieron ante el diente insaciable de semejante plaga. Desde Mascara á Mostaganem, en una extensión de veinte leguas, todo estaba lleno de langostas; se las encontró en las provincias de Constantina, desde el Sahara hasta el mar, y desde Bougie hasta la Calle, devastando los alrededores de Batna, Setif, Constantina, Guelma, Bona y Philippeville (1).

¡Ah, Señores! Somos grandes, sí, somos fuertes, tenemos ejércitos y flotas formidables, pero nos cruzamos de brazos, como impotentes, ante el oidium y la filoxera que nos consume; y ya no me admiro yo de que Dios, burlándose de nuestro orgullo y queriendo castigar nuestra raza culpable, envíe á veces, no ángeles, no sus rayos, sino mosquitos.

«Anda, dice Dios á su profeta, y di á Faraón

(1) En esta ocasión es cuando el *Moniteur Officiel* del imperio escribió lo que verá el lector: «Densas columnas de saltamontes... después de haber devorado por el pie las cosechas y hasta las hojas de los árboles, han dado origen á innumerables legiones de langostas que atacan hoy todo lo que la primera invasión había dejado». (1.º de Julio de 1866.)

¡Prodigio de ciencia! Es como si dijera: «Inmensos rebaños de bueyes han dado origen á innumerables legiones de asnos».

que si no pone libres á los hijos de Israel, le enviaré las moscas» (1). Y Faraón, como hombre valiente, sin duda, se riyó de la amenaza tan extraña... «¡de las moscas!» pero pocos días después se oía por todo el Egipto el eco de un llanto inmenso; y Faraón, juntamente con el pueblo, pedía arrodillado y con lágrimas misericordia al Señor.

Aquí me detengo, porque no me permite el tiempo recorrer hoy con vosotros todas las escenas de la vida de los insectos, de las cuales quisiera yo teneros por testigos y daros pruebas convincentes. Pero si hoy no, dentro de poco podré volver á hablaros.

Para entonces, pues, os cito. Y en esta segunda tertulia os enseñaré cómo ataca á su vez el insecto después de haberse defendido, qué armas, qué planes y cuáles astucias emplea. Os le enseñaré cuando está haciendo sus nidos, más admirables aún que los de las aves, y cuando está criando á sus hijuelos á manera de la más tierna de las madres; es decir, que entonces estudiaremos su corazón, no ya sólo su fuerza, y también, como espero, aprenderéis á amarle.

(1) Exod. VIII.

NUESTROS INSECTOS

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTROS INSECTOS

CONFERENCIA FAMILIAR

SEGUNDA PARTE



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES, AMIGOS:

PERMITIDME, ante todo, daros de lo más íntimo de mi corazón las gracias, por haber asistido en tan gran número á la reunión á que os invité hace algunas semanas. Vuestra presencia, la atención que me prestáis, la indulgencia con que me juzgáis y la simpatía que me manifestáis mientras os estoy hablando, son para mí, no os lo ocultaré, un aliciente y un premio cuyo valor y encanto reconozco.

Ya os he dicho cómo el insecto tiene algunos derechos respecto de nosotros, y cómo en muchas cosas nos lleva ventaja por su fuerza y nos da lecciones de habilidad.

Os he enseñado su admirable organización, la perfección de sus sentidos y la historia sin semejante de sus metamorfosis. Por último, entrando á estudiar su instinto, os le he presentado preocupado con la aspiración natural y legítima de no ser devorado, defendiéndose por medio de todas sus armas con valor, intrepidez, habilidad y astucia; con todos los recursos, en fin, que ponen en juego generalmente los hombres contra las pretensiones intemperantes de algún enemigo más fuerte que les disputa su sustento.

Por eso la preocupación ulterior del insecto es también muy natural y muy legítima, porque para vivir no le basta no ser comido por otro; necesita además comer. Cómo, pues, se las arregla para proveer la mesa, es lo que ahora quisiera deciros.

La mariposa no tiene ningún trabajo para ello, porque la flor, lejos de huir, le abre de par en par su cáliz; en cuanto posa sobre el satín de sus pétalos sus patitas trémulas la mariposa, inclínase la flor, extiende entonces aquélla sus alas, contéplala un instante y ya parece como embriagada de suave aroma: luego, desarrollando su trompa, la desliza suavemente en el perfumado seno que la sostiene.

También la abeja es inofensiva, y, sin embargo, figúraseme que las flores la reciben con menos cariño. Ya se ve; ¡son tan toscotas estas abejas! podríamos decir que hay de ellas á la mariposa, la misma distancia que de un chucuelo sucio de la calle á un delicado ángel de Murillo. ¿Habéis imaginado alguna vez cómo es la boca de la abeja? Es de suma perfección. El labio inferior se prolonga para formar un chupador vellosos que ha de aspirar la miel, y lleva en la base dos lengüetas pequeñitas, vellosas también, que á su vez están rodeadas de palpos delicados. Finalmente tienen á manera de maxilas dos laminas planas, destinadas á limpiar la cera y á amasarla en pelotitas pequeñas y redondas. Pero, por desgracia, son raros los instrumentos inofensivos como éstos, y hemos de pasar á hablar de armas más crueles. Antes os hablé de las mandíbulas como armas de defensa, y ahora añado que sirven también para el ataque.

La mayor parte de los insectos están armados de mandíbulas, y son sin duda los más inocentes aquellos que las utilizan para cortar ó masticar las flores y las frutas, como los hermosos melocotones ó ricos albérchigos que destruyen con su mandíbula las avispas, los zánganos y las tijeretas. Pero este mismo instrumento

que rasga carnes tiernas é insensibles, penetra también en las vivas con voracidad brutal.

En un *aquarium* improvisado tenía yo reunido, en cierta ocasión, un verdadero pequeño mundo de insectos acuáticos, tritones, salamandras, larvas de rana, girinos y otros muchos. Por casualidad vino á caer en medio de ellos una larva gorda de ditisco, que es un gusano horrible de color gris, igual por todo lo largo, con tres pares de patas, cabeza grande, negra, y dos ganchos agudos... Todo el día estuvo este animal andando por las aguas del *aquarium* con la boca abierta...; todos huían de él, sólo alguna que otra salamandra, joven y juguetona, distraída sin duda con alguna fantasía propia de la infancia, se olvidaba de su terrible enemigo; y entonces caía de repente el ditisco sobre ella, y estrujándola por medio del cuerpo con los dos ganchos, la ponía en afrentosa tortura. La pobre salamandra luchaba y se retorció como desesperada, pero el ditisco no la soltaba, antes la apretaba, la apretaba cada vez más con sus tijeras crueles, hasta que cortada finalmente en dos pedazos como por el hacha de un verdugo, caía al fondo del *aquarium* la pobre víctima entre convulsiones desgarradoras. Precipitábase en pos de ella su enemigo, y cogiendo uno de los pedazos, sanguinolento aún, se reti-

raba á un sitio en que pudiese al abrigo de alguna hoja consumir su salvaje festín.

En este mismo *aquarium* he visto también á las friganas, de que ya os he hablado antes, ser chupadas por nepas gordas al amparo de su estuche de yerbas, cortezas ó arena. Es la nepa un animal sucio, que yo os podría comparar muy bien con el puerco de nuestras pocilgas; porque arrastrado siempre por entre el cieno su cuerpo, ceniciento y cubierto de lodo, se diría que tiene gusto especial en verse de esta manera manchado. Se pone en acecho para coger la presa, posándose sobre las cuatro patas traseras y levantando á medias las delanteras en actitud de agarrar. Entre éstas apoya la cabeza: tiene adelante un espolón á semejanza del de un navío de guerra y atrás dos ocelos, redondos y grises, que respiran rapiña y sangre.

Que acierte ahora á pasar por delante alguna frigana, y veréis cómo la nepa cierra hacia sí los brazos, la levanta, como una nodriza á un niño en mantillas, para buscar en la coraza de la pobre y desventurada víctima el punto débil por donde herir: penetra, por fin, el aguijón y se le introduce hasta la raíz, y entonces, apretando contra su propia boca el cuerpo de la frigana, se sacia de sangre con voracidad brutal. ¡No se puede ver de horrible!

Estas nepas tan repugnantes tienen, no obstante, un huevecillo muy curioso. Es á manera de una marmita, cerrada con una tapadera pequeña y provista de siete ganchos que la tienen sujeta en el fondo del río como las anclas al barco, y cuando llega el momento de abrirse, cae la tapadera y sale de su estuche la larva.

El cínife hace lo mismo que la nepa, pero con una presa más noble. ¡Oh qué animal más cruel! ¡qué trompeteo! ¡qué picadura! ¡Miradle qué bien armado! Tres estiletos agudos, ocultos dentro de una vaina vellosa en dirección de la frente, entre dos pares de penachos, y adornados como los marabús de un avestruz; seguidle á este bandido en sus expediciones nocturnas. Ya se posa sobre un brazo ó sobre una mano inofensiva... toca y examina el sitio más blando primero, luego apoya su aparato ofensivo, van poco á poco introduciéndose los agujijones á la vez que se repliega y encorva la vaina, hasta que á fuerza de apretar los introduce hasta la misma raíz. Pegada ya su frente á la mano ó brazo cuya sangre chupa, queda ya harto de ella y se puede ver fácilmente á éste poco hace hambriento y de vientre más transparente que el cristal irse hinchando lentamente y colorearse del rojo oscuro de la sangre. ¡Y el ingrato!... cuando ya no puede más, cuando, saciado ya,

se ve en la necesidad de sacar su espada triple y envainarla, con crueldad de refinada malicia deposita en la herida su saliva venenosa.

Generalmente se cree que aspira el cínife la sangre á manera del niño que chupa una naranja. Y no es así. Porque lo hace imprimiendo á sus diminutos puñales de forma de agujón un movimiento de vaivén en la herida, parecido al de los émbolos de un cuerpo de bomba.

La víctima, al despertar, experimenta una de esas molestias persistentes ante las cuales, aun los más sufridos, acaban por declararse vencidos y ceder; á esta molestia ó desazón hay que sucumbir, y por vergonzoso que sea, aun para dicho, hay que rascarse hasta sacar sangre. Y todavía habrá que dar las gracias á este condenado mosquito si no ha desfigurado para unas cuantas horas el rostro de alguna persona que no se resigna sin gran pena á esas interrupciones de la efímera belleza.

Otro insecto, todavía más odioso, la chinche, tiene como el anterior tres estiletes agudos de dientes muy finos que hunde en las carnes y dejan saliva venenosa. Pero es demasiado malo este compañero para deternos con él.

Además de todas estas armas que suplen los dientes del león y del tigre, todavía tienen muchos insectos otras secundarias que sustituyen

perfectamente á las garras aceradas de tan terribles cuadrúpedos.

Tienen casi todos en el último artejo de las patas, ganchos agudos con que sostener la presa. Las arañas los tienen admirablemente cortados en forma de peine. La migala grande tiene además de las ocho patas de costumbre, otras dos pequeñitas, á los lados de la cabeza, y armadas con grandes ganchos replegados: entra en los nidos de pájaros pequeños, coge un pajarillo, se le lleva y le devora sin que se atrevan á pesar de su pena y de sus angustiosos píos los padres á acercarse para salvar á la víctima.

No creo tener necesidad de describiros ese neuróptero elegante, de alas transparentes y nervosas, como el calado más fino, de cuerpo estrecho y largo, de color azul metálico ó verde dorado y cambiante con los rayos del sol. Vuela durante el estío caprichosamente y á saltos, á lo largo de los charcos y arroyos: por su gracia y hermosura llámanle *la señorita*, aunque los sabios la conozcan con nombre más científico, el de libélula. ¡Y por cierto que son muy engañosas estas *señoritas!*... ¡Nos las figuramos nosotros tiernas de corazón y son feroces, ocupadas en sueños etéreos y sólo tienen un cuidado, comer y beber, de costumbres pastoriles

y son unos bandidos ó ladrones de caverna! Así que, cuando las veáis volar de un lado y de otro, de aquí para allí, con vuelo bajo, señal es de estar en acecho de alguna presa, que generalmente suelen ser moscas y mariposas por más que nada se resista á sus mandíbulas. Mas parece no serles bastantes estas armas, pues llevan además en el último anillo del cuerpo dos pinzas grandes, con las cuales, después de haber hecho alguna víctima y de encorvarse sobre sí mismas, la aprietan por el cuello y se la llevan lejos á manera de cautivo atado al carro de guerra.

En su primer estado viven en las aguas estas *señoritas* y andan muy despacio y con dificultad. Y ¿cómo cogerán entonces la presa? Pues para esto les ha dado el cielo una especie de brazo, sujeto á la barba y terminado en tenaza de cabrajo ó de cangrejo, el cual brazo pueden plegar al vientre y extender á voluntad: así, cuando llega á pasar por ellas un insecto, se extiende el brazo á manera de resorte y le coge inmediatamente.

Os he dicho que andan muy despacio, pero ya saben ocurrir á este inconveniente. Oíd. Recuerdo de un barco elegante, de servicio del Meuse entre Liège y Seraing, sin ruedas ni hélice, y sin embargo de buen andar, porque unas

bombas de mucha potencia, aspirando el agua por delante del barco y arrojándola por detrás, eran bastantes para darle la velocidad correspondiente. Me atrevo á apostar del ingeniero que le inventó—y de seguro le premiaron—que cogió la idea de las larvas de las libélulas. Porque lo cierto es que ellas aspiran por detrás cierta cantidad de agua y la tienen en reserva para cuando se las persiga, pues entonces la lanzan con fuerza y con esta expulsión violenta se empujan hacia adelante como una flecha veloz.

Con tales armas dispuestos los insectos usan varios modos de esperar á sus víctimas. Unos salen resueltamente á campaña, y confiados en su valor se ganan la vida con la punta de su espada, como el león en los desiertos del África ó el tigre en las selvas de la India: otros, á ejemplo de la hiena, se van á los sepulcros á caza de muertos, sí, de muertos, porque entre los insectos hay hienas también y su nombre claramente da á entender qué oficio ejercen. Llámense necróforos ó enterradores.

Á orillas de una tierra de barbecho, cayó rendido por los años y miseria un pobre turón, especie de ratón grande, y no había allí ni uno

de sus muchos hijos que pudiese enterrar su cadáver; murió en la soledad y en la soledad quedó abandonado. Mas no se había enfriado aún el cuerpo bajo el terciopelo de su piel, ni se habían puesto rígidas aún las patas crispadas y vueltas hacia arriba, cuando acudió á él una legión entera de necróforos. ¿Quién no los conoce? ¿Quién no ha visto á estos caritativos sepultureros? Su cuerpo es negro con pelos amarillos á los costados, y las alas cortadas en dos bandas endentadas, de rojo de fuego. Cercan el cadáver, repártense el trabajo de la faena, cavan el suelo por debajo del cadáver con sus patas, le van bajando casi insensiblemente y luego le cubren con todo cuidado. ¿Y después? ¿Se le comerán? Ah, no. Á esta edad no se alimenta ya el necróforo con carnes muertas; pero sí la larva. Y por esto en cuanto muere el turón, acuden las hembras de los necróforos á poner sobre él sus huevecillos, y seguras ya del porvenir de sus hijuelos se retiran alegres sin dudar de que sirviendo y atendiendo así á su familia, sirven también al hombre preservándole de la infección de estos cadáveres.

Quando á un insecto le falta fuerza ó disposición para perseguir á su presa, recurre á la astucia y consigue maravillosamente su objeto, con lo cual nos da lección, ¡y eso que en materia

de rapacerías hipócritas estamos nosotros muy adelantados!

Mas no hay cosa tan astuta, tan despierta y tan decidida como la cicindela. Este insecto es el movimiento sin reposo, la actividad sin descanso. Su cuerpo es de hermoso verde mar, cabeza, coselete y borde de las alas, de tintas cobrizas que al sol se cambian en motas de fuego; á la cicindela campestre, que es la más común en nuestros países, nos la dan á conocer cinco puntos blancos en las alas, parecidos á cinco perlas esmaltadas en verde. En los tiempos de calor, la encontraréis por la arena en pleno día, y en los de frío por entre la yerba y el musgo. Cuando se la coge en la mano despide un olor fuerte de rosa ó de jacinto. Lineo la llama «el tigre de los insectos», y en verdad que su ferocidad es suma; y siendo, por otra parte, sus mandíbulas muy poderosas, su coraza espesa y su agilidad sin igual, es un animal de combate y de presa.

La larva de este insecto es carnicera también, pero el cuerpo largo y con tres pares de patas solamente, hace que sea de una pesadez desesperante su paso. ¿Cómo se las arregla esta larva desgraciada? Pues hace en el suelo un hoyo largo y perpendicular, y luego se establece dentro de él como un deshollinador dentro de la

chimenea: en el quinto anillo del vientre, que es el más desarrollado de todos, lleva dos ganchos grandes para atarse con ellos al borde de la chimenea. Allí la tenéis bien contenta, encogida en forma de S, y cerrando con la cabeza, gorda y ancha, la boca del agujero como si fuera un pozo cerrado con su piedra. En esta disposición espera la astuta larva á que la toque en la cabeza algún insecto. Claro está que tendría que esperar mucho tiempo, si hubiese hecho á la aventura el agujero. Cualquier hombre podrá obrar así; pero un insecto no. ¡Entre los insectos no se acostumbra tanta falta de previsión!... Porque antes de cavar el agujero, ha hecho el animal un reconocimiento del terreno y ha escogido para ello un sendero de hormigas—porque las hormigas tienen senderos—y debajo de él ha abierto su pozo.

Pues fijad ahora vuestra atención... Ved cómo llegan ya las hormigas al agujero: se adelanta la primera y pasa sin miedo, pero en cuanto se posa sobre la cabeza de la larva, cae ésta repentinamente al fondo del agujero, le falta tierra á la hormiga, rueda al abismo y viene á parar á las garras de la astuta cazadora. Acabado este primer plato, vuelve á subir la cicindela y á ponerse otra vez en acecho.

Poco más ó menos que la cicindela, hace la

larva de la hormiga león, sólo que no es cilíndrica sino cónica, ni está en tierra sino en arena la cueva que se fabrica para esconderse: la hormiga león se cubre toda de arena y sólo deja fuera las mandíbulas, y ha calculado tan perfectamente la pendiente de este pequeño cráter, que cualquier insecto que se acerque al borde de él se derrumbará y rodará hasta su fondo. Si entonces no están tan preparadas como es necesario las mandíbulas, se levanta en seguida, la acomete con increíble rigor con granos de arena, la apedrea, la aturde, la entierra en vida y se la come... Pero si la hormiga león conservase en su casa los restos del banquete, ¿qué sería aquel embudo? Muy pronto sería un osario y todos huirían de él. Pues bien, cuando está ya bien sacado todo el jugo de la víctima y sólo quedan en ella la piel y los huesos, se lo carga la hormiga sobre la cabeza y echa toda esta basura á una legua de su palacio.

Astucia tal, ¿qué otra cosa os parece ser sino la trampa ó cepo para el lobo, ó para el oso, ó para el tigre?... No encontraremos nunca cosa mejor que imitar en los animales, aun cuando sean pequeños; por más que en realidad de verdad no está nuestra falta en no imitarlos, sino en darles tan pocas pruebas de gratitud. ¡Ingratos de nosotros!...

Estaba una vez una asna desmochando los tallos de una cepa en una viña, y al año siguiente dió esta cepa muchos más racimos que ninguna otra. Con esto quedó descubierto el arte de podar las viñas. En testimonio de tal invención erigieron los griegos un monumento á esta asna en Nauplia, entre el templo de Céres y la fuente de Canathos. Pero después de los griegos, ¿quién se acuerda de la asna de Nauplia, aunque esté bebiendo el vino de la viña?

Tenemos nosotros mejores aparatos que las trampas para coger los animales dañinos: tenemos el cepo, aunque no me atrevere yo á afirmar que no hayamos tomado su idea del insecto llamado *manta religiosa*. ¡Qué cosa más extraña es este insecto! No sé con quién compararle. Viendo solamente el vientre y las cuatro patas traseras, podría tenersele por un saltamontes; pero sobre este furgón de cola se apoya, algo levantado hacia el cielo, un coselete con dos patas en forma de hoz y terminadas en finos agujones. Estas patas las levanta hacia el cielo el insecto con actitud tan suplicante y los ojos tan cerrados que se le podría tomar por un mendigo pidiendo limosna, ó un penitente pidiendo á Dios perdón de sus culpas y conmoviéndole con su dolor y sus lágrimas. Por tal actitud de compunción y formas

tan penitentes se le ha dado sin duda el piadoso nombre de *mantis religiosa*, mantis priè-Dieu, *prega Diou*.

Pero ¡ay que estas costumbres devotas son una máscara cruel! Que alguna inofensiva mosca, ó alguna mariposa tierna y sin hiel, ú otro animalito desconocedor de las perfidias del mundo acierte á pasar por entre los brazos tan piadosos de la hipócrita, y al momento se cerrarán; y volviéndose del cielo para plegarse contra la víctima, la traspasarán con las mil espadas de acero de que constan!... ¡Cuidado, hijos de Adán y de Eva; no arrojemos la piedra contra estos hipócritas de la familia de los insectos! Miremos en derredor nuestro. ¿No tenemos nosotros?... ¡Mas, no revolvamos nuestra miseria!...

Después del amor egoísta, único practicado por el insecto en su vida de solitario, viene otro amor mucho más noble, el amor de la familia.

Ya os he dicho en otra ocasión con cuánta gracia y alegría muestra sus habilidades el pajarito al llegar la hora de elegir y formar familia. Pues del insecto no veo por qué razón se haya de juzgar de diferente manera. Pero en esta materia no me extenderé mucho, por

varios motivos. Uno es, y no el mejor, que es muy corto el número de las observaciones hechas, aunque bastantes para saber que por medio del canto procuran agradar muchos insectos, y que otros lo hacen por sus naturales adornos.

Vamos á ver, ¿por qué pensáis vosotros que ese gusano pequeñísimo, negro y sucio, brilla en la yerba de los prados ó en el musgo de los bosques como una estrella en el firmamento? Porque quiere un compañero. Observad, y veréis muy pronto venir de lejos, con las alas extendidas y guiado por esta estrella, al privilegiado compañero de su rápida existencia. El uno andará quizás por el suelo á la rastra, mientras el otro ande recorriendo los aires; pero si al cabo de sus correrías quiere volver al hogar doméstico, lo hará atraído y guiado por el resplandor de estos brillantes. Hero, la sacerdotisa, Hero, la fiel, iba todos los días á la playa á encender en lo alto de una torre solitaria el faro que había de guiar á Leandro por las aguas péfidas del Helesponto.

¿Habéis observado las diversiones de las mariposas? De esas negras con alas blancas y pintas negras se ven á cientos en los meses de Agosto y Setiembre: son la pierides de la col. Con frecuencia se las ve ir volando de dos

en dos, perseguirse una á otra, huir, volver, subir, bajar y jugar. ¡Cualquiera diría que están luchando! pero no. Se para finalmente la una y se le acerca la otra, pero en vano, porque al aproximarse ve que, enfadada ya de tanta diversión la compañera, ha huído á todo volar. Parece todo concluído y no es sino una huída falsa, un episodio de su novela; porque en cuanto se posó sobre la flor vecina, bajó las alas en señal de... ¿reconciliación? No; porque vuelve nuevamente á levantar las alas y á comenzar con más alegría las idas y venidas de costumbre. Duran á veces estos juegos como media hora ó más, que en la vida de las mariposas es un período de consideración...

No todos los insectos son tan juguetones é inocentes, porque sabido es que los hay crueles sin ejemplo; y de ello nos ofrece buena prueba la libélula de que antes os hablaba, la cual se lleva á su pobre y poco resignada víctima apretándola por el cuello y clavándola su aguijón.

Más sanguinaria aún es la epeiris diadema, araña bonita, de gran vientre, con incrustaciones de magníficos dibujos, que se suele ver envuelta en finísima tela por nuestros jardines hacia el otoño. ¡Desgraciada la compañera que á ella se acerque dando señales de amistad y no huya inmediatamente! Porque la entontece,

le cose con la tela, le abre el corazón y se le devora por completo...

¡Pasemos, pasemos á espectáculos más agradables!

Cuando quiere Dios darnos á conocer su amor, se compara con una madre. «Venid á mí, dice; como una madre consuela y acaricia á su hijo único y tierno, así os consolaré yo y os hablaré y os llevaré sobre mi regazo y os amamentaré como madre (Is. c. 66-12 y sig). Seré más compasivo que una madre (Eccli. 4-7). ¿Puede la mujer olvidarse de su niño sin que tenga compasión del hijo de sus entrañas? Pues aun cuando vuestra madre se olvidase de vosotros, jamás me olvidaría yo» (Is. 49-15).

Y lo comprendo, sí; comprendo que Dios no haya encontrado mejor modo de darnos á entender su amor hacia nosotros que el amor de una madre. Oídla cómo llora por haber perdido con sus hijos el alma de su propia vida. «En Rama se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos; son de Raquel, que llora sus hijos sin querer consolarse, porque ya no existen» (Matth. 2-18). Había perdido Noemi los hijos en el destierro, y como la quisiesen festejar por su vuelta, exclamó: «¡Oh, no! No me lla-

méis Noemi, que significa graciosa, sino Mara, que significa amarga, á causa de haberme llenado de grande amargura el Señor. Era graciosa antes, y por eso me llamaban Noemi; y hoy me habéis de llamar Mara, la desgraciada, porque Dios me ha llevado mis hijos» (Ruth. 1-20).

Se cuenta que en las calles de Florencia cogió un león á un niño. Loca de desesperación y de angustia lanzóse entonces la madre, desmelenada y abiertos los brazos, hacia el león, y puesta de rodillas delante de la terrible fiera, gritó: «¡Hijo mío! ¡hijo mío! Dame mi hijo». Sorprendido y asustado el león con este grito de madre, le soltó y le dejó á los pies de ella. ¡Y yo lo creo sin dudar! Sí. Creo que toda criatura comprende este grito y atiende á él, porque toda criatura ha experimentado en su interior en un momento de su vida, qué amor le inspira y qué amarguras le arrancan.

No hay criatura, por pequeña que sea, á quien Dios por su bondad haya encargado el cuidado de velar por sus hijos, que no haya sentido en su corazón la ternura, el cariño, la abnegación y los sacrificios del amor materno.

Arriba he dicho cuán estrecho sea el campo en que se desarrolla el amor materno de los insectos. Sin embargo, voy á presentaros ahora unos cuantos ejemplos, todos, de insectos que

nunca verán á sus hijos. Vaya uno cualquiera, al acaso.

El cínife del roble es un insecto muy pequeño, de la familia de los himenópteros, fácil de confundirle con una hormiga con alas. Para la puesta se va á los montes, altos ó bajos, á buscar un roble; no es ningún botánico y, sin embargo, nunca se equivoca. Posado sobre una hoja, la taladra su piel con el aguijón que tiene debajo del vientre, y en medio, en medio de ella deposita un huevecillo. Inmediatamente se hincha la hoja alrededor de la picadura, como nuestra carne herida por algún mosquito trompetero, y se forma un botoncito esférico, grande como una cereza, de verde oscuro y tintas encarnadas, llamado la nuez de agalla. En medio de esta agalla está el huevecillo que al convertirse en larva se verá rodeado de un buen granero, y convertido hacia la primavera en insecto perfecto, saldrá de su nido haciendo con el aguijón una galería cilíndrica. ¡Verdaderamente, bien podía morir la madre!

Ayer mismo por la tarde (estamos en el mes de Enero) quise cortar una de estas agallas; estaba encerrado dentro de ella el insecto, ya en estado perfecto. Salido á luz muy á pesar suyo, creo yo, no se desdeñó sin embargo de dar unos cuantos paseos por la hoja de papel

en que le puse. ¡Pobre animal! estaba destinado á pasar todo el invierno en aquella celda.

Otros cínifes ponen los huevecillos en los rosales y hacen una agalla vellosa, parecida á un nido de musgo y yerba; otros en los cardos hinchando los tallos; otros en los botones ó yemas que las ponen como alcachofas, y no hay cuidado que se equivoque alguno al escoger los tallos ó las hojas.

Los viajeros que van en peregrinación á la Tierra Santa, traen de las orillas del Mar muerto cierta fruta, redonda y gorda, llamada manzanas de Sodoma, única fruta que dicen nacer en aquella tierra de maldición. La leyenda es piadosa, pero por desgracia no está sola la fruta; es la agalla, nido de un cínife, y si la abris, encontraréis dentro larvas rodeadas del polvo seco que les ha de servir de alimento.

De modo que en las flores encontraréis madres de insectos, y ahora añado que las vais á ver en los animales, y por cierto que su ojo zoológico será tan seguro como el botánico, aunque me equivoco ahora, ó por lo menos, ahora exagero, puesto que la mosca carnífera que suele poner sus huevecillos en las carnes corrompidas, se equivoca y los pone alguna vez en plantas fétidas, del mismo mal olor. (*Arum maculatum*, *Stapelia hirsuta*.) Mas en rigor de

verdad no son huevecillos los que pone esta mosca sino larvas ya vivas. Tiene la piel toda cubierta de agujijones muy delgaditos, y lleva en el último anillo abdominal dos garfios grandes con los cuales se agarra á las carnes que devora. Á veces deja estas larvas en las heridas de alguna persona enferma, ya en las orejas, ya en las narices, en cualquiera parte... De estas larvas hablan los predicadores cuando hablan de los gusanos terribles en que se han de convertir algún día nuestros cuerpos. No los llevamos dentro del cuerpo, pero sus madres lo escogen para cuna de sus hijos como hacienda que desean y á la cual tienen derecho.

Otra mosca bastante común ha de pasar la mayor parte de su vida dentro de los intestinos del caballo. ¿Y cómo pondrá los huevecillos en ellos? ¡Oh! ¡Qué ingeniosa la ha hecho el cielo! Mirad lo que hace. Los pone sobre el pecho del caballo... el cual llega á sentir no sé qué molestia ó desazón que le obliga á lamerse el pecho y con ello se traga los huevecillos de la mosca... Pronto se abren y de cada uno sale una larva, llena de ganchos con que se clavará en los intestinos de su huésped, hasta que llegada la hora se transforme en ninfa, le nazcan las alas... salga á luz el mejor día... comience á agitar las alas y después emprenda su vuelo.

La cefalemia del carnero pone sus huevos en las narices de este animal; luego se van subiendo las larvas y asegurando con sus ganchos en aquellas cavidades para roer el cerebro, y al primer alfilerazo que le dan, el pobre carnero comienza á patear y á restregarse el hocico en la yerba para librarse de aquel tormento, pero es inútil su esfuerzo porque de eso morirá.

Lineo vió seguir un día entero una mosca á un reno atado al trineo hasta que la desgraciada logró depositar sus huevecillos sobre el pecho del animal.

Otros insectos necesitan más inteligencia.

La larva de los meloes es carnífera y su ninfa se alimenta con miel. Pues ¿cómo se arreglará la madre para mirar por el porvenir de sus hijos de tan opuestos instintos? Pocos hechos conozco en la historia de los insectos que á éste se puedan comparar. Oíd.

El insecto de que voy á hablaros pertenece á una familia muy notable, y ha recibido el nombre de cantárida por los vejigatorios que nos proporciona el polvo de sus alas.

La madre con instinto de completa previsión pone sus huevos al pie de una planta, que es visitada entre otros mil insectos por una abeja solitaria, la antófora, y después de puestos muere y abandona su tesoro á la Providencia de

Dios. ¡Ay, insectillo; tú podrás morir, pero Dios velará por tu hijo! Cuando ya sale del huevo la larva, sube con toda calma por el tallo de la planta arriba y pone sus reales en medio de la flor. ¿Y qué va á hacer allí? ¡si le faltan carnes con qué alimentarse!... Pues ya esperará á que vengan. ¿Vienen mariposas á visitar la flor? Contéplalas y sin duda las admirará, pero... las deja pasar la larva. ¿Vienen otros y otros insectos más á buscar su presa en la flor? Á todos ellos los dejará también pasar. Pero he aquí que llega la antófora, y se cambia por completo la escena; porque luego que la larva la ha reconocido, se agita, se adelanta y se agarra á los pelos de las patas de esta enorme abeja, los abraza fuertemente y deja llevarse por los aires. Sigámosla.

Tiene esta antófora costumbre de cavar en la tierra un agujero en forma de tubo pequeño, para depositar dentro un huevo y una gran provisión de miel, pero quedando encima el huevo. Concluída esta operación, cierra el agujero de su nido con una cubierta graciosa y deja también el cuidado de él á la Providencia.

Así, pues, llega á su nido la antófora, se descarga de la última miel y pone el huevo. Inmediatamente suelta la larva sus amarras y se deja caer sobre él; después cierra la abeja el nido y

se va. Pero ¡ay! no ha dado veinte pasos la abeja, cuando la larva cruel ha roto ya el huevo que tantas esperanzas tenía encerradas y ha empezado á devorarle poquito á poco, con parsimonia. Luego de haber consumido las provisiones, se queda dormida y llega á crisálida gorda y maciza que se va nutriendo con la miel reservada para el insecto devorado. Finalmente pasada su última metamorfosis, rompe la cubierta del nido y sale á comenzar en pleno día la vida sencilla que su madre había vivido.

Á expensas también de las abejas vive el milabrio de la achicoria, con alas negras, pintadas de amarillo ó encarnado, al cual llamaban antes cantárida los griegos.

¡Oh! ¡Cosa verdaderamente cruel es esta manera de vivir como parásito, ó á costa de una pobre abeja! ¡Arrebatarla la miel y los hijos!... ¿Quién no se acordará al llegar á este punto de las sustituciones de madre tan tristemente contadas como tema principal en las novelas? Pues aún las excede, por lo cruel y sanguinaria, la novela, así se puede llamar, de estos insectos meloes. Sí, es verdad, y por tanto no pretendo justificarlos; pero á pesar de su feroz crueldad,

quisiera que admiraseis ese misterio incomprendible del instinto de madre. Admito que colocado el filósofo en las elevadas cumbres en que se asienta la inteligencia, quede maravillado y como en éxtasis ante la acción poderosa y tranquila de una tan sublime facultad que se acerca á Dios; pero ¿es menester ir tan lejos para maravillarse? ¿hay necesidad de pisar esas alturas para ver extasiada al alma?

Un himenóptero de la familia de los icneu-mónidos, fácil de conocer, nos pintará exactamente las costumbres de casi todos sus hermanos. Se distingue éste, como los demás, en que el abdomen, en forma de bóveda, se une al torax por medio de un ligamento muy débil, y lleva en el extremo opuesto un taladro largo. Está muy extendido: es negro, las patas leonadas, y se le llama microgastro aglomerado. Al tiempo de la puesta se le ve revolotear por los campos buscando orugas de col, y en cuanto encuentra una, se arroja al punto sobre ella, se posa fuertemente en el dorso, la pica con el taladro, y en la herida deja un huevo; hace dos ó tres veces esta operación sobre la misma oruga y se echa á volar en busca de nuevas víctimas, las cuales

parece que no sienten en esto ningún dolor, antes al contrario, se podría decir que el icneumonio ha dejado en aquella herida no sé qué bálsamo que la cura y la cicatriza.

Pero no tardan en romperse los huevos, y entonces las larvas, que de ellos salen, van poco á poco royendo el cuerpo que las abriga, hasta que estando muerta la oruga y reducida sólo á la piel, sale la larva y comienza á tejer, al lado de los restos de su víctima, el blanco capullo en que pasará sin escrúpulo ninguno toda su vida de ninfa.

Hay años y lugares en que de cien orugas blancas sería difícil encontrar tres sin estos huevecillos del microgastro. El entomologista que las ha examinado ha quedado sorprendido al ver, que en vez de pasar al estado de ninfa, se cubren como de un racimo de capullos pequeñitos, extraños, pero alimentados por ellas mismas.

Hace poco os hablaba de las agallas, y ahora lo recuerdo, porque de ellas salen con frecuencia, en vez de mosquitos, calcidios muy preciosos; y es porque su madre atravesó á su debido tiempo con el estilete todo el grueso de la agalla, encontró el huevo del mosquito, le atravesó también y puso sobre él su propio huevecillo.

Otros icneumónidos, más poderosos aún, tie-

nen taladros enormes y suelen verse ir y venir á lo largo de troncos gruesos de árboles, en continua agitación. Ved un ejemplar: sus antenas vibran, las alas tiemblan... es que está buscando algo: se para de repente, porque acaba de descubrir, á través de una corteza gruesa, una gran larva de capricornio escondida en lo último del tronco. Seguro ya del descubrimiento, va y viene alrededor de este punto, como alrededor de un centro, hasta haber descubierto alguna hendidura por donde pueda tocar aquel gran gusano amarillo; entonces, con la cabeza hacia abajo, y apoyado fuertemente en las seis patas, levanta el vientre, enfila el taladro y con un golpe vigoroso hiere á la oruga, al parecer segura y bien defendida de cualquiera adversa fortuna; así es como atraviesa el huevecillo el grueso del tronco y se esconde en las carnes de la víctima.

Como veis, siempre resulta el mismo ardid empleado por estas madres; y por extraña que os parezca la astucia, espero probaros algún día que estas luchas crueles son una de las condiciones esenciales y uno de los principales factores para lo que se llama armonía de la naturaleza.

Mas ahora quiero pintaros costumbres más tiernas. Ved ahora una madre que de seguro podremos nosotros amar, la cochinilla. Pone los huevos al lado unos de otros en un montoncito amarillo sobre una hoja verde de un cactus; pero ¿cómo abrigar este tesoro? Ella no lo puede hacer porque va á morir pronto, ni aunque no muriese podría hacerlo por no tener hileras para cubrirle de seda, ni otros mil recursos á que acuden otras madres. Pues el pobrecito animal, consumido ya, y á las puertas de la muerte, sólo escucha á su amor; extiéndese sobre su tesoro y se adhiere á él fuertemente con todo su cuerpo y miembros, á derecha é izquierda, por delante y por detrás, cubre toda su familia con una especie de escudo y muere. ¡Ah! Señoras; ¿no es esto ser verdadera madre?

La mayor parte de las mariposas hilan un gran nido de seda para poner en él sus huevos, á los cuales se los ve suspendidos de los árboles en invierno, y destruídos cuando llega la época de la limpieza reglamentaria de la oruga. Pero no todos los insectos tienen este recurso de la seda. Uno de estos desheredados, el bombyx neustrio, mariposa muy pequeña, de color leonado, con dos rayas más oscuras sobre las primeras alas, pone en redondo sus huevos sobre las ramas y hace de ellos como un braza-

lete fácil de ver al podar los árboles; la cubierta de estos huevos es tan dura, que no hay cuidado de que pasen frío las crías durante el invierno, y la oruga, tan sumamente dañina, que deberían destruirse todos esos brazaletes, como se destruyen las grandes bolsas. Buena prueba de su daño son los estragos causados en los perales y manzanos, que sin duda alguna ignoran nuestros ediles comunales y agentes de policía, puesto que se callan como mudos acerca de este punto.

Daños también muy graves causa á la vegetación una familia entera de mariposas, llamada liparis, de cuerpo muy veloso y con un gran copo de pelos en la extremidad del abdomen. Ved ahora las industrias de la hembra para abrigar sus huevecillos. Los pone en montones, y como no tiene seda para cubrirlos, se va arrancando á mechones los pelos de su cuerpo y los va juntando, á manera de las plumas de un edredon, sobre aquellos huevos que muy pronto abandonará para morir. Para esta labor trabaja con las seis patas, y se va despojando, despojando, hasta que los anillos de su cuerpo aparecen negros y desnudos, siendo así que antes reflejaban los colores más brillantes.

Ayer también tuve delante de mí dos bolsas pequeñas, ovaladas, cubiertas por dentro con

seda blanca, y por fuera con seda oscura, del tamaño de una pepita de pera. En el momento que las vi, estaban pendientes de un hilo de seda de unos tres centímetros de largo, parecían dos arañas colgadas de la bóveda de alguna iglesia; las encontré debajo de una ventana de una capillita, al pie de un madero, y al abrirlas con unas tijeritas muy finas, vi caer de la una seis huevecillos y de la otra siete. Son, sin duda, estas bolsas nidos de araña vagabunda, quizás de algún átido, pero no he podido determinar su especie con la simple vista del nido.

Admiramos los nidos de las aves, y por cierto que son curiosos y dignos de admiración; pero ¿qué diremos de estos otros nidos que acabáis de ver?

¡Ah! cuando una madre prepara alegre y risueña la cuna para el niño que de Dios espera, sabe que en ella verá dormir á su angelito y en ella le podrá estrechar contra su seno y colmar de caricias; lo sabe y tiene conciencia clara de ello, así como que ella fué también mecida en la cuna... y al extender sus finos pañales y delicadas holandas, ve con su imaginación aparecer también, en medio de nido tan dulce, el rostro queridísimo de su hijo.

Pero estas pobres madres de los insectos nada de esos encantos sabrán, y sin embargo

trabajan, hilan y tejen con el mismo ardor, con el mismo entusiasmo y con igual amor.

Todavía los hay que van mucho más lejos en punto á previsión, puesto que algunos llegan hasta poner al lado del nido la masa con que se han de alimentar las larvas.

La pulga, por ejemplo (debíamos amar las pulgas al ver en ellas tan buen corazón), pone en medio de sus huevecillos pelotas pequeñas de sangre endurecida, á fin de que cuando la larva nazca encuentre, á falta de la leche de la madre, nuestra propia sangre.

Más arriba os he hablado de las abejas solitarias y de la manera usada por los méloes para robarles el nido, y ahora os voy á decir cómo le construyen las mismas abejas, citándos como ejemplo la antócope, llamada por Réamur la abeja tapicera. Esta abeja es muy común en nuestro país, negra, muy vellosa, con listas blancas de pelo sobre el vientre. Para la puesta hace en el suelo un hoyito cilíndrico, de dos á tres centímetros de profundo. ¿Y es este el nido? ¡Ah! No; más elegante y más blanda ha de ser la cuna de sus hijuelos. Para eso, después de haber hecho el agujero, se echa á volar en busca de amapolas... ¡Son

tan blandos y tan sedosos los pétalos de estas flores... y destaca tan bien su color vivo entre las espigas doradas!... Pues á ellos va la abejita y corta una tira larga de esa seda encarnada, y envolviéndosela entre sus patitas, se vuelve al nido con ella: allí extiende de un lado y de otro esta tapicería real. Largo es el trabajo, porque ni ha de dejar siquiera un punto sin tapizar, ni se ha de contentar con un solo tapiz; pero para eso vuelve de nuevo á la flor y trae los cinco ó seis dobleces que necesita de tela tan brillante. Dos días pasa ocapada en preparar este prodigio de arte, después de los cuales extiende sobre él un poquito de miel y pone el huevo... Ahora es menester cerrar la cuna. Sube el insecto, y con las patas delanteras va doblando una sobre otra todas las tiras de seda encarnada... ¡Cualquiera diría que es un regio dosel lo que cubre la cuna! Luego va, poquito á poco, y grano por grano, trayendo la tierra necesaria para tapar bien é igualar el suelo y poder mejor desfigurar su retiro.

Esta insignificante abeja pone de veinte á treinta huevos, y para cada uno hace su cuna aparte y con el mismo lujo de amor y de ternura. ¡Y cómo los defiende si por ventura los atacan! Ha llegado á ser clásico el hecho siguiente:

Son las crysídias icneumónidos pequeños, sin taladro, y por falta de él se ven precisadas á ingeniarse para poner en seguridad sus huevos, aprovechando á veces la ausencia de una antófora del nido, para colocarlos en él.

Pues una de éstas crysídias, llamado edicro real, estando en acecho del momento que necesitaba, se equivocó en la hora y entró en el nido de una antófora precisamente cuando la abeja estaba en el fondo trabajando. Vió en seguida ésta á la invasora y se lanzó sobre ella con furia; asustada la crysidia, se arrolló sobre sí misma en forma de pelota, hiérela entonces la abeja con varios pinchazos de su aguijón, que todos eran inútiles, por estar la crysidia fuertemente acorazada y embotarse el aguijón siempre en el acero de sus alas. Reconociendo con esto la abeja su propia impotencia, con más furia que antes empujó con toda su fuerza al enemigo, le echó fuera del nido, y con sin igual rabia le cortó de dos bocados las dos alas por la raíz. Satisfecha entonces, se echó á volar cantando victoria.

Ya estaba sentenciada á muerte la pobre víctima: sin alas, ¿cómo explorar más nidos? Inquieta, llena de dolores y expuesta á morir de extenuación, á causa de heridas tan crueles, quiso asegurar, á lo menos, la vida de un hijo;

y arrastrándose poco á poco, llegó al agujero de la abeja con la resolución de afrontar nuevos peligros...: por fortuna estaba ausente la abeja entonces, y pudo poner un huevo y escapar, aunque á dos pasos del nido murió.

Os he contado ya cómo el filanto apívoro se apodera de las abejas gordas y repletas de miel, cómo las mata y se las lleva á los hijos que tiene en el nido. Lo mismo hace el esfegio, con la excepción de no matar á la víctima; no la adormece, como se adormece á un enfermo cuando se le va á hacer alguna operación dolorosa, sino que la deja en un estado desesperado, cual ningún otro.

Entre los venenos crueles con que impregnan sus flechas y dardos los salvajes, hay uno más terrible aún que el upas usado por los malayos en sus kriss, y es el curare. Este veneno del Pará no mata, pero paraliza, y quien le tiene, vive y respira, oye, ve, siente, sí, pero en todos sus miembros se ve el entorpecimiento é inercia propios de un cadáver.

Pues veneno como este es el del esfegio. Que sean orugas, saltamontes, arañas ó abejas, no importa; á todas las acomete el esfegio, á todas las atraviesa, á todas las entierra vivas en el nido donde ha puesto sus huevos.

Llega el momento de abrirse el huevo y

aparece la larva: la víctima, inmóvil, oye el ruido de sus propias patas arañando sobre las escamas que poco á poco se le van cayendo: siente andar sobre su propio cuerpo á la larva hambrienta: la ve cómo clava sus aceradas mandíbulas en sus entumecidas carnes... es completamente devorada en vida... y el veneno la paraliza: allí no hay ningún movimiento de cuerpo, no vienen tampoco las alas á aliviar tal desesperación, y muere en medio de semejantes torturas.

Refinamiento igual de crueldad tiene también el pompilo de los caminos, porque paraliza á las arañas que va á dar en alimento á sus hijos, pero sólo con esta diferencia, que el esfegio prepara primeramente el nido y luego busca las provisiones, y el pompilo hace al revés; primeramente, antes que nada, prepara provisiones, y aunque es un gran estorbo para su objeto, lo salva á maravilla. Porque no deja las arañas, por ejemplo, en el suelo, donde tal vez pudieran quitárselas otros insectos amigos suyos y cazadores como él, antes sujétalas en la punta de una yerba muy alta, donde se oculten á cualquiera mirada indiscreta, y después se pone á cavar su agujero. De cuándo en cuándo se le ve trepar por la yerba arriba á visitar á su araña, la mira, la toca y la palpa con

las antenas y se vuelve á la faena, y así repite veinte ó más veces esta operación antes de construir el nido, hecho el cual, coge la araña, la empuja hacia adelante, la echa en el fondo del agujero y tapa finalmente su artística cuna.

Por mi buena suerte, bastante rara en nuestra vida de religioso, me dieron permiso en una ocasión para tener un perro que nos regaló un amigo, poco enterado de nuestras costumbres domésticas. El pobre animalito me quería con sin igual cariño, y yo ¿por qué he de ocultarlo? también le correspondía. ¡Pero dicha tan grande sólo duró tres meses escasos!... Muchas, muchas veces me puso en grandes perplejidades filosóficas *Flafla*, que este era su nombre, y nunca lo recuerdo sin pena; á cada instante daba muestras de tener su instinto ilustraciones más elevadas. Mil casos podría citar de este animal en confirmación de lo dicho, pero sólo os citaré uno.

Estaba cierto día en conversación un amigo mío, cuando vino Flafla á poner las patas delanteras sobre las rodillas de mi compañero, y como éste se las cogiese con ambas manos, me ocurrió decir: Flafla; entonces el perro luchó por acudir hacia mí, aunque inútilmente, por-

que sin hacerle daño le tenía bien sujeto mi compañero. Volví yo á llamarle, y él á hacer nuevos y supremos esfuerzos para soltarse las patas, y sin duda se hubiera dislocado los huesos á no ser que comprendiendo su impotencia, cambió de táctica y sin hacer ya más esfuerzos se puso con cierta mirada de súplica á lamer cariñosamente las manos que tan cautivo le tenían.

Evidentemente este animal tentó el camino de la dulzura, de la amabilidad y del cariño para llegar á su fin deseado, luego que vió lo inútil de sus fuerzas.

En otro caso, análogo á este, obró un esfegio, á manera de un físico consumado que sabe de memoria que la resistencia del aire es proporcional á las superficies sobre las cuales se ejerce. Porque estaba este esfegio cazando en el paseo de un jardín, cogió una mosca enorme, la adormeció de un aguijonazo y se la cargó áuestas para llevársela al nido; pero como soplabá con fuerza el viento sobre las alas extendidas de la víctima, cayó hacia atrás y dió unas volteretas sobre sí mismo el esfegio con la mosca entre las patas: tres veces que intentó coger vuelo fueron en vano, porque el viento era fuerte y él se caía con la carga. Pero, por nueva luz iluminado, dejó la mosca en el suelo, la cortó las alas, se la cargó de nuevo, y habiendo

vencido á la furia del viento se fué por los aires zumbando un himno de triunfo.

Otro ejemplo y último. El coleóptero que me le ofrece pertenece á la familia de los escarabajos sagrados, objeto de adoración en tiempo de los Ptolomeos y Faraones; se le encuentra dibujado en todos los monumentos de aquella época, y aun puesto como amuleto al cuello de las momias que le han conservado á través de los siglos. La especie más común entre nosotros es el geotrupo estercorario, ó el escarabajo pelotero, que así le llaman vulgarmente. Le habréis visto seguramente por las tardes de verano y otoño revolcándose en el estiércol de los caminos y arrastrando por un verdadero muladar sus alas de azul metálico. Á primera vista nos predispone muy en contra de este insecto el gusto y predilección que muestra por una cosa tan sucia como el estiércol de vaca ó de caballo, y nos apartamos de este animal tan... porque sólo con pensar en tocarle nos da saltos el corazón. ¡Así somos!... ¡Cuántas veces condenamos á nuestros hermanos tan sólo por alguna pequeñez que nos desagrada!... Pero mirad más de cerca y observad. Si escoge materias tan sucias ese feo escarabajo, es porque de ellas saca el alimento sus hijos, y bien sabido lo tiene. Atended. Pone un huevo y en seguida

va reuniendo con las patas alrededor de él estiércol y más estiércol; luego vuelve y revuelve muchas veces la pelota recién hecha, la va aumentando sin cesar, la endurece, la arregla y la prepara bien; después de hecha, la empuja hacia adelante rodándola y la va siguiendo... Pero llega á una pendiente y hay que subirla... ¡Pobre animal!... Como otro Sísifo, después de haberla subido veinte veces, ve rodar de nuevo y caerse su carga, con un eterno comenzar. Mas no por eso se desalienta, empieza de nuevo su trabajo, pero llega definitivamente arriba y se queda en el llano... y se encuentra con otro obstáculo, y es una peña ó un montón de tierra en medio del camino... ¿Qué hacer? ¡Ah! Cosa muy sencilla. ¡Se carga sobre la cabeza fuertemente acorazada la pelota y... la lleva como llevan un baúl nuestros mozos de cuerda!

Pero acaece también, por desgracia, que conforme va rodando la pelota se cae en algún hoyo ó zanja, y aquí sí que ya es inútil cualquier esfuerzo; se marcha el pobre animal cuando lo observa y... todo perdido. ¿De modo que abandonará á su hijo? ¡Ah, no; de ninguna manera, nunca!... Esperad... ¿No oís ese zumbido grande y extraordinario?... ¡Vuelve el escarabajo! Ahora son dos, tres, cinco... y juntos todos, trabajando todos á una, arañando y empu-

jando y tirando, ponen muy pronto en salvo el tesoro.

Finalmente, después de haber llegado al agujero de antemano preparado por él mismo, deja caer en él la pelota y con pies y brazos trabajar sin cesar hasta cubrirla de tierra. Cada huevo le cuesta á la madre la misma molestia y el mismo afán, y cuando ha acabado su puesta, se muere tranquila, pero sus hijos no tendrán ni hambre ni frío.

Alguna vez sucede que á pesar de todo este trabajo y todas estas diligencias, no llega la pobre madre en todo el día al nido en que ha de ocultar su descendencia, y entonces vésele retirarse con cuidado á un paraje seguro, y en oscureciendo del todo quedarse completamente dormida, pero con su pelotita entre las patas, bien fija y bien estrechada al pecho aquella bola á la cual tiene confiadas todas sus esperanzas.

¿Cómo podré yo decirlo y encarecer cuanto es debido? ¡Estos pobres insectos nunca jamás verán á sus hijos... y, sin embargo, ved cuánto los aman!...

Á algunos insectos, pocos en número, por cierto, ha permitido la divina Providencia gustar los encantos del amor materno. Réstanos

aún ver, con cuánto fervor cumplen las obligaciones del nuevo cargo.

Y al llegar aquí menester es notar otra vez cuánto nos han apartado de la verdad la ignorancia y el error, y cómo por causa de ellos hemos dado muestras de tener sentimientos muy opuestos á los que debía concebir nuestro corazón.

Porque esos insectos tan cariñosos y tan tiernos, tan dignos de admiración por sus sacrificios y por su abnegación continua, los miramos con horror... ¡nos repugnan!... ¿Y por qué? ¿Qué sé yo? Es este uno de esos sentimientos tan sin razón de ser, tan sin fundamento y tan al aire como tantos otros que abriga nuestro pecho, con no pequeño detrimento de nuestro buen nombre de inteligentes. Las chinches de los bosques, por ejemplo, las tijeretas, las arañas, los grillotalpas... ¡Oh... horror! ¡Rechinan los dientes y se estremecen las carnes sólo con oír tales nombres!... Pues bien. ¡Conoced mejor á quien tanto y con tanto horror perseguís!...

Las chinches de los bosques comienzan á correr hacia los primeros días de la primavera, y las conoceréis en esto, que tienen cubiertas las espaldas con una especie de escudo que se prolonga por las alas: véselas salir por entre las cortezas de los árboles, y pasear su dorso en-

carnado con motas negras, cuadrado y liso, al tiempo de los primeros rayos solares: y hasta que salgan los nuevos tallos de los árboles hacen la guerra á las orugas y á las larvas. Cuando tiene hijos la chinche, les manifiesta extremada ternura; los va guiando en pelotón, yendo ya á uno, ya á otro, velando por todos, dispuesta siempre á defenderlos y adiestrándolos en la caza. Al menor barrunto de acercarse algún peligro, se la ve esconderlos á todos bajo un pedazo de corteza y quedarse ella sola á la puerta para hacer rostro al enemigo.

Muy común es en Europa una de estas chinches, la pentatoma gris, de cuerpo y alas amarillo gris, con manchas negras: sus árboles predilectos son los álamos, olmos, groselleros y frambuesos. No es raro verla, por el mes de Julio, guiando á sus veinte, treinta, ó cuarenta hijuelos, como una gallina á sus pollitos, y si entonces se la hostiga, yergue la cabeza, bate las alas, pero no huye ni se echa á volar, como lo haría si estuviese sola. Porque ¿quién puede apartarla de sus hijos?

¡Si cortáis la rama en que se esconde toda la familia y os la lleváis, fiel veréis á la madre; y si á esta familia la encerráis en alguna caja de entomologista, la madre continuará batiendo las alas, como para espantaros, pero no aban-

donará la rama, sino que se dejará encerrar con sus pequeñuelos! Defiende el pajarillo á sus hijos con desesperada energía, pero no lleva tan allá su amor que por ellos se deje encerrar en la jaula que los aprisiona.

¿Habéis observado, por ventura, la vida doméstica del grillotalpa? Pues ved; se hace la madriguera en esta forma: la entrada va en línea recta, bajando á manera de cisterna, y á las dos ó tres pulgadas de profundidad fabrica un aposento horizontal, que es el primero, y más abajo la sala para los hijos, ovalada, y de mayor altura que la anterior, en la cual habrá á veces 300 y á veces 400 huevecillos, encima de los cuales se pone la madre como para empollarlos. Cuando salen las larvas las tiene juntas todas en el nido, y anda de una parte á otra corriendo y volando en busca de víveres para familia tan numerosa. En esto la ayuda el padre, pero... ¡qué destrozo hacen en los insectos y, por desgracia, también en las raíces de nuestros jardines padres tan voraces!... Un año entero duran todos estos cuidados, porque un año entero necesitan las larvas para llegar á ninfas y echar alas, aunque rudimentarias. Pasado ese tiempo, comienzan á salir de su palacio, pero la madre va delante guiándolas sin que las abandone hasta verlas en la edad perfecta de la vida.

Estos grillotalpas se resisten á morir extraordinariamente; y algunos se ven que aun llevando varias semanas clavados con alfileres, agitan todavía las antenas y las patas con que tanto escarbaban. ¡Su apetito es fabuloso! pues encerrados en alguna caja llegan á devorarse unos á otros. «Á propósito de esto, el caso que vió mi padre (habla Nordlinger) excede á cuanto se pueda imaginar. Estando limpiando en el jardín un tablar de flores, echó al paseo con la azadilla un grillotalpa; fué corriendo á partirle en dos creyendo, falsamente, matarle: un cuarto de hora después, mirando acaso las dos porciones separadas, observó... ¡parece imposible! que la parte anterior estaba devorando furiosamente la posterior!...»

¡Y las tijeretas!... Los dioses se alimentan con ambrosía, las tijeretas con claveles, dalias y rosas, sin despreciar por eso la carne tierna de los abridores, pávias ó melocotones, es decir, que son su plato favorito bocados finos. Y si es verdad que la alimentación influye en las costumbres, ¡cuánta poesía deben encerrar en su seno las tijeretas! ¿De dónde les viene entonces el nombre cruel de taladra-oidos?... ¡Siempre dando muestras de nuestra ignorancia!... Repu-

tación tan odiosa les ha venido de los dos ganchos arqueados en forma de pinzas que llevan estos animales al fin del abdomen, y abren y enfilan en actitud amenazadora, aunque son completamente inofensivas. Pero han cogido esa fama y se acabó, nadie se la quitará. Un loco solo basta para echar á un pozo una piedra, y diez mil cuerdos habrá que no la sacarán. A esta leyenda se dice haber dado origen el parecido que existe entre estos ganchos y las pinzas de que antes se servían los joyeros para taladrar las orejas de las jóvenes que se llevaban á algún colegio. Desde entonces acá han cambiado mucho las cosas, por lo visto. De todos modos siempre sucederá que las tijeretas no son peligrosas sino para las flores y las frutas.

Pero ¿es cierto que no entran en los oídos? Escuchad con atención. Cuando este pobre insecto, de vida nocturna, se ve molestado por la luz del día, ó del sol, ó por algún importuno que le espanta, se refugia... en los tiestos de flores que se suelen poner para cogerle, ó en algún hoyo cubierto con un ladrillo, ó en el primer agujero que encuentra. Ahora si acontece ser éste, por casualidad, el oído (lo mismo puede ser la nariz ó la boca), de un niño ó de un hombre dormido... entrará por él, y... punto

concluído. La tijereta no tiene predilección alguna para acogerse á un sitio más que á otro.

En un extremo de una plaza pública de Gante se conserva religiosamente un enorme cañón sobre un zócalo de piedra. Perseguido por un polizone, cierto borracho á las altas horas de la noche se escondió en este cañón, se quedó muy tranquilamente dormido, y al día siguiente salió de tal cama andando hacia atrás en medio de la natural admiración de la muchedumbre de pueblo que por allí andaba.

Si apoyado en este hecho algún antropologista afirmase tener el género humano por instinto primario el habitar en el alma bronceada de cañones antiguos... ¿qué diríais, Señores? Os reiríais y haríais bien... Pues, creedme, no seríais más sabios, si atribuyérais á estos pobres insectos cierta predilección á los oídos. Por otra parte no sólo la tijereta obra así.

Los tratados de zoología médica citan veinte ó treinta especies de insectos encontrados accidentalmente en uno de sus tres estados, en la nariz, en la boca, en los oídos, en los ojos ó en cualquiera otra cavidad del cuerpo humano. Entre ellos se cuenta, ciertamente, la tijereta; pero sus casos son mucho menos frecuentes que los de la mosca azul ó de la dorada, y de éstas nadie tiene miedo ni se aparta nadie.

Pero volviendo á las tijeretas, y para hacerles justicia, llamémoslas ya por su verdadero nombre de forfículas, es inútil describirlas por lo muy conocida que nos es su forma. Lo que no es tan conocido es que el insecto perfecto tiene alas, y los individuos desprovistos de ellas están aún en el estado de larva ó en el de ninfa. La forfícula madre pone los huevos y después los empolla como las aves. Si hacia fines de Abril registráis con cuidado algún agujero de una pared, alguna corteza de árbol ó algún hoyo del suelo, de seguro que la encontraréis echada, de donde no saldrá sino para buscar comida. Luego que la descubráis, y es cosa facilísima, haced la experiencia que os propongo. Coged la madre con los huevos y echadlos en una cajita cubierta en el fondo con algunos granitos de arenilla, y veréis á la madre correr inquieta á recoger sus huevos, uno á uno, y llevándolos entre los labios reunirlos en un rincón y luego que estén todos, sin faltar ni uno siquiera, delante de vosotros se echará sobre ellos con suma ternura. Sin duda os habrá lanzado alguna maldición, pero ahora os pide perdón y que tengáis paciencia.

Los huevos suelen abrirse en los primeros días de Mayo, y entonces salen larvas muy pequeñas, blancas del todo, transparentes, con

patas delgadas como hebras de seda, apenas capaces de sostenerlas; el coselete casi imperceptible, sin élitros y sin alas. ¿Pues cómo van á vivir?... ¡Para eso está allí su madre! La cual se ocupa los primeros días en reunir provisiones sin cesar, acarreando al nido partecitas pequeñitas de flores ó de frutas que devoran en seguida los hijuelos con avidez.

Pasados algunos días, y cuando ya han cogido alguna fuerza las seis patitas, los guía la madre hacia las plantas más cercanas y los hace trepar por ellas hasta el tallo, en donde los aloja á todos, bien en el corazón de una dalia, bien en el de una rosa, vigilando por todos ellos mientras comen. Después del banquete los vuelve á llevar á su alojamiento en perfecta formación.

¡Qué hermoso es encontrar á una de estas familias en sus excursiones! Los hijos van andando, andando, ya á la derecha, ya á la izquierda, ahora por delante, ahora por detrás, pero siempre bajo la inspección de la madre, la cual, como si fuese gallina, tiene una señal de alarma, sin duda algún grito especial para el tiempo de peligro, oído el cual toda la tropa se concentra en un punto dado, donde espera inmóvil y temerosa. Pero no hay cuidado, porque delante de ellos está la madre en actitud ame-

nazadora, agitando las pinzas y las antenas... y quien pretenda tocarlos tendrá que pasar sobre el cuerpo de tan cariñosa madre.

Ya he dicho que salen por la noche las forficulas; por casualidad se las ve de día, y si os ocurre alguna vez levantar una piedra, bajo la cual esté escondida una familia de éstas defendiéndose del sol, la veréis correr apresurada en busca de otro escondite, y llevar luego á él, uno á uno, á todos sus hijos, y entrar la última hacia atrás para dar cara al peligro.

¡Y la araña!... ¡Uf... la araña! ¡Cómo repugnante! No sé qué horror sentimos instintivamente hacia este bicho, sin que pueda vencerle toda nuestra razón, facultad de la cual conviene usemos si queremos distinguirnos de las bestias.

Tenía reunidos el Duque de Lorena en su palacio á los grandes de su corte celebrando un banquete, cuando á lo mejor y más alegre de los platos vió una dama una araña en el techo del salón, y dando un grito horrible se levanta, echa á correr, trábale los pies entre los vestidos y cae rodando por el suelo. Oye en este momento caerse uno á su lado, era el primer ministro del Duque, y dice: «¡Dispense us-

ted, caballero! Quizás se habrán asustado todos por mi causa; pero yo no he sido dueña de mí para dominar el espanto. —¿Y quién lo hubiera sido delante de un animal tan asqueroso? ¿Era muy grande? decidme. —¡Horroroso! caballero, ¡horroroso! —¿Y andaba volando cerca de mí? —Caballero, ¿una araña volar?... —¿Una araña decís? ¿Y estáis loca, señora, para armar tal alboroto por una araña? ¡Yo había creído que era por algún murciélago!...»

¡Francamente, rasgos como este no nos honran mucho!

¿Quién dirá cuál sea el amor de la araña para con sus hijos? Todas tejen nidos de seda y blandos donde puedan poner los huevecillos, y la mayor parte de ellas se quedan al lado de éste su tesoro con el objeto de vigilarle bien, porque también las hay que llevan más adelante su cariño. El clubión de las avenas es una araña delicada, pequeña, de color amarillento con una banda negra en el dorso; el primero y segundo par de patas son mucho mayores que los demás: la cabeza, casi tan grande como el resto de su cuerpo, tiene siete ú ocho puntos negros, que son los ojos del animal.

Pues buscad, si queréis, en el mes de Julio sus nidos entre las avenas, y los encontraréis en medio de los granos; son una bolsa de seda

finísima y blanca, como el plumón del cisne, fuertemente amarrada á tres ó cuatro cañas. Algunos granos están incrustados en los bordes de ella, y otros, atados en forma de ramo, sirven como de bóveda que la resguardan de la lluvia ó del calor excesivo del sol.

En medio del nido se ve á la araña vigilando sus huevos. Acercaos... no por eso huirá: sus ojos inquietos no os perderán de vista, pasará angustias de corazón, resistirá los peligros que la amenazan, pero no se la ocurrirá abandonar los hijos. Y á propósito de esto os propongo que hagáis esta experiencia: Cortad un pedacito del nido en la parte superior con unas tijeras de bordar, y veréis cómo la araña se pone al momento á trabajar y hace bien pronto un «zurcido» capaz de excitar la envidia de la costurera más hábil. Volved á cortar dos, tres... ó más veces, y otras tantas hará ella la misma labor.

Inclinad también el nido, de modo que rueden por él los huevecillos, y también veréis á la pobre madre detenerlos con todas sus patas en la pendiente, y si por desgracia se han caído dos ó tres, correr en su busca, bajar al suelo y registrar los granitos de tierra y las yerbas, hasta que, encontrando uno, le coja contenta y se lo lleve á toda prisa al nido, para volver á

bajar y subir cuantas veces sea necesario para reunirlos todos... ¿No son, por ventura, sus hijuelos la sangre de su sangre y la vida de su vida? Cuando salen del huevo las crías, van á la orilla del nido á ensayar el ejercicio de las patas, pero bajo la vigilancia de la madre, que las dirige, guía y junta.

Hay otro clubión que hace el nido con menos gastos. Porque se sube á la punta de una hoja de avena, la cual cede al peso de la araña y se dobla: la araña entonces fija en la punta un hilo de seda, se deja caer un poquito, y, balanceándose con él, se coloca en el pedículo de la hoja: desde aquí, y asida fuertemente con las patas traseras, tira del cable con las delanteras, la dobla más aún y la ata. Con esto ya tiene preparada la hoja, y para mayor seguridad la sujeta con diez ó veinte cables más. Lo que ha formado verdaderamente con estos hilos esta araña, es una bóveda bajo la cual va á comenzar á hilar su concha de seda.

La licosa es una araña pequeña, vulgarmente llamada araña lobo, á la cual se la ve saltar y brincar entre la yerba: es vagabunda, no hila, así es que la presa la hace á fuerza de piernas. No deja de ser curioso verla cómo espía á la mosca que va andando por el suelo ó trepando por las yerbas. Porque primero se va acercando

muy despacio, luego paso á paso, con sus patas de terciopelo, llega... y, replegándose sobre ellas, salta y cae sobre la víctima, la mata de una dentellada y se la lleva.

Cuando llega el tiempo de poner, hila la licosa un capullo de seda, que pasa por todos los colores intermedios del gris hasta el azul, de grande como un garbanzo y ligeramente aplano; dentro de él pone los huevos y luego le cierra. Pero, ¿y después?... Renunciar á la vida de aventuras sería dura cosa para esta araña errante y veleidosa... ¡Abandonar su tesoro no se lo permite su corazón!... ¿Pues qué hará?

Coge su capullo, se le echa á la espalda y le sujeta con cintas de seda á las hiladeras. ¿Habéis visto á esas húngaras, bronceadas por el sol, que van de cuándo en cuándo por nuestras ciudades con los hijos acuestas, envueltos en un mantón sujeto á la espalda y cintura? Pues son hermanas de nuestra licosa. Si se la persigue, huye en seguida á todo correr, según se lo permita la carga... ¡Ah! ¡Que la mano del entomologista es más veloz que ella!... Echad mano á ese capullo y quitádselo... La araña contempla sus huevos en vuestras manos crueles; presentádselos... y se irá acercando á remetidas, despacio, con precaución primero; luego se arrojará furiosamente sobre vuestros dedos para

sacar de allí á sus hijos. Pero si, por desgracia, hubieseis destruído el nido, ó aplastado los huevos, tan queridos para ella, con vuestros inexpertos dedos, llena de pena en presencia de despojos tan sangrientos, y con el alma destrozada, cual otra Raquel, se retirará á un rincón, doblará todas sus patas alrededor de su cuerpo, y allí morirá.

Un mes más tarde nacen sus hijos. Impaciente por el amor que les tiene, coge los huevos, y uno por uno les va rompiendo la cáscara un poquito para ayudarles á salir. ¡Oh qué alegría tiene esta madre!... Todos están allí alrededor de ella, ahora ensayándose en el ejercicio de las patas, entumecidas aún; ahora trepando por la espalda ó deslizándose por el vientre de la madre; ahora, en fin, encabritándose en sus patitas, mientras que la madre los acaricia con las antenas y los recoge si se apartan. ¿Y creeréis, quizás, que se separará de ellos? ¡Oh, no! antes morirá... Vedla, además, cómo los llama y ellos acuden, carga con todos ellos á la espalda, y así cargada emprende la marcha... Mas, ahora, todo cambia. Aquélla, antes tan viva, tan vigilante, tan juguetona en sus locas excursiones, va ahora á paso lento, sin dar ninguna sacudida por miedo de tropezar y dejar caer alguno de sus hijuelos; aquélla, tan

dada antes á las aventuras y tan intrépida, huye ahora de cualquier peligro porque no va sola, y seguirá en adelante esta conducta hasta que hayan llegado sus hijos á la época crítica de la muda y puedan bastarse á sí mismos. Tan gran terneza ya la habían observado los antiguos en esta licosa, y exagerando lo que veían con sus propios ojos, dijeron admirados que esta madre tan cariñosa amamantaba á sus hijos.

Estando un día Bonnet observando una licosa cargada de huevos, le vino á la idea echarla en una cueva de hormiga león, y en seguida se trabó entre ambas una lucha terrible. La hormiga león se movía y se defendía furiosa en el fondo de la cueva, pero logró, por fin, la araña escaparse. Mas, ¡oh dolor! con lo rudo del combate dejó en manos del enemigo su capullo de seda, con todos los huevos allí encerrados... Desesperada, vuelve al sitio en que tan expuesta á morir se vió, y ahora la espera la muerte, pero en el cual están sus hijos. Bonnet la saca y ella torna otra vez: por segunda vez la echa fuera, y también ella torna como antes... ¿Á qué vivir, si no viven ya sus hijos? Dejádla que á lo menos muera con ellos. Conmovidó y con las lágrimas en los ojos por tanto amor, Bonnet quería salvar á la araña, y entonces se la arrancó de las aceradas mandíbulas de la furiosa larva,

pero ya la había herido en el corazón un aguijón más cruel aún, y no tuvo más remedio que retirarse triste y afligida á morir á un paso de la cueva en que había visto morir á sus hijos.

El año pasado, estando yo rezando un día el Oficio divino por el jardín, se me fué la vista á una zarza de *leño gentil* por en medio de la cual se iban paseando en hilos muy irregulares centenares de arañas pequeñísimas, amarillas como el oro. Yo entonces... ¡el Señor me lo perdone! dejé á un lado el breviario y me puse á observarlas. ¡Pobrecillas! ¡Trabajaban como las grandes!... Sacudí suavemente una de las ramas en que se apoyaban los hilos, y de repente se fueron corriendo todas las arañas á una hoja...: yo las seguí con la vista; pero, aunque entre ellas estaba la madre, no pude verla, hasta que en un abrir y cerrar de ojos se quedó cubierta con todas ellas y sacó de entre este enjambre de hijos, clavados á su cuerpo, las enormes patas y largas antenas que la daban á conocer... Teniéndolos así reunidos á todos, hiló su cable como de costumbre y se dejó caer. Se escapó entonces de mi vista y en vano fué el buscarla.

¡Conque, Señores, no hay que despreciar las arañas!

Os hubiera podido hablar de las avispas, de

los moscardones, de las abejas y de los nidos admirables de todas ellas, pero hubiera sido cuento de nunca acabar.

Sin embargo voy á decirlos dos cosas de estos himenópteros, tan raras que quizás no se vea en nada como en ellas el misterioso y maravilloso instinto de los animales.

Una mariposa muy grande y muy conocida, la esfinge cabeza de muerto, suele introducirse sin que nadie se lo estorbe y muy contenta, en las colmenas para destrozar sus panales. Contra los dardos de las abejas se defiende con su enorme y vellosa cuerpo. Pero ¿qué hacen las abejas?... Cuando entra la esfinge á visitarlas, estrechan la entrada de la colmena, y la van tapando hasta no dejar más abertura que la necesaria para entrar y salir ellas. Como la esfinge es mucho más gruesa, viene, pero en vano, á buscar salida, se da contra la pared y anda zumbando por acertar con la puerta, como una desesperada; y como este ruido no molesta á la colmena, las abejas no hacen caso de ella y la dejan que ande dando vueltas. Mas la vida de la esfinge es muy breve, de unos cuantos días solamente... ¡y claro está, pasados ellos las abejas destruyen su obra de defensa!

Hubert, hijo, cuenta haber puesto un día sobre su misma mesa un nido de abejaorros, el

cual, por lo mal colocado que estaba, se balanceaba continuamente; así es que con tanto balanceo no podía sin peligro aquella colonia seguir sus trabajos. ¡Compromiso grande para los abejorros!

Salen entonces del nido, lo examinan bien detenidamente, y luego... ¿si habrán celebrado algún consejo?... ¿quién sabe?... lo cierto es que tres de los más grandes salieron, andando hacia atrás, hasta ponerse debajo del nido, y con sus fuertes espaldas sostenían su edificio como Atlas sostenía al Olimpo. En seguida salieron los demás y poniendo manos á la obra construyeron al lado de cada abejorro gruesas columnas de cera, concluídas las cuales, como los tres nuevos Atlas conociesen ser ya inútil su esfuerzo, salieron de debajo del nido y se juntaron á la familia.

¿Y de las hormigas? ¡Nada he dicho aún de ellas! siendo así que necesitaría para ellas un libro entero. Pero no puedo pasarlas en silencio, y como me he propuesto daros á conocer los insectos para que los améis, aunque sea poco, es absolutamente necesario que os entretenga un rato con ellas.

Dentro de la república que forman estos in-

sectos se halla todo lo bueno y todo lo malo de las sociedades humanas. Se hacen la guerra mutuamente, tienen esclavos como los negreros en la trata de negros, y ¡rasgo magnífico de instinto cuyo problema propongo á quien corresponda! después de haber vencido á un ejército enemigo, se llevan los prisioneros y los alimentan bien, para que las ayuden después á trabajar. No lo hacen mejor los hombres.

Mas lo que deseo ahora yo decirlos, prueba grande industria, junta con admirables proyectos.

El primer hombre que puso una vaca en su establo, con la idea de tener á mano leche siempre y cuando la necesitase, debió sin duda hacer este raciocinio sencillísimo: «Siempre que quiera beber un jarro de leche la tendré más pronto ordeñando en casa la vaca que teniendo que ir al monte á cogerla arrojándole un lazo corredizo». ¡Bien discurrido! Este hombre inteligente echó las bases para domesticar todas nuestras razas bovinas.

No me encargo yo de decir cómo las hormigas, sin inteligencia y guiadas solamente por el instinto recibido de un Dios bondadosísimo, han llegado exactamente á lo mismo á que ha llegado en esta materia el hombre.

Las hormigas tienen sus establos, sí, y... sus

vacas. Todos vosotros conocéis el pulgón de los rosales, y por él os podéis formar idea exacta de sus congéneres. Vientre grueso, verde y ovalado, cabeza pequeña, chupador delgado, y todo sostenido en seis patas delgaditas y de lento andar, son los caracteres del pulgón. Pero fijaos más, y veréis ese vientre, terminado en dos como cuernos pequeñitos, y son dos pezoncitos que desprenden lentamente gotitas delgadas de un líquido transparente y azucarado. Fijaos aún un poco más, y veréis cómo vienen las hormigas. Ahí tenéis una, que va buscando al mejor de los pulgones, le hace caricias con las antenas y luego tentándole los dos cuernos, saca de ellos la gotita ansiada, la coge con destreza admirable, se la lleva también con las antenas á los labios y la bebe con visible complacencia. En la misma forma visita á cinco, diez, veinte pulgones seguidos, que todos la reciben con cariño, porque en resumidas cuentas la hormiga con esto los alivia, y así se nota que si tarda en acercarse á ellos, se los ve lanzar como á coces el azúcar á las hojas próximas.

Hasta aquí es, como si dijéramos, el salvaje cazando el búfalo en las llanuras.

Pero tres clases de hormigas de nuestro mismo país obran de otra manera mejor, y son la hormiga negra, la hormiga de los céspedes y

la hormiga amarilla. Voy á dejar hablar á Víctor Rendu, que no hace sino seguir á Huber.

«La hormiga amarilla tan extendida por nuestras praderas y jardines no vive mucho en los árboles, ni se dedica á cazar insectos, ni sale de su cueva á no ser rara vez. Mas no por eso se pasa sin comer, porque para sus propias necesidades tiene allá en el fondo de su cueva encerrados como en depósito los pulgones que se alimentan con las raíces de las plantas, y sin salir de su hormiguero está provista de cuanto necesita para su sustento; buena mesa, buena cama y manjares siempre á punto.

»... Los pulgones son obsequiados, festejados y acariciados exactamente igual que si fueran de la familia; se dejan transportar de una parte á otra sin la menor resistencia y sin muestras de querer escaparse. Para cambiarlos de lugar, basta acariciarlos con las antenas, pues entonces sacan la trompa clavada en la epidermis de las raíces, y la *señora* hormiga sólo tiene que cogerlos entre las mandíbulas y dejarlos donde quiera, que allí se quedarán ellos sin moverse, baja la cabeza, el vientre hacia arriba, y á voluntad de sus diminutas lecheras. De verdad, que el hombre no tiene ganado tan sumiso.

»Un hormiguero, dice Huber, es más ó menos rico según tenga más ó menos pulgones,

que son sus vacas y sus cabras. ¿Quién hubiera adivinado que las hormigas son pueblos pastores?

»... Si por ventura llega alguna cosa á inquietar el nido de hormigas, al momento acarrean unas los pulgones á lo más hondo de la cueva para librarlos por este medio del peligro, mientras que otras se preparan para dar rostro al enemigo... De ordinario ponen la guardia alrededor de los pulgones, sin esperar la llegada de los merodeadores, y á la menor sospecha que tengan de que han de perder su ganado, se lo llevan en los dientes y lo depositan en sitio seguro. Pero no están, después de todo, tan preparadas contra cualquier sorpresa ó golpe de mano que no lo sufran alguna que otra vez, y en ocasiones hasta un hormiguero á otro intenta quitarle sus tesoros: en estos casos, no hay remedio, hay un *casus belli*, que suele terminar, por lo regular, con un combate parcial entre ambas vanguardias, pero también acontece degenerar estos arrebatos de mano armada en verdaderas batallas en que toma parte el cuerpo entero de la república».

Ya se comprende por lo dicho, que entre hormigas inteligentes ha de brillar muy clara y vivamente el amor materno. Ponen las hormigas un número verdaderamente asombroso de huevos; pues cuidar, alimentar y guiar tantos

hijos será quizás conforme á su corazón, pero excede seguramente sus fuerzas. Por esta razón se encargan de estos cuidados las nodrizas.

Ved, como ejemplo, una hormiga de vuelta del único viaje que ha hecho y que hará en toda su vida por los aires. Al salir del nido estaba desposada y tenía puestas sus complacencias en las alas diáfanas y nacaradas por el sol, porque con ellas formaba el adorno propio de una hormiga joven. Pero ahora ya es madre y ya se acabaron para ella los placeres del mundo... ¡Miradla... miradla ahora! Extiende con violencia esas alas, inútiles ya en adelante, las cruza por delante, por detrás, las sacude como se sacude un arbolito que se quiere desarraigar, y después de tales esfuerzos caen de repente á tierra todas las cuatro. Luego, se limpia el coselete, se limpia la cabeza, adereza las antenas y entra en su hogar para no salir jamás de él... ¡Qué lección, Señoras! Atended. Desde este momento salen á su encuentro de doce á quince obreras, la acarician y se consagran á servirla sin dejarla ya en adelante, son sus azafatas, encargadas de cuidar y mirar por los hijos que tenga. Apenas hay puesto un huevecillo cuando le cogen con los labios, le vuelven y revuelven para humedecerle con la lengua, y luego se le llevan á especiales aposentos. Esto mismo hacen con los demás.

Al cabo de quince días saldrá de este huevecillo la larva, que es un gusano pequeñito, abultado, sin patas, con cabeza algo morena, provista de una trompa pequeñita por donde recibe el alimento.

Nosotros se los damos á los ruiseñores y á los mirlos, llamándolos por crasa ignorancia, huevos, siendo así que son larvas. Bien podríamos llamarlos rorros pequeños, blancos, en los cuales sólo se ve salir esa cabeza ó mota morena. ¡Y cómo los cuidan, y cómo los vigilan las hormigas! No puedo extenderme en todos los pormenores de este cuidado, porque lo dejo para otra ocasión; pero entre mis apuntes tengo un pasaje que, si no me equivoco, ha de ser de Michelet, y no puedo menos de transcribir:

«Mirad: venid á ver este hormiguero; observad qué movimiento, qué idas y venidas, qué necesidad tan apremiante dan á conocer esas diminutas criaturas; parece una muchedumbre que sale entre apretones de un teatro. Mas ¿de dónde viene semejante agitación? ¡Ah! es que las hormigas están celebrando una gran fiesta; es que han salido por vez primera en la estación, desde lo más hondo de su morada, y llevan con gran cariño á sus nenes entre las patas, estaba por decir, entre los brazos; es que los llevan alegres y contentas á los primeros rayos

del sol, quieren calentarlos bien y reanimarlos con vida más dulce. No será preferido ningún hijuelo sobre otro, antes todos tendrán igualmente un asiento á la luz y todos vendrán según su turno á respirar el aire puro y dilatar sus diminutos cuerpos al calor primaveral. Y fijaos bien hasta dónde llega la previsión: las hormigas obreras parece que conocen perfectamente el peligro de estos primeros rayos del sol; porque barruntando que comprometen la existencia de sus queridos bebés con exponerlos mucho tiempo á tanto calor, luego que los ven bastantemente vivificados, tienen muy buen cuidado de volverlos á la cuna.

»Pero el aire libre ha abierto el apetito en las crías; tienen hambre. Pues sus nodrizas, siempre allí dispuestas á satisfacer cuanto necesiten sus encomendados, les abren con mucho cuidado la boca, apartan las mandíbulas poco á poco y les dan todo lo mejor que han encontrado para fortalecer el estómago. Concluído el banquete las lamen, limpian, acarician y luego van extendiendo y aderezando despacito la envoltura, ó si se quiere, sus pañales y mantillas, que ya quisieran rasgar, impacientes por ver á sus ahijados crecidos y resignados con las inclemencias del aire y de la luz... Llegá por fin el momento y se desprende del saco,

primeramente por la cabeza. ¡Oh! ¡qué feliz se considera! ¡Qué alegre y contento respira! Ved las patas... mirad las alas... ¡Ah! Ya tenéis una hormiga, aunque pequeñita.

»¡Pero cuántos cuidados necesita aún! ¡Quién mirará por ella!...

»... Cierta día—prosigue Michelet—vi una hormiga, amarilla del todo, asomar la cabeza, un tanto enfermiza, por una puerta de su palacio, pasar luego el dintel y subirse á la cumbre del hormiguero. Pero no la permitieron por mucho tiempo esta escapada; porque como la encontrase por ventura una nodriza, la cogió por la cabeza y la encaminó suavemente hacia una de las puertas más próximas. Se resistió la hormiga y consintió en que la arrastrase su nodriza hasta que encontrando un estorbo en el camino le aprovechó para asirse mejor y superar las fuerzas de su guía, la cual, siempre cariñosa, soltó por un instante la presa, dió un rodeo y volvió á la tarea con su encomendada, que, cansada ya, acabó por obedecer».

Aquí me detengo. Sin embargo, no será fuera de propósito recordar con este motivo que, según las estadísticas más moderadas, mueren de hambre solamente en el departamento del Sena, y en brazos extraños, 60.000 niños al año.

Hace unos días que estando repasando un

capítulo de Montaigne, encontré dos ideas que me vais á permitir comunicaros:

«Este gran mundo que algunos multiplican como especie debajo del género, es un espejo en que es menester mirarnos para conocernos bien á fondo».

No entendía esto Montaigne tal cual yo lo entiendo, pero para el caso poco importa. Sí, el mundo, la naturaleza, ese maravilloso conjunto de seres diversos derramados por Dios juntamente con nosotros sobre el globo, es lo que debemos conocer para conocernos mejor á nosotros mismos; y no nos estimaremos como es conveniente ni nos colocaremos en nuestro verdadero lugar sino cuando sepamos el valor que tienen y el lugar que ocupan cuantas criaturas nos rodean.

Debido á nuestra vana ciencia y verdadera ignorancia es el creer, que sólo de nosotros es la honra de tener grandes sentimientos y llevar á cabo nobles empresas, y si estudiamos la naturaleza nos desengañaremos: quizás nos avergoncemos al vernos tan semejantes á criaturas sumamente pequeñas y frecuentemente miradas por nosotros con desprecio, pero... al fin y al cabo esta vergüenza legítima nos será saludable.

No me engaño en esto, no; claro está que entre el hombre y el animal media un abismo

infranqueable, porque nosotros, hombres, llevamos en cuerpos miserables, no sólo corazón grande, sino también alma inteligente, libre, purificada y ennoblecida por la sangre divina de Jesucristo. Pero precisamente esto mismo nos condena más; porque ¿no es precisamente el alma de lo que tenemos menos cuidado?... Repasad todas las horas de un día cualquiera; ¿consagrais una siquiera á vuestra alma?... ¿Y las demás? Se pasan entre mil cuidados, mil y mil preocupaciones y cosas cuyo nivel no excede, y á veces ni aun llega al nivel de las preocupaciones de un insecto.

Ved ahora la segunda idea de Montaigne:

«La ventaja de nuestro estudio está en que con él nos hagamos mejores y más sabios».

Echando á un lado la humildad y modestia que nos enseña esta máxima, ¿no encontramos en ella ejemplos magníficos que imitar, alientos que tomar, esfuerzos á que aspirar y yo no sé qué especie de hábitos de benevolencia que han de sembrarse y cultivarse con esmero dentro de nuestro corazón? Cuando San Francisco de Asís encontraba en los caminos algún insecto, un miserable gusanillo, le apartaba cariñosamente por miedo de que algún fraile de su séquito le pisase al pasar.

Ahora voy á añadir yo otra idea, que no es

de Montaigne, pero que excede en profundidad á las suyas que acabo de exponer:

«Toda ciencia que no se convierta en amor, es falsa».

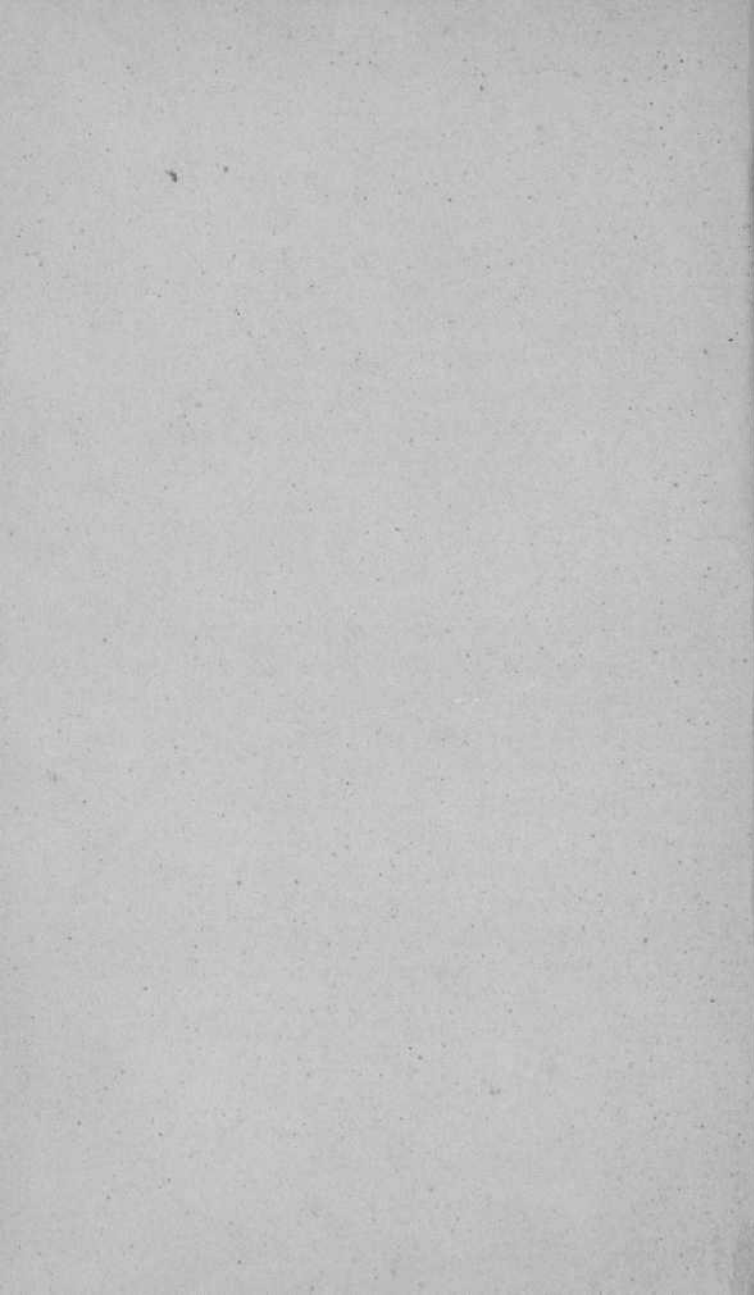
Al comenzar os dije que esperaba de vosotros que amaríais á los insectos. ¡Entendámonos, Señores! No es la esperanza de que amaríais á una mosca lo que me ha movido á hablaros tanto tiempo, no; pero sí que el amor hacia estas criaturas miserables incline á vuestras almas á amar á su Criador, porque este amor es el objeto supremo y el término único de nuestra vida. Si no le alcanzamos, nuestra vida no es vida.

¡Conque, ensanchad vuestro corazón! Amad, amad, amad á toda criatura, porque siendo buenas todas las criaturas de Dios, toda criatura es digna de amor.

Amadla, porque amarla es amar á Dios mismo, puesto que la bondad que en ella descubrimos y que nos arrastra, no es sino un reflejo pálido y liviano de su eterna y soberana bondad.

¡Lodate Lui che l'ha si ben creato!

A. M. D. G.







D-2

23608